

E. RODRIGUEZ MENDOZA

CUESTA ARRIBA



LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF, PARÍS.

CUESTA ARRIBA

DEL MISMO AUTOR.

Cuentos (Prólogo de Rubén Darío).

Última esperanza (Novela)

Carlos Dublé (Episodio Nacional).

Últimos días de la Administración Balmaceda.

1.879 (Reminiscencias).

La cuestión del Norte (Política Exterior).

Vida Nueva (Novela).

Días Romanos.

EN PREPARACIÓN :

Camilo Henríquez (Fraile de la buena muerte).

Una página de Historia Diplomática.

La Iglesia y la Escuela (Traducción de Hipolite Taine).

*Al Sr. Luis Barro Borfom, muy
atte. con los agradecimientos de su amigo
A. S. E. RODRÍGUEZ MENDOZA
E. Rodríguez Mendoza*

CUESTA ARRIBA

— NOVELA —



SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

Librería Paul Ollendorff

50, CHAUSSEE D'ANTIN, 50

PARÍS

San P 14 de Diciembre de 1910

Á MANUEL AMUNÁTEGUI

Siendo niños, nos encontramos en los bancos del colegio; siendo hombres, en la prensa y la diplomacia.

En recuerdo de todo eso, muy grato para mí, acepta este libro, que es mi más fervoroso homenaje de esperanzas cívicas, al Centenario de nuestra Independencia.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

Octubre de 1909.

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Esta obra no es sino una parte del programa de trabajo que esperamos, Dios mediante, seguir sosteniendo en la prensa ó en el libro.

Para obtener los resultados de utilidad docente que al emprenderla han esperanzado nuestro deseo, hacemos actuar en un período determinado de nuestro desarrollo á un héroe, empapado en ideas que no son las que más abundan en el momento de la educación de ese mismo héroe, que es el exponente de las ideas nacionales : se llama León II Rield. Representa síntesis claras y enérgicas, y en él, que quisiera reformar, pero conservando una buena parte de los atavismos raciales, no pocas instituciones y costumbres, acumulamos todo un programa de ideas-fuerza : á veces, se diría que se trata de un ser soñado ó soñador; pero, para probar que no es ni lo uno ni lo otro, basta recordar que sus alas, si las tiene, se sienten constantemente atraídas por lo práctico. Ojalá, por lo demás, se multiplicaran como el trigo de buen año los soñadores

que en la práctica de una vida austera, intentan juntar un utilitarismo altruista con la esplendorosa moralidad del imperativo categórico de Kant.

Sueña el héroe de este libro — hay que confesarlo tímidamente, — pero sueña con lo realizable y lógico. — Luego, es práctico y ajeno á desvaríos cuando quisiera llenar de una vez las necesidades más primordiales que en este instante siente el país.

Admira, como á modelos dignos de imitarse, al pueblo japonés, que crece sin perder su fuerza de caracterización; al pueblo yankee, que hace la más admirable de las constituciones políticas y entra sin necesidad de ensayologías ni preámbulos á la actividad ante todo económica de nuestra época; al alemán, fuerte y sabio; al inglés, inalterablemente constitucional sin thermidores; al araucano, que durante tres siglos salpica con la sangre de las luchas sin término los bosques de leyenda en que resuena el bronco vocerío del asalto impetuoso y del « malón » peculiar.

Cree el protagonista de « Cuesta arriba » comprender las necesidades del país, cuando afirma, al pensar su programa político, que las más grandes de esas necesidades primordiales son la reconstrucción educacional y la transformación de instituciones de alquiler, traídas por turistas políticos, de que podría servir de arquetipo aquel ilustre marqués, tan sincero

en su honradez como terco y amurrado en su constante soñar... Cuando, empotrado en su arcaico sillón de vaqueta, deja en paz las cuentas de su rosario colonial, se da á forjar y construir las más curiosas antinomias políticas. Así, por ejemplo, cree, viendo ilusiones cercanas á la vesania, que el modelo comunal suizo es fácilmente adaptable al ruralismo, todavía sin descepar, de nuestros campos.

* * *

— No hagamos en « Cuesta arriba » *novela europea*, — nos dijimos al empezar este libro.

Y mientras más nos internábamos en el desarrollo del plan, más hondamente también nos penetraba aquella idea :

— ¡El arte de aquellos mundos y aquellas gentes no puede ser el mismo que el nuestro!

Recordemos, en efecto, que no es á nosotros, — ¡qué ha de ser! — á quienes corresponde andar buscando los brazos de las Venus que el correr del tiempo ha castigado con la mutilación, ó los eternos encajes, no siempre venecianos, del romance francés ó italiano.

Recordemos también que las necesidades de nuestro desarrollo imponen á cada cual en su esfera, una tarea eminentemente nacional. Hagan arte puro — los que puedan hacerlo — pero hángantlo sano y viril,

que corresponda á nuestro estado, que sea orgullosamente propio y en franca hostilidad con ese cosmopolitismo traído en maletas, mera imitación que en política ya cambió por un régimen constitucional incompleto el espíritu vigoroso de nuestra Carta de 1833, y que en lo social de buenas ganas cambiaría la esplendidez salvaje de nuestras playas por las terrazas garitescas de la Côte d'Azur.

Repetimos, pues, que significa este libro el intento de que el trabajo literario, además de ser nacional, se junte con los otros factores que pueden colaborar eficazmente al progreso del país. Y como debemos desear que nuestras ideas tengan algún alcance positivo y como para que esto se realice, siquiera en parte, es necesario no hacer arte por arte, el romance se aleja casi por completo de estas páginas, algunas de las cuales han deseado evocar un determinado período histórico : uno de los más inmediatos á la guerra civil que en 1891 abatió violentamente un poder público que, sin aplastar ó atropellar el orden constitucional, continuamos creyendo que debe desempeñar funciones bien definidas en todo país que aun no ha concluido su modelación general : el Ejecutivo.

*
* *

En el desarrollo de un plan tan amplio, hemos querido, acaso sin lograrlo, acogerlos á un estilo sen-

cillo, bien musculado y extraño á anfibologías, — es lo que anhelamos en cuanto á la forma exterior del pensamiento.

En cuanto, á su vez, á la novedad de un asunto, renunciamos por nuestra parte á hacer consistir esta cualidad preciosa en las palabras y no en las ideas.

Acaso es sólo en eso — en los problemas estudiados ó enunciados y en las ideas desarrolladas ó planteadas — en lo único que pueda buscarse hoy la fecundidad cada vez más escasa de lo nuevo.

No olvidamos, por cierto, al hacer esa declaración, que mucho se insiste en que ya no es posible encontrar tema alguno que sea nuevo.

Con todo, argüiremos nosotros, sin querer vulnerar los fueros de la modestia, verdadera ó simulada, algo continúa distinguiendo la sinceridad de lo propio : algo que, afortunadamente, no es difícil descubrir : el aprovechamiento como tema ó material de lo que nos ofrece el ambiente en que se vive y el momento sociológico en que intentamos hacer sentir nuestra labor. Permítasenos insistir sobre este punto : el aprovechamiento, hemos dicho, de lo que nos ofrece el ambiente nacional y el momento sociológico en que deseamos hacer sentir nuestra labor; no deseáramos, en efecto, ponernos á pedir el advenimiento de estados sociales que no pueden venir normalmente, saltando sobre los que han debido precederlos. En

ningún caso, para ser aún más claros, nos avendríamos á predicar nada que no estuviera basado en una amplia preparación para la vida práctica y moral.

*
* * *

Para la exposición de las ideas que deseábamos exponer, escogimos un plan dentro del cual se mueven los personajes como los mueve la estructura técnica del romance.

Es eso lo que nos ha parecido más adecuado para emitir ideas que, cuando flotan en la atmósfera, no tardan en encontrar fuerzas de difusión que las conviertan en anhelos públicos.

He aquí, pues, una serie de cuadros — de cuyo conjunto podría sacarse un programa de trabajo — que no forman una novela y que, sin embargo, han sido ejecutados y enlazados siguiendo la manera característica de aquélla. ¡Puede que así tengan más eficacia que los programas, á imitación de las tablas del Sinaí, irreprochablemente numeradas!

Ojalá no se nos diga en son de reproche — ó díganosenos — que « Cuesta arriba » no es una novela : no ha sido nuestro propósito escribir una fantasía más. Otro ha sido, en efecto, el plan, y en su desarrollo y realización y á fin de no alejarnos de la observación personal, única honrada y útil, — á cada instante

echamos mano de escenas directamente observadas.

No tiene, pues, este libro el interés de lo pasional. Es más bien un estudio social en el cual quién sabe si podría encontrarse á veces la cruda exactitud de la copia directa.

*
* * *

De paso, declaremos también, ya que al camino de las declaraciones hemos querido acercarnos, que no nos parece que pueda ser exacto que no aceptemos más estética que la que en Europa y buscando lo nuevo, acaso donde no lo encuentre, llega hasta la rebusca enfermiza de lo antiguo ó hasta las clínicas del desequilibrio mental ó de la deformación fisiológica.

Creemos, al contrario, que la obra que llamemos bella y útil, debe tener, tanto en su forma exterior como en su estructura ideológica, mucho del medio moral y físico en que nace y vive. — La fórmula que Darwin aplicó á las especies, ¿no se completa más al ser ampliada á lo moral?

¡Qué dudas honradas pueden haber al respecto! La obra que aspiramos á llamar nuestra, bien nuestra, es ineludiblemente necesario que muestre los componentes recogidos durante el proceso de su germinación. Lo demás son patrañas intelectuales.

Alguien nos dirá

— ¡Teorías del orgullo!

No es eso : se trata simplemente de ideas que llegan hasta las palabras liminares de este libro, traídas por un anhelo que tiene, eso sí, todas las altiveces de la honradez : el de la moralidad literaria en nombre de la cual seguiremos mirando con actitud despectiva todo aquello en que creamos encontrar el vergonzoso parasitismo intelectual que vive á expensas de lo europeo, olvidando, con deplorable impudor, que tenemos á nuestra disposición un campo todavía muy vasto é inexplorado, como que en América nos encontramos en medio de organismos sociales, política y económicamente, bien diversos á los del Viejo Mundo. Luego, las necesidades de nuestros países, no son iguales á las que sienten las colectividades europeas.

Creemos, por consiguiente, que, en este momento de nuestro desarrollo, el libro nacional no debe ser objeto de pura erudición barata y sin finalidades en el campo práctico, ni tampoco objeto de pura ejecución artística.

Hagamos, pues, el libro-escuela, la tribuna-lectión, el artículo-propaganda. Tratemos, en una palabra, si queremos tener Patria para siglos y no para años, de apresurar la construcción integral de nuestros países, porque cuando alguno de los grandes antagonismos económicos de estos momentos, — Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Japón, — logre neutralizar á sus contrarios ó armonizarse con

ellos, lo que por fortuna es más difícil, el proceso de la devoración no tardará en empezar ó intentarse. Hoy mismo, bastaría el acuerdo de dos grandes potencias para determinar la aparición de la más inconstrastable de las fuerzas conocidas.



Para apreciar mejor el conjunto y la perspectiva del cuadro que tratábamos de pintar, quisimos, adrede, dejar pasar algún tiempo entre su terminación y su aparición.

Leídas de nuevo estas páginas algunos años después de haber sido escritas, la exactitud de sus observaciones nos parece honradamente fiel.

Dicho queda, pues, que algunas páginas de «Cuesta arriba», quieren reflejar un período — derivado en parte de errores anteriores — que no por haber sido relativamente corto debe pasar en silencio y sin condenación... Y que en hora buena prosigan las águilas su ruta aérea, señalando la perspectiva luminosa del progreso indefinido á que el país tiene derecho por su historia — la más guerreada y austera del Continente — y por su raza surgida allá en Arauco con estruendos y estrofas de epopeya.

Prosígase, pues, la lucha, sin sentir por la Verdad temores pueriles, que no deben alcanzar á los que

sitúan sus aspiraciones en un nivel moral que asegura victorias de paz y bienestar á los que en ese nivel tan alto y sereno logran colocarse.

En todo caso, el que ha nacido para batallar, que batalle. — ¡Mal sin duda se vería Cyrano, si para tomar útiles de mansedumbre, atara sus águilas y convirtiera en alabarda de ceremonia palaciega su pesado espadón de guerra!

Nada, finalmente — y hacemos muy gustosos esta declaración, — logrará desviar nuestra creencia de que á veces debe ser la pluma algo sensiblemente apreciable para los que en cualquiera esfera de la vida pública sean perjudiciales al crecimiento sin detenciones que deseamos á nuestra tierra.

E. R. M.

CUESTA ARRIBA

I

LEÓN Rield, tras su último proyecto atrevidamente irrealizable, había caído desde los andamios de una construcción adherida al corte casi vertical de un cerro porteño.

Había corrido mucho mundo y mucho también lo había baqueteado la vida cuando llegó á Chile. — Era una recia contextura, modelada sobre armazón de acero á golpes de box y de *cricket*.

Llegó siendo relativamente joven. Decir que buscaba la fortuna, estaría demás. Todos los hombres la buscan; máxime los que se educan para ello; pero él la buscaba como la buscan los aventureros que algo tienen de soñadores.

Tentó con mala suerte veinte negocios, otros tantos fracasos, que no hacían sino endurecer su carácter marcado en yunque y á martillo.

Impasible ante la mala suerte, su vida había sido algo así como una roca combatida sin cesar por las olas que la azotaban sin lograr despedazarla.

Poco después de llegar á Chile y á raíz de haber ganado algún dinero en una negociación minera, acometió una empresa colonizadora en la cual, más que un resultado positivo, se descubría la sugestión profunda que habían producido en su espíritu las selvas del Sur, envueltas en helechos y copihues, que tejen tupido encaje floral en esa parte del suelo Araucano.

En medio de los bosques, en una ruca cercada de pinos, Rield descubrió una india de diez y ocho años, mezcla de oro y bronce, los nobles metales con los que se hacen las campanas de los templos y las estatuas de los dioses, auténticos ó falsificados...

Alta, de grandes líneas que rompían el convencionalismo de lo clásico, era espléndida flor de monte ó de selva que había crecido libre y reciamente.

Quiso adueñarse de esa india medio civilizada, cuyo padre, resto todavía indómito de una raza despojada y envenenada por la industria — que por cierto no tenía para qué tomar en cuenta la resonante y prolongada refriega de tres siglos de sangre y martirio, — algo sospechaba de las leyes,

tarifas y ceremonias de que siempre se hace acompañar la civilización...

El indígena transigió confusamente con esa civilización que empezaba á comprender y, tráfuga de los usos y tradiciones de su raza, dió á su hija, y Rield, á nombre de leyes que él mismo no conocía, prometió, al pobre cacique, tinterillescamente despojado, que sus tierras le serían devueltas.

Á poco, Rield, convertido en héroe de novela de imaginación, cargó con aquella india espléndida de grandes ojos en los cuales llameaban la vida y el vigor con extraordinaria intensidad.

Andaba con la reposada majestad, sin estudio ni artificio, que sólo en los sitios desiertos ó salvajes puede tenerse.

Entre el pelo, diadema de su cabeza de soberana indígena, destacábase gruesa faja de plata labrada, y en su cuello, roca hecha carne y fuego, simulaban las flores gruesas manchas de sangre fresca.

Es lo cierto que el loco de Rield, que un día iba á caer al abismo hecho un saco de herramientas que empezaban á enmohecerse, se había enamorado de la india y de la idea, más estrafalaria que real, de tener un hijo que heredara los ímpetus, ya muertos, de una raza que se apagaba lentamente á la sombra de sus araucarias.

Sin ayuda de monaguillos ni « civiles », quiso

bautizar á la india y, aprovechando sus pocos conocimientos de español, empezó á llamarla María, María de la Sierra. Se sentía satisfecho de sacar él mismo un nombre de la zona en que se extinguía perseguida por la falsa civilización y su pandilla de receptores, policías y pacotilleros, la raza, dura como el roble, que, durante tres siglos, rechazó el guantelete que en fuego de martirio fundió la Conquista.

Hostigado por los abogadillos, cuyos trámites enredaban en espesa telaraña sus fantásticos proyectos, el aventurero, soñaba con ocultarse en Arauco y no volver á la capital, llena de abogacías que nunca comprendería bien.

Era un loco : se permitía la originalidad paradójica de creer que la América malgastaba en ensayos de falso progreso una buena parte de su herencia de vigor y de salud...

No era hombre ni de libros ni libresco, pero como tenía la vanidad de creerse un excelente constructor, se reía de las trasformaciones cosmopolitas, de moda en Sur América y que, según él, sólo en momentánea apariencia trasladan la Europa al Nuevo Mundo.

Quería para estas tierras — ¿qué sabría de semejantes intrínquilis ! — un progreso lento y reposado, como el paso tan solemne y hondo del arado que

sin avideces abre el surco para el grano y la flor, el hombre y la ave. Hallaba un hermoso simbolismo, la evocación de algo santo, en ese arado patriarcal, navecilla del trigal azotado por el viento, que avanza surco á surco, recta y segura, sin más nauta que el boyero.

¡De cuando acá — pensaba — la América quiere ser Europa !... ¡ Como si no fuera la Europa la que acaso quisiera convertirse en América !

Y, alejado por completo de lo práctico, levantaba una arquitectura nueva en el mapa americano... ¡ Sabe el cielo si también llegaba hasta él ese mal de importación que los médicos llaman neurastenia y que, en el fondo, acaso no es más que el deseo impotente de alcanzar lo que siquiera por un momento nos haría buenos y felices !

Sea como sea, el hecho histórico es que soñaba con proyectos absurdos, algo extraños á la vida moderna, y en los cuales se mezclaba el industrialismo con la poesía... Pensaba, en efecto, seriamente en fundar una colonia con los restos de otro tiempo que todavía quedan de Arauco. Un poco tarde, es cierto, quería salvar por medio de una selección quimérica esa raza que habría sido necesario mezclar bien y en seguida educar mejor...

¿Serían cosas de loco pensar en fundar una raza original, orgullosa de ser algo propio y no un simple

almacén de exportaciones europeas, acarreadas por los transformistas sociológicos que desde hace un siglo vienen operando ante asombrado público criollo?...

Por lo demás, no estaba mal escogido el sitio en que habría querido fundar su colonia, destinada á crecer, como Roma, pobre, entre breñas, amaman-tada por lobos y en combate contra la lobería...

Su ensayo colonizador sería primero diminuto como una escuela, construída en un lomaje lleno de sol que dejaba ver un horizonte inmenso. El aire era más puro en aquel sitio de silencio, cuyo suelo resonaba con los ecos con que parece respon-der la tierra en las partes en que son más gruesas y pletóricas las venas de metal que la surcan.

¡Qué de ideas de excéntrico daban perpetua representación de fantasía en la cabeza de ese co-lonizador poeta, cuyos proyectos, primero de simple escuela y después de gran pueblo, haría fracasar del todo cualquier tipete que supiera hablar con los diputados y meterse hasta adentro en los vericuetos que en ciertos diarios supuran tinta negra que nunca seca bien y que siempre mancha!

Un día — estaba en la luna de miel de sus proyec-tos,— en el flanco de la montaña en que el sol, el pasto y la escarcha hacían todas las mañanas rico

tisú pontificio, vió aparecer un indio, caballero en un animal desmelenado por el vientecillo mañanero. Trepaba monte arriba, envuelto en el bufido, que el frío matinal convertía en nube, de su bestia, á la cual animaba con gritos de « malón » que se dilataban con sonoridades de guerra. El viento hacía flotar su cabellera de seda y pegaba al bronce de su pecho la barba abierta en dos alas negras que se agitaban golpeando las sienes. Abajo, despeñábase el río con rumor de lucha cuerpo á cuerpo.

Ascendía juvenil y sereno, por un atajo de la montaña, en cuya roca viva se estrellaba sin tregua la tormenta.

En la cima, sobre el rocío, el sol esparcía el esmalte tibio de los coleretes septembrinos. Al acercarse á la cumbre, vió Rield que aquel indio, que se elevaba hecho relieve salido de la montaña misma, no era el Araucano domado, manso y caricaturado por lo que algunos entienden por *civilización*, sino otro aún relleno de fuerza y acción, como aquel « Caupolicán » que en el bronce de su estatua sigue doblando un brazo de bosque.

Le pareció ese indio el mejor augurio ó ejemplar de la raza que él quería entroncar de nuevo, haciendo de ella algo propio, sin perfumerías de *boulevard* ni legislación de biblioteca.

Y envolviéndose en humillos de poeta épico, es

decir, de poeta pasado absolutamente de moda, pensaba :

— ¡ Si todavía pudiera hacerse la resurrección de las soberbias de aquella raza para hacer con ellas un verdadero pueblo, en vez de un barrio europeo á trasmano !

Hasta, siguiendo la moda, daba cierto sabor modernista á sus reproches : — La Europa suele ser un gran « *Bon Marché* » de instituciones que casi nunca han quedado á la medida del cliente sudamericano, que está creído que el progreso lo constituyen los edificios de yeso, las modas y el cosmopolitismo...

Y, más enloquecido cada vez con sus ideas, Rield hubo de trasladarse á la capital á gestionar la concesión fiscal de las tierras en que debía realizar el sueño de *su colonia*.

Quiso que lo acompañara María, que así de improviso iba á meterse á la capital, á la vida moderna, á la *civilización*, á la « gran urbe », cada vez más desarraigada del pasado y con todo recién traidito del *boulevard* seductor.

Rield se reía de esas cosas, inofensivas al parecer, y que á la larga concluyen con la fuerza de caracterización que cada pueblo debe conservar.

— ¿ Habría querido usted que el país no progresara? — le preguntaron un día.

— ¡Sí! que progresara; pero sin abandonar ciertos rumbos de otro tiempo, de hace cincuenta años...

Positivamente, como la mayoría de los que se nacionalizan, tenía la manía de desear un progreso como ellos lo entienden para el país en que se radican.

Á su vez, la india trasplantada bruscamente de una á otra atmósfera y vestida por fin á la francesa, perdía poco á poco su aspecto montañés y sólo volvía á tener las melancólicas alegrías de lo que se va para siempre, cuando se envolvía de nuevo en los *chamantos* y las *chaquiras* con que Rield, á título de cosas exóticas, decoraba su saloncito de hotel.

El ambiente de la ciudad la había marchitado y la pobre, caricaturada por la seda, las plumas y las flores de trapo, se echaba en silencio sobre los sofases del hotelucho de tercer orden en que se hospedaban.

Había pasado sin evolución de un estado á otro y, ya en la ciudad, y adivinando sin duda que era una irrisión, se escondía como ave de otro clima á la cual la jaula empieza á matar.

¿Se repetían en ella los mismos fenómenos orgánicos que se observan en la planta que sin transición pasa de una á otra atmósfera?

Por desgracia, Rield no terminaba sus diligencias para obtener la perseguida concesión, y, al fin, cuando, muchos meses después, hastiado de ir inútilmente por los ministerios, volvió al Sur, la india, herida de muerte, con la boca llena á cada instante de sangre porque el aire de la capital le había secado los pulmones, se moría sacudida por la tos que salpicaba de desgarros sanguinolentos el papel con paisajitos chinos de la pieza del hotelito de provincia en que, á falta de otros pasajeros, había llegado á hacer crisis su enfermedad casi fulminante.

Era el caso de preguntarse si se repetían en ella los mismos fenómenos orgánicos que se observan en la planta que pasa sin transición de una á otra atmósfera...

El color trigo en grano de su rostro se encendía en llamaradas postreras y sus ojos, perdida su serenidad de paisaje, pestañeaban dolorosamente, buscando con avidez algo remoto sin ver lo cual acaso no podrían cerrarse. Brillaban con intermitencias de hoguera soplada por el viento y aunque á ratos parecía que querían escaparse de las órbitas, volvían á hundirse en la mancha negra, humedecida por las lágrimas, de las ojeras.

Abrieron un poco la puerta para que el aire renovado expulsara el olor mareante y pegajoso de los remedios. Un vientecillo foráneo estremeció

con suavidad hipócrita el género de las colgaduras desplegadas como para ocultar tras ellas algo que entraba. La puerta se movía con lentitud haciendo un ruido indiferente y monótono y dejaba ver un trozo enorme, todo blanco, de algo monstruosamente alto y sereno. — La india se incorporó un poco y estiró los brazos sobre la cabeza caída cuyo pelo pugnaba por juntarse sobre la frente.

En los brazos desnudos de la moribunda oscilaban haciendo ruido de compra-venta unas cuantas monedas de metal con las cuales se juntaba, forastera, una pepa de oro en bruto y dorado como espiga madura.

Las cortinas, saturadas de olor á botica, se desplegaron más, movidas de nuevo por el viento, y el monte lejano, tan alto y sereno, creció llenando el horizonte.

La colcha y el linón blanco del lecho, se removieron de nuevo, y de nuevo se alzaron los brazos sobre la cabeza cuyo pelo seguía pugnando por juntarse sobre la frente.

Surgía como estribillo la misma pregunta, abrumadoramente invisible :

¿Se estaban repitiendo una vez más los fenómenos orgánicos que se observan en la planta que pasa sin transición de una á otra atmósfera?

La india levantó la cabeza, cuya barba sudorosa

se pegaba porfiadamente al pecho... ¡Ah! ¿Eso tan alto y sereno que dejaba ver la puerta entreabierta, eran las montañas tan diversas á las que, como pintadas sobre un cielo sucio, había divisado en la ciudad? Eran más blancas.

En la calleja en forma de camellón, solitaria á la hora del crepúsculo, hora y tiempo de frío en aquella parte del país, á través de la tabla mal unida de las casitas, brillaban los braseros provincianos, que, cercana la noche y la merienda, reúnen en grupo de oración y de silencio á la familia rural.

La puerta de una de esas casitas se abrió crujendo como cualquiera puerta más vieja y menos triste que ella.

— El viático — dijo un hombre de manta.

Se hincó.

Empezaba á llover, como es de uso y costumbre, sea invierno ó verano, en todo el sur de Chile.

Sonó una campanilla de iglesia; el monaguillo, hijo, seguramente, de la campana parroquial, dejó de abrigar el farol con que abría camino á la comitiva. La luz volvió á sumergirse en el barro y, avanzando con precavida lentitud, apareció á veces en completo claro-oscuro y á veces en oscuridad no muy clara, el sota-cura, hombre bueno del todo, ajeno á camorras electorales y muy apegado en cambio á bautizos, responsos, casorios y

catecismos dominicales. Aunque se llamaba Lisama y todavía no usaba anteojos, manejaba breviario ya muy gastado y entrado en uso.

Llegaría á ser cura, y entonces, la campana de su torre, á no estar ronca del todo, diría, al repicar, coreada por los niños del mansísimo vecindario : — El cura de Curacautin...

Volvió á sonar la campanilla; la luz del cirio de la buena muerte salió de un charco para meterse en otro y el sota-cura de los casorios, los responsos y los catecismos parroquiales, pasó casi indeciso, con la cabeza inclinada sobre el santo viático.

El macizo lejano de la montaña cerraba la calle, invadida por la negrura irremediable de la noche.

Campanilla y cirio de bien morir; sub-párroco y perro de comitiva; monaguillo y cortejo de busca muertos, se deslizaron sin ruido ni recibimiento en el boquerón que daba entrada al hotelucho en que se moría la pobre india, cuyos pulmones habían sido envenenados por el aire tan respirado de la capital.

Era muy melancólica esa pieza de hotel departamental, que, llena con el cleriguito y sus rezos, ya perdía casi por completo su originalidad de despoblado, concluyendo por tomar un aspecto del todo urbano y vulgar. Era de ver aquel cuadro : nada entendía la agonizante de preces en latín, y

sus manos, que empezaban á agarrotarse con rigideces vegetales, hacían un movimiento trabajoso, explorando la sombra yerta é inasible que la cercaba más y más.

El oficiante hizo encender dos velas y, abriendo su *Práctica de los Ministerios Eclesiásticos*, buscó, diciendo á media voz :

— Práctica quinta... quinta... del ayudar á bien morir.

Seguía murmurando sus latines :

— « *Accipe lampadem ardentem custodi baptismum tuum* ».

Rield miraba anonadado ; Cómo terminaba su proyecto colonizador !

Por lo demás, fué bien corta la ceremonia de encomendar á Dios Nuestro Señor el eterno descanso del alma de María de la Sierra, y cuando terminó, es evidente que aún quedaban á la moribunda algunos minutos para mirar á la tierra : se ignora quién le concedió la gracia de un último instante lúcido. — Acaso la muerte que llegaba. — Acaso la vida que se iba... No se sabe : mas el hecho cierto y averiguado es que María abrió de nuevo los ojos en la cavidad sudorosa en que se hundían para siempre y dijo con esa voz que sólo una vez se tiene en la vida :

— Mi hijo...

Madre al fin, hablaba como todas las madres.

Entonces, el curioso aventurero, Rield, quiso-rala ó no, también parece lo cierto y averiguado que la besó en la frente.

Regresando resfriada y triste á su iglesia, aun se escuchaba llegando de fuera, el eco foráneo de la campanilla parroquial.

Habían abierto la puerta para expulsar el olor á muerte y á botica, á rezos y á pavesa.

La noche, estrellada como ninguna, dejaba ver, cortando el azul del cielo con una línea plateada por la nieve, la impasible senectud del monte aborígen.

La montaña parecía avanzar sobre la pieza en sombras. La trasmontaba la luna en ese instante.

Las pupilas de la moribunda, llenas de luz lejana, se dilataban inmovilizadas ante aquel paisaje. Levantó las manos :

— « Ma huida »... (*)

La cabeza sudorosa se dobló hacia atrás, y la boca llena de sangre salpicó los hilos de plata en bruto que todavía adornaban el cuello.

El aire pasaba silbando por la garganta oprimida. Era el ahogo final, la muerte de la india con que el iluso de Rield hubiera querido revivir y hacer

(*) La « Montaña », en dialecto araucano.

reentrar transformada en la vida de hoy, á la ya muerta raza ercillesca...

II

León II Rield no conoció, pues, á la madre indígena que, con grito que parecía una protesta, recordó en trance de muerte á su hijo, dejado en la capital, dormido sobre un pecho alquilado para simular el calor de una maternidad ficticia.

Había sido necesario, á causa de la enfermedad casi fulminante de la madre, salir tan rápidamente de Santiago, que el niño tuvo que quedar entregado á una de esas lactancias de ocasión, pescadas al acaso entre los avisos olor á cocina á que acude la muchedumbre que forma el rumor, el dormir de las grandes urbes — sopor ó sueño, que no se sabe de donde viene ni aun se sabe á donde va.

Al meter á un vagón del ferrocarril del sur á la pobre india, hubo, pues, que desgajarle por la fuerza su retoño de carne setembrina.

¡Estaba de Dios que todos los proyectos de Rield quedaran truncos y que ni siquiera pudieran

cumplirse sus deseos de criar á su hijo en nuevo ambiente, en medio del aire que respira en la selva y que con bríos de tempestad aun parece arrastrar en medio del silencio forestal ecos mutilados de la epopeya tan lejana y olvidada!

Había sido imposible llevar consigo al niño.

Mas quiso una casualidad, feliz como casi todas las casualidades, que el chico pasara á los brazos de una nodriza del campo, poderosamente sana y hermosa en su brutalidad de bestia y cuyas mamas encendidas con prominencias de volcán, más parecían relieves de monte humano que seno espigado de campesina de campo triguero.

Del cardo, perseguidor del trigo, se iba á la sazón con vuelo muerto hacia el tierral de los caminos la plumilla bohemia del corre-vuela.

En ese campo de inquilinaje había nacido y crecido la *huasa*, persiguiendo á ese mismo corre-vuela gitano que llega un día en que se disgrega sin ruido de la cuna de espinas en que nace...

Un día, una nueva vida empezó á dar al vientre de la campesina las mismas redondeces del monte cercano, cargado de trigo en sus lomajes, y al cual bajaban las nubes, medianeras entre el campo y el cielo, á formar altares que se alzan al mediodía y que se incendian en la tarde.

He ahí el campo sembrado y recolectado de

padres á hijos, campo en bruto, como los seres de Dios que lo cultivan, y que sigue dando tan grande y sana la espiga y tan rubio y robusto el grano.

Eran esas tierras un primor de bondad y, sin embargo, no habían conservado la salud del « rastrojo », como le decían al niño de la « huasa » : habían bastado dos días de fiebre maligna, complicada con la dentición que empezaba, y el angelito había volado al cielo.

« Estaría de Dios... »

Y tan « estaría de Dios », que una tarde, después de la merienda del mediodía, cuando bandadas de pájaros asaltan los racimos *renegridos*, se había quedado « traspuesta », recostada al lado de los lagares asediados de abejas que llegaban en busca de orujos. Soñó entonces que su angelito se iba al cielo entre manojos de acacias y retamas. Después vió que se acercaba, queriéndola aplastar, una carreta colmada, en la cual para la ciudad empezaban á llevarse la cosecha. Ahí, en la enorme carreta que avanzaba sentándose y crujendo en las quebra-duras del camino, se iba el trabajo de todos, dejando el fundo despojado y en rastrojos.

La carreta estaba ya encima cuando la « huasa » despertó.

— Soñé que me aplastaba...

Y el arriero, enterrado é indiferente, siguió por

el camino asoleado hacia la ciudad á que llegaría al pardear el día.

Días después de aquel sueño, el angelito volaba al cielo, y entonces, « para no perder el pecho », la *huasa* « hizo encargo á la ciudad », y un buen día, junto con los colores de fruta madura de un crepúsculo que se encendía más y más en el horizonte de un cielo pintarrajeado, la andariega carretela de Peñaflor, que iba de madrugón á la capital y volvía al fundo con parte de noche, trajo « muy encargado » á un nuevo y pequeño huésped: lo mandaba un amigo y compatiota de Rield, y era un milagro de criatura, gorda y con cada ojo más grande que la estrella que se divisaba algunas tardes no muy lejos de la iglesia en que se rezaba la novena.

No terminó para « el niño » — ¡ qué iba á terminar ! — en los brazos de su segunda nodriza, la odisea — ¡ cómo no llamarla así ! — cuyo mejor capítulo, olor á yerbas y teñido de arreboles, había tendido las primeras cajitas de monos de cartón pintado sobre el pasto verde de un lugarejo lleno de silencio y polvo

Empezaba á hacerse « vaqueano » en el campo, cuando quiso la suerte que volviera á ser ciudadano. Lloró la « *huasa* », la « *mama* », y el chico volvió á la ciudad llena de bonitas torres, pero el

vano de cuyos campanarios no dejaba ver esa especie de linterna de oro, perdida en la inmensidad del cielo, de la estrella peñaflorina.

Volvió, pues, pero no en la misma carretela andariega que lo había llevado, sino en un ferrocarril, construido no ha mucho, y que, después de recoger toda la fruta que á título de existencia rural crece en los alrededores de la ciudad, se mete cargado de patos y gallinas, á la capital.

Ahí lo tomó de la mano una señora, sin hijos, naturalmente, mucho más vieja y fea que joven y buena moza, la misma señora, al fin de cuentas, que en la novela y en la vida hace dulce en pailas, usa anteojos, teje y zurce calcetas y sirve para llenar los huecos del relato ó para hacer los capítulos de aquello que podría llamarse lo *lógicamente inesperado*. La vida misma echa á cada instante mano de ella, así es que, en uso de prerrogativas tan antiguas y legítimas y como si conociera al huerfanito, al verlo, le tendió los brazos con gesto cotidiano y le dijo :

— Vamos, que vas á ser mío...

Y se echó á andar con él. Subieron luego á un tranvía y ya que no en nombre de los « derechos del hombre », á nombre del reglamento respectivo, que permitía hasta ocho pasajeros á cada lado del vagón, la vieja pidió un hueco para el niño. Se

estrechó un viandante que, para permanecer cómodo, bien pudo invocar los abundantes derechos específicos de su persona, y León II Rield llenó el primer hueco de su existencia. ¡Entraba, pues, en la vida !...

Un momento después, prófugo forzado del campo, entraba á su vez á una mansión pintada con desconchada cal azul, de aspecto manso ya que no solariego, y en lo alto de cuyas rejas terminadas en lanza no muy heroica, se avanzaban sendos brazos de cobre batido á martillo en los cuales, sin lugar á duda, se prendieron cuando todavía pestañeaba la Colonia, pajuelas de azufre ó bendita seda mercedaria.

Parecía y era, pues, aquella casa heredad de mayores, salvada sabe Dios cómo de los tiempos de que era coetánea.

Iba á cumplir cien años su andamiaje centenario, y su dueña, muy conservada, aunque rengueando, caminaba para los ochenta y pico. Había heredado esa casa de un hermano, medio escribano y medio prestamista, y por aquel entonces conservaba doña Encarnación, con todos sus muebles, aquel sacrosanto y bien arraigado bien raíz. Tenía aquella casa siempre cerrado su portón y tapado con cera el portillo del susodicho portón, á fin de que miradas indiscretas, que bien sabe Dios que nunca

faltan, no sorprendieran los secretos del patio pastoso y solitario en el cual florecía primavera tras primavera un limón muy estrujado y sin limones y un naranjo sin abejas, sin novias y sin azahares.

He ahí el exterior : exterior de viejo arrugado y pitarroso al cual las ventiscas del otoño y los lloros del invierno le sacaban anualmente, magullándole el blanqueo, las telarañas y demás aditamentos que, como para borrar hipócritamente su paso, va dejando el tiempo.

Además, un alero — buen hospedaje para lechuzas y murciélagos, — y del cual una mano munificente habría podido colgar durante las fiestas patrias hasta cuatro farolillos chinescos, ostentaba sólo una jaula de zorzales, si no muy cantores, bastante reumáticos al parecer.

Y para que aquello trajera recuerdos más patentes de Andalucía, hasta uno que otro tiesto poblado de claveles, atados como malhechores por el delito de darse muy encarnados, solía acogerse, en demanda de aire y sol, al alero protector.

Rejas de hierro formando pequeñas cuadrículas adornaban el patio, y, si la verdad ha de decirse, déjese constancia de que no era muy frecuente que el ruido de postigos al abrirse sorprendiera el silencio de aquellas seis rejas, de las cuales colgaban ramas ya secas de palma bendita.

Para que el aspecto claustral de esos patios, en que á rezar la Pasión y el Trisagio se hincó durmiendo y con las manos puestas la Colonia, fuera más completo, de trecho en trecho, ostentábanse las estaciones de la « Vía Sacra ».

Una campanilla hacía ruido de viático en el transportón que separaba el zaguán del patio, y para que nada faltara al conjunto de ese pedacito de coloniaje, salvado á Dios y misericordia de la invasión de edificios modernos que empezaban á transformar la ciudad, en las tardes, cuando la torre de San Francisco daba la oración, encendíase un reverbero de colgar que en las noches de lluvia había que poner á cubierto á fin de que no lo apagaran el viento ó las ánimas.

Si para pasar al interior, se descorría el pestillo de aldabón, cada mueble, cada santo y cada trasto atestiguaba con su vejez y con su *patina* como dicen ahora, que aquella era casa de « respeto », según el aviso que pidiendo huéspedes solía aparecer los domingos en los diarios. Tan de respeto, que con muchísima asiduidad la visitaba un presbítero de misa y olla.

Tras la puerta, en cuyo dintel había estado parado aquel Barrabás de San Bruno, en cierta ocasión en que por orden de Marcó del Pont y en compañía de Villalobos andaba cobrando una

contribución, aguardaba, muy fresca en verano y entibiada por brasero de cobre coquimbano en invierno, la antesala con su mesa redonda, su reloj de campana; sus sillas, su sofá de damasco enchapado en nogal y su lámpara toda de bronce, menos, naturalmente, el depósito, que era de cristal azul con cortes ó facetas en forma de racimos.

De la pared, y encerrada en marco de ébano, pendía una Virgen traída de Lima, — Santa Rosa, imagen muy milagrosa y que es posible que de Quito pasara á la ciudad de los Virreyes de donde cualquier día la echó, en compañía de algún « real situado », para la lejana y guerreada Capitanía General. Tenía derecho esta imagen á cuatro velas por mes, puestas en blandones de plata con arandelas de vidrio.

Á pesar sin embargo, de tanta munificencia, no eran para ella, sino para el « Niño », que estaba en la sala propiamente hablando, todas las preferencias y debilidades de doña Encarnación. — Cierto es también que la sala era muy hermosa y que junto á sus cornucopias, cuyo dorado iba apagándose con suavidades de crepúsculo, uno creía ver encaminarse al sillón de cuero cordobés, ó por lo menos estampado, entre las manos la cajuela y el rosario de oro labrado, al devoto señor de las medianías del siglo XVIII.

Había olor á seda vieja, á madera y ropa de santo; á cosas de chafalonía y guarda en aquella sala que rara vez se abría, que era el *Santo Sanctorum* del caserón y que, en efecto, habría parecido relicario de otra época, si no hubiera sido porque las « fotografías de familia » esparcían por todas partes la facilidad que para perpetuar la efigie y los afectos de ocasión han traído aparejadas las maravillas fotográficas de nuestros tiempos.

La tierra de los años, ese polvo tan sutil, que no es el de todos los días, huella perenne, que como las señales que va dejando la vida, sólo desaparece junto con aquello á que se adhiere, daba al conjunto oscuridades, medias tintas, evanescencias de tela antigua.

Sólo una festividad transformaba esa sala siempre fría en la cual no había ningún bargueño ni cajita tallada que guardara azahares de novia y en la cual, además, el piano enchapado había perdido para siempre, si es que alguna vez las conoció, las reminiscencias ó memorias del « Danubio Azul » : el día de Pascua, día del « Niño ». Más de sesenta años que doña Encarnación « hacía nacimiento » y rodeaba al Santo Niño de trigo recién nacido, de frutas, ovejitas y pastores. Era, pues, de mantel muy blanco y largo para la vieja confesada del padre Bula la noche de Pascua, y tan en grande

era aquello, que, mediante promesa que acaso permanece en el misterio de los testamentos cerrados, el último día de la novena, lo rezaba el clérigo de misa y olla, había órgano y á las veces helados de vainilla y dulces de las monjas para los invitados de más copete.

Bien merecía tamañas suntuosidades este Niño Dios : disfrutaba de fama muy justa en todo el barrio y á estarse á rumores que parecían perfectamente fundados, á la muerte de su propietaria, pasaría legado á la Comunidad franciscana, de la cual, á Dios gracias, era hermana tercera Doña Encarnación. La seráfica Comunidad sabría lo que haría con él, mas la voluntad y el deseo de la donante era que se colocara en « la iglesia grande ». ¿Y por qué no, si sus potencias eran de oro y perlas y en su trajecito de seda que se deshacía de viejo había un semillero de crisólitos y corindones?

Según se dice, el presbítero de misa y olla hacía algunas objeciones á esta cláusula testamentaria :

— Los franciscanos no tienen otra cosa que pesebres... Sería mejor buscar quien diera garantías de conservar intacta esa preciosidad.

—La conservarán, me lo ha dicho el mismo padre Bula...

— El padre Bula está ya más del otro mundo que de éste.

Verdaderamente, eran unas indirectas... las del presbítero de misa y olla.

Y además, insistía cada vez que la ocasión se presentaba :

— Los padres no tienen otra cosa que nacimientos...

Mas, por lo menos, en vida, conservaría la reliquia como que para ella seguía cultivando las azucenas que al declinar el año llenaban de pinceladas blancas el huerto invadido por la maleza.

Al contrario de lo que pasa á los curas viejos, le faltaba una sobrina á doña Encarnación. — Aun á este mismo relato le habría faltado y es lástima grande que ni aquélla ni éste la posean. Ante todo la verdad, y la verdad, ajena á sospechas galantes, es que bien pudo, allá en sus abriles, tener pascuas nupciales doña Encarnación; pero sobrinas... jamás. ¡Había sido siempre tan piadosa! Y, además, cuando se encontró sin *colocación en plaza*, empezó á sentir por el hombre una distancia, un temor, una vergüenza que crecían en razón directa de su seráfico amor al Santo Niño, al padre Bula, al presbítero de misa y olla y á las azucenas que, como hostias amasadas con miel y cirios, abrían senda eucarística en el huerto.

Mas el « Niño » no era suficiente compañía. Por eso, pues, abrió primero su portamonedas para

poner un aviso y después su portón para dar paso al pupilo, al chico llegado del campo, que así por una puerta tan vieja y cerrada, entraba á la vida de la capital.

Tras muchos meses y aun años de acostarse y levantarse, y durante los cuales León estrechó hasta el más fraternal de los cariños su amistad con el gato y el loro, pasadas las dos de la tarde, alguien golpeó con fuerza el aldabón de la puerta.

Algo raro anunciaban aquellos golpes desusados; doña Encarnación se sobresaltó con razón y antes de hacer abrir, juzgó llegado el caso de enternecerse por primera vez desde que el chico trajinaba por aquel caserón solitario : lo abrazó.

Si de los cambios de la vida, da á veces una idea la emoción de los circunstantes, debía acercarse ya la descifración de alguna de las muchas incógnitas que momento á momento iban agrandándose y llenando de silencio y de tristeza la mente del huér-fano, á quien le había dicho simplemente doña Encarnación que sus padres habían muerto y que ella era su tía... ¡ Cómo mentía sin ningún respeto por la cronología, la buena devota !

Para León había empezado, pues, la vida con la misma mentira vulgar que teje un novelón mal urdido al principio de tantas existencias ; la tía vieja !...

Los llamados se repetían con una insistencia precursora de que tras los golpes del aldabón, la silueta de la tía iba á desaparecer para siempre. Todo anunciaba, en efecto, la proximidad de un cambio en escena en la antigua casa : gritaba desaforadamente el loro, y el gato miraba con inusitada atención tras los flecos de la carpeta de damasco.

No era para menos : atravesaba ya el patio un personaje del todo desconocido para León y sus amigos, el gato y el loro.

— ¿Quién es tía? — preguntó el niño.

Doña Encarnación, que observaba tras un postigo, se demoró en contestar :

— Un caballero, hijito, el encargado de cuidar de su crianza.

Y para que el caballero se diera cuenta de todo el fausto de aquella mansión solariega, doña Encarnación dijo : « que lo *dentren* al salón del Niño »...

Se tiró hacia las sienes el tejido de lana azul con que se abrigaba la cabeza, se enjugó las lágrimas, que tarde y mañana asomaban á sus ojos cristalizados, se puso sus mitones, cruzó las manos sobre el pecho, suspiró y le dijo al niño : — Vamos, hijito.

Sí, León se iba.

La escena fué sumamente breve, como todas aquellas en que las decisiones están tomadas de

antemano : « el caballero » acercó á su lado al muchacho y después de ponerle una mano en el hombro, le hizo la pregunta de regla en estos casos :

—¿ Y cómo vamos, mi amigo?

— Bien — contestó León con llaneza de hombre.

— Ya sabrá ¿no es así? — continuó el desconocido, — que una disposición testamentaria de su padre me dejó el encargo de atender á su educación...

Se rió de la seriedad de aquel muchacho que parecía comprender toda la importancia de lo que decía ese señor á quien veía por primera vez.

León miró sus libros, colocados sobre una de las viejas cornucopias del « salón del niño », bajó los ojos y su vida del caserón pasó fugazmente, sin conmoverle : no sería poeta y bien podría decirse que desde ese momento dejaba de ser niño. ¡ Y cómo habría de continuar siéndolo, si la vida, por medio de ese señor que tenía delante, le advertía ya que para él se irían por alto esos años que á veces no pasan sin dejar huellas que reaparecen después de tarde en tarde, sin perderse del todo ! — Ahora — continuó el recién llegado, — habrá que entrar al Instituto...

Positivamente, el desconocido no hacía gran gasto de palabras inútiles.

Y como si ya comprendiera que eso de la « tía

Encarnación » había sido la mentira momentánea de que siempre echan y seguirán echando mano la vida y la novela, para juntar ó hacer seguir su curso á eso misteriosamente eterno, *lo lógicamente inesperado*, el muchacho continuó en silencio sin preguntar nada.

El desconocido, ó sabe Dios qué, ese señor, en fin, en cuya presencia había algo de ilógico ó poco real, fácilmente perceptible en todos los que entran por obligación ó por la fuerza á desempeñar funciones de que no están bien al cabo, observaba sin gran interés al huérfano y dijo, como era de esperarse, lo que ningún tutor de ocasión habría dejado de decir : — Se parece á su padre...

Doña Encarnación juzgó del caso suspirar y arrancarse un punto suelto de los mitones.

« ¡ El retrato de su padre ! » En efecto, la herencia había hecho de León II Rield un tipo muy original : ojos de cielo casi negro y pelo de oro con el cual todavía no se han hecho monedas... Á su madre, le había quitado al nacer la fisonomía llena, sin angulosidades y de una modelación enérgica y fácil.

¡ Qué Dios lo libre y lo guarde de los peligros del mundo ! — dijo Doña Encarnación enjugándose los ojos.

El gato avanzó un poco en su deseo de explorar al recién llegado.

— En fin, que todo esté listo para mañana á la una de la tarde, terminó el tutor, aconchando en su mano la cara color fruta de pascua del muchacho.

III

Mucho tiempo después de dejar á León de interno, su apoderado ó tutor lo llamó á su oficina :

— Siéntese, le dijo á modo de saludo.

En seguida, registró papeles y revisó cuentas.

¡ Aparecían ya los números, cuya existencia ignoraba casi por completo el muchacho !

... « 1º de marzo, libros. Otra partida en la misma fecha : ropa. »

Y siguió así, como quien examina los derechos que al entrar en la aduana debe pagar una nueva mercadería. ¡ Son los derechos de internación que á todo el mundo, tenga ó no con qué pagarlos, le cobra la vida !

Se echó atrás, afirmó los codos en los brazos de la silla. Empezó á hablar distraídamente mientras se pasaba el cortaplumas por las uñas :

— Usted es hijo de León Rield, muerto el año...

Fué dueño de varias empresas, Rield (y volvió á consultar sus papeles), tuvo un hijo, León II Rield. Debe estudiar arquitectura é ingeniería. Conque no olvidar que la vida no es broma.

Y poniéndose de pie y avanzando hacia León, le golpeó el hombro, remeciéndolo, como para calcular su resistencia.

— Señor, agradezco los datos que ha tenido la bondad de darme... Sabía mi nombre; pero casi ignoraba quiénes eran mis padres.

— Lo principal es apurarse en los estudios, y adiós — terminó el apoderado dando un portazo á la caja de fondos que sonó con ruido carcelario.

El muchacho se encontró de nuevo en la calle, en aquel silencioso y tranquilo día de fiesta.

Tal vez por primera vez en su juventud sin infancia, sentía cierta ternura indecible.

Sin concretar bien sus ideas, comprendía que la vida venía de hacerle su primera notificación formal, seca como el apoderado que acababa de tener ante sí, destacándose sobre el verde casi negro de la caja de hierro colocada al fondo del escritorio.

¡Qué laconismo el del apoderado, mientras él, á su turno, sentía la necesidad de saber siquiera algo de sus padres!

Sabía lo bastante : que estaba solo, que no tenía nadie en el mundo...

Y pasándose de una cosa á otra, empezaba á recordar su entrada al colegio, los estudios año tras año sin atrasarse nunca; los llamados del Inspector General para pedirle la lista de lo que necesitaba.

Volvió á lo mismo : sus deseos de saber algo más que su padre había muerto, que su madre había muerto también y que doña Encarnación había desaparecido para siempre en su rol de tía.

¿Y quién podría darle noticias, que era cosa vista que no querían proporcionarle?

Antes de la entrevista que acababa de medio aclarar el misterio, rompiendo con dificultad un silencio que los años iban endureciendo más y más, preguntó un día al Inspector General si podía saber el nombre de la persona que daba para sus gastos.

Recibió una de esas respuestas que á nada responden, y que tanto buscó la diplomacia de otros tiempos :

— Pues el encargado de la educación de usted.

— ¿No tengo parientes, nada?

— Usted es huérfano, mi amigo, lo que no importa, porque de aquí saldrá hecho un hombre.

Después de su conversación con el apoderado, no volvió por cierto á interrogar al Inspector General, y la seguridad más completa de que no debía contar sino con él mismo, le hizo más silencioso y retraído.

De cierto, algo nuevo lo esperaba tras esos muros

del colegio en los cuales el lápiz del colegial había escrito un nombre que no sabía del todo de donde venía.

Cuando comprendió, pues, ya próximo al bachillerato, que se acercaba el momento de terminar las humanidades, se sintió lleno de sobresaltos.

Corrían los últimos días del año. El colegio estaba ya cerrado porque, según la costumbre de entonces, al acercarse los exámenes, se daba puerta franca á los alumnos para que salieran á dar un último repaso á sus libros.

León se paseaba por los corredores solitarios con un texto entre las manos.

La campana seguía dando las horas, ignorando que los niños habían abandonado el colegio.

La fuente del centro continuaba á su vez dejando escuchar la murmuración sin fin de su hilito de agua.

Se sentía conmovido y él, que no había conocido ningún afecto, miraba con ternura la puerta en lo alto de cuyo marco se leía : « Rector ». Se llevó el libro á los ojos, y, después, al mirarlo de nuevo, percibió que algo como una lágrima se extendía sobre la enorme X de una ecuación cuyo sentido no sabía comprender...

Pasó la vista por los muros pintados de color claro.

Habían vuelto los pájaros que, al volar, hacían estremecer bajo el cielo azul, el encaje de sus alas.

Afirmó la cabeza en el respaldo de la banca ya casi cubierta por la pintura y descubrió su nombre :
« León II Rield. »

Unos cuantos alambres aéreos cruzaban un ángulo del patio y posado en ellos cantaba un gorrión, indiferente al estremecimiento misterioso que corría por esos hilos que parecían un trozo de pentagrama arrojado sobre el azul del cielo.

« Era el estío », como dicen los muchachos de Academia, y los naranjos en flor se deshojaban al sentir sobre su blancura la sombra de oro de las abejas que zumbaban formando coro lugareño.

El perfume penetrante de la naturaleza fecundada por el sol, hacía un poco pesada la atmósfera de esa tarde de fines de noviembre y un sopor invencible cerraba los ojos del futuro bachiller que pugnaba por despertarse y continuar su estudio. La noche antes, había apagado muy tarde la luz de su cuarto de estudiante, luz que ve desde lejos la madre ó la novia y que sólo para León se extinguía sin reflejos provincianos, junto á su cuerpo inclinado sobre los libros.

Estaba cansado, lo rendía la fatiga y se adormecía, pues, invenciblemente con el perfume de las rosas y las madreselvas.

Sentía con intensidad desconocida la impresión de su soledad y él, el « hombre serio » del curso, que guardaba silencio ó se alejaba cuando en la conversación de los demás muchachos empezaban á aparecer nombres de mujeres, al adormecerse entre el zumbido de las abejas que se iban y el perfume de las madreselvas que llegaban, vió que reaparecía cierto recuerdo impreciso y vago... ¡Cosas forjadas por el ruido de las abejas y el perfume de los azahares !

Se adormeció divagando, el libro se deslizó de sus manos, é inclinó la cabeza en el brazo extendido sobre el respaldo de la banca.

« Ruíz », querido de todos los muchachos, el portero siempre fiel á su puerta, apareció con el tranco apurado de quien olvida las llaves ó la hora de tocar su campana.

— Me había traspuesto, dijo León.

— Es el día, contestó Ruíz. El calor ha pegado fuerte.

Y la alegre figura del portero, siguió con sus zuecos y su tranco atareado, perdiéndose luego en los corredores.

Creyó León que la tarde se le iba en sueños, como si él tuviera tiempo para soñar. Recordaba la frase del apoderado, la terrible frase, irónica y fría:

— « La vida no es broma »...

Al erguirse, su silueta alta y fornida se destacó con arrogancia.

Un escalofrío le anunció la proximidad de la noche.

Sacudió sus gruesos brazos, célebres en la gimnasia del colegio, tomó el libro caído y prosiguió sus paseos.

La brisa empezaba á mover las guirnaldas de mutiflores al pie de cuyos troncos blanqueaban los pétalos caídos en la jornada floral de ese día.

IV

Nunca, así lo aseguraba « Ruíz », que por lo demás era muy capaz de estar durmiendo á esa hora, pasaron las once sin que León llegara al ancho portón del colegio.

Era el método mismo, y todos iban sintiendo poco á poco en el colegio la presencia de esa voluntad seca, servida por una musculatura poderosamente vigorosa.

Un día, delante de los otros inspectores, mezcla de toda clase de ideas y tendencias, tomó un pilar

del patio de los internos y lo remeció con fuerza extraordinaria. — El pilar crujió — un quejido de vejez pareció escaparse de su madera medio podrida, — y una nueva sacudida habría podido arrancarlo de cuajo de la solera de piedra carcomida en que descansaba.

— Esto no está bien, dijo mirando el edificio en partes remendado y apuntalado.

La inquietud de sus ojos parecía buscar una idea, que halló por fin :

— Para moldear un gran país, se necesita algo más amplio y sólido.

— ¿Podrías echarlo abajo? le preguntaron riéndose.

— Sí, contestó.

Y á pesar de ser tan extraño á la jactancia, se desnudó los brazos y, tomando el centro del círculo, se quedó tranquilo y sonriente en actitud de repeler un ataque.

Sus músculos contraídos se alzaban en oleaje unos sobre otros, formando el armonioso relieve de una encordadura de luchador que lanza el disco.

— ¡Bravo, muy bien, Caupolicán! — le gritaban los anémicos, « los parlamentarios » como él les decía, que lo observaban con irónica sorpresa.

León estaba contento aquel día y ellos « los parlamentarios » vacilaban, alterados por intermi-

tencias nerviosas que los llevaban de la tristeza al alborozo.

— ¡ Ah ! no ¿ creen que podría derribar antes que ustedes todo el colegio ?

— ¿ Con nosotros debajo ? ...

— ¡ Evidente ! ... ¿ Tampoco, continuó riéndose, creerán que bastaría para ponerlos en orden á todos ustedes ?

— ¡ Pero como no, Caupolicán ! contestó uno de los inspectores, el planchado y lustroso Champán, que, para mas señales, empezaba á aproximarse como que no quiere la cosa á esa edad en que ya no se es muy joven que digamos.

Merece cigarrillo y buen párrafo este Champán.

Muy peinado, con los bigotes izados en alto ; con la partidura geométricamente tirada al medio de la cabeza, flanqueada por dos pomponcitos de pelo ligeramente rizado y los guantes encajados en el bolsillo superior de su *chaquet* — cuidado con exquisita galantería de escobilla, — era Champan un consuetudinario de las galerías del Congreso y, como nadie en el establecimiento, podía preciarse de estar al tanto de la política. Profesaba ideas avanzadas y, con su lenguaje, lleno de adjetivos prendidos con alfileres y teorías, sostenía un programa tan nutrido como las mismas tablas de la ley.

¡ Rico tipo Champán !

Estaba todavía naranjo, no lo tomaban del todo en serio; pero, « ya verían »...

Desde luego, métete por aquí, encájate por allá, tan cierto era que colaboraba en *El Siglo XXX*, que continuamente solían aparecer sus artículos haciéndole la digestión á los avisos de cuarta página. Y todavía, para comprobar la autenticidad de sus producciones, hablaba con un sonsonete campanudo que, la verdad sea dicha, no siempre era agradable. Se creía y con razón llamado á desempeñar un gran papel en la prensa, y sus dotes de propagandista no tardarían en rebalsar en avalancha de las provincias hacia la capital. Evidentemente, sería « algo ». En el establecimiento mismo, había llegado á constituir con los demás inspectores un « grupo de mayoría » — todavía no se animaba á llamarle partido — que era una obra maestra de solidez parlamentaria.

Algún día sería *leader*. Como que para ello no eran exterioridades las que le faltaban : tenía esa hermosura bizarra y lustrosa, un si es no es endomingada, que con un poquito de fama política sienta tan bien en ciertas comunas...

« Ya verían »...

Además, su bigote se afirmaba hacia arriba, paralelo á la nariz, y ese pequeño defecto del diente menos que dejaba irse á medio moludar

toda S y toda Z que tenía que ser lanzada á la región alada de los sonidos, desaparecería mediante una ligera refacción dental, y entonces si que quedaría como nuevo.

Á pesar de todas esas fallitas, que no tarda en reparar un bolsillo bien lleno, Champán tenía ya cierto partido y aunque no había probado ser decididamente propenso á la temeridad, es el hecho que, en muchas ocasiones, había sido necesario hacer grandes esfuerzos para contener sus impulsos de lanzarse de una manera auténtica... « á lo más fragoroso de la lucha ».

« La tribuna, como decía, lo llamaba » y mequindad, indigna de historiadores fieles, sería negarle la oportunidad con que colaba nombres y prendía tesis en sus discursos llameantes. Empezó por los Girondinos y á la sazón se sentaba en los libros de Quinet. Sabía, en efecto, sacar partido no sólo de « sus autores », sino también de su auditorio y repetía, por ejemplo para, que sus adversarios le oyeran bien que no tenían derecho á gozar de la plena libertad los que no la merecían. — Aquí, evidentemente, se olvidaba de los pobres Girondinos, pasándose con cama y petacas á la Montaña...

Sin embargo, casi invariablemente, terminaba sus discursos llamándose « soldado de fila » que

perseguía el ideal de una libertad indefinida »...

Sobre todo esa frase, al ser lanzada en la Academia del establecimiento, producía el sonriente estupor que siempre precede á la aparición de las grandes figuras políticas.

Por poco no dominaba ya del todo Champán en esa prestigiosa corporación de inspectores, á la cual aportaba todo el voluminoso prestigio de su doctrinarismo de *El Siglo XXX*. Por otra parte, y como para robustecer su fama, acababa de obtener un premio universitario y las *eses* y las *zetas* adquirían por fin su verdadera modulación eufónica, mediante los patrióticos esfuerzos de un correligionario entusiasta en cuyo taller dentístico encontró Champán un diente del tamaño que en lo futuro lo habría menester.

No era, á ser exactas sus propias informaciones, mucho más entrado en años que los otros inspectores, y, sin embargo, tenía ya embodegada en su cerebro una grandísima experiencia parlamentaria.

Á buen seguro que muchos de los diputados de entonces — diputados de abono con derecho á llave — hubieran querido conocer como Champán el reglamento de la Cámara. No así no más había asistido durante ocho años consecutivos á las galerías del Congreso. Nadie, en efecto, recordaba mejor que él á « los oradores del 90 ».

Alguien pudiera haber creído, al oírlo hablar de esos « oradores del 90 », que aludía á sus abandonados Girondinos, calificados de ilusos por él; pero, en realidad, á quienes se refería era á los estadistas eminentísimos que en 1890 sostuvieron la necesidad imperiosa de trasplantar de golpe lo mejorcito de las instituciones é idiosincrasias — hijas de tantos siglos — de cada país : de Inglaterra un buen pedazo de parlamentarismo, y de Suiza, el queso y la comuna autónoma... ¡ Una legislación cosmopolita, que sólo por olvido en el pedido, no vino acompañada de instructores políticos ni menos de gente previamente preparada para practicar aquellas instituciones !

Pues bien, allá por los días á que esta historia va metiéndose, aumentó considerablemente el prestigio de que Champán gozaba en el establecimiento, la aparición en *El Siglo XXX* de un artículo que había sido inmediatamente reproducido en algunos diarios de provincia, « *La Selva* » y « *El Volcán* », — periódicos que él amamantaba con la fecundísima tinta de anilina « de su intelectualidad ». — ¡ Alguna vez, Dios mediante, llegarían á proclamar y sostener su candidatura ! Y era tiempo de que esto sucediera de una vez, porque sentía ya las abstracciones profundas en que frecuentemente se sumergen los políticos, amantes

de su tierra, que sienten cómo da vueltas y más vueltas en su gran cerebro la movible arquitectura de sus combinaciones : la diputación, el ministerio, la senaduría, y la... Se enrojecía levemente... ¡y la plenipotencia !

¡ Qué indigestión de proyectos, sobre todo á la hora del descanso, cuando *sesteaba* de lo lindo, sentado en un escaño, con las manos puestas sobre su naciente abdomen á lo Isidoro Errazuriz, y los ojos soñolientos perdidos en el panorama del patio en cuyo centro tocaba el hilito de agua de la fuente humilde musiquita agreste !

— Vaaaa... — bostezaba con rugido de león aburrido.

Se sentía asfixiado por el medio y las circunstancias que, sin querer comprender la crisis de crecimiento á que llegaban « sus ideas », ataban sus alas — que por cierto no resultarían de Icaro, — á la pata de una mesa de modestísimo inspector.

Su partido no lo comprendía aún y por esto y con frío de niebla, lo asaltaban rebeldías rastreras cada vez que en la noche, con la cabeza hecha un baile de fantasía y atestada de proyectos y recortes de diario, llegaba á encender la luz tan villanamente humilde de su gancho de gas.

¡ Qué olor á ropa en caja y á encomienda venida del campo lo recibían al entrar ! Sobre todo, ese

olor á colilla de cigarro de hoja, lo achunchaba, produciéndole una irritabilidad que sólo se disolvía cuando, gracias á la magia de los contrastes consoladores, parecía llegar hasta su mesa, cubierta con un número del *Siglo XXX*, el rumor de aplausos con que al entrar era recibido en la Academia, teatro de sus grandes hazañerías oratorias.

Aquel estudiante, alegre, espontáneo y pobre como la cuca, cuyo traje mal hecho mostraba las huellas de la tijera maternal y cuya bufanda de invierno era ya un recuerdo de otro tiempo, borrábase ¡ sí ! en la erguida silueta de Champán, que era la encarnación de algo así como un parlamentarismo mestizo. Y eso que á veces era todo un Don Juan, cuyas corbatas, cuyo *chaquet* y cuyos pantalones, planchados tarde y mañana, hacían de él el prohombre de cierta elegancia de barrio : como que lo creían el gallo de la parroquia cercana — la de San Isidro...

— *Voilà* —decía á cada instante, — *voilà* á Champán en sus tiempos de naranjo y vacas muy flacas.

Obsérvese detenidamente porque es un producto bien marcado y peculiar de la ciudad colonial, convertida en ciudad moderna.

Transformado del todo, suele encontrarse con abundancia de baratatura en todas las esferas, así arriba, muy arriba, como abajo, muy abajo

He ahí en las arrugas de despecho de su *chaquet*, — sacado de la misma guardarropía en que se visten todos los que al empezar, nadie podría decir lo que serán después, — el complicado plano de las líneas y vericuetos que seguirá el gran Champán, que con su florida verbosidad y sus adornadas dotes de publicista, tratará en todas partes *de formar su grupo* de gente al por menor, de gente-adobe, apropiada para que los ingenieros como él hagan sus características construcciones.

Una noche, en un *restaurant* barato, excitado por las copas y la *cena nacional*, al salir, iluminado por un farol que se moría de sueño, aunque con incoherencia, sacaba sus cuentas en medio de un grupo de admiradores de aspecto electoral :

— Aquí hay mucha gente que no sabe leer ¿no es verdad?... Mucha. Además, los que saben, suelen no hacerlo muy bien... Entonces, es evidente que tiene que haber pillos, negociantes y busca-huecos... ¡Pues aprovecharlos en bien del país !

Y encendiéndose á esa hora cenicienta, sucia, hora de copa-tunos y ladrones, Champán se irguió, levantando la mano sobre sus oyentes abotagados y soñolientos :

— Hacer plata para en seguida ir á la Cámara...

Y como también era aficionado á las cifras estadísticas, las cuales le permitían espolvorear algunos guarismos á sus artículos y peroratas, sacaba número á número las cuentas de todo aquello, olvidado ó medio olvidado, por el más imperioso y simpático de los deberes : educar.

Otra noche, sólo en su pieza, se paró ante su mesa, en la cual la vela, que lloraba á mares sus lágrimas de esperma, daba al conjunto grandes manchas de claro-oscuro. Luego, se irguió como de costumbre y, levantando la mano, cuya sombra ascendió hecha mariposa negra por la pared, se tomó la frente : creía haber hallado una fórmula genial que, iluminándolo de súbito, lo impulsaba á seguir porque ya sería muy fácil el camino que le esperaba :

— Ocultar las uñas, ser conciliador y montarse sobre la buena voluntad del mayor número.

¡ Cómo, por lo demás, cuando llegara el caso, no habría de entrar bien su arado en ese campo, reblandecido por las materias orgánicas en descomposición, en que de preferencia aran los Champanes !

— Muy bien, — pensaba, recordando que León había dicho un día, valiéndose de una frase mal cortada — señal clarísima de que nunca podría emplear bien la retórica, madrina excelente de todas las pillerías oratorias, políticas y periódís-

ticas, — que él sólo aspiraba á ser hombre de esfuerzos...

— He ahí una frase rara y complicada — pensaba riéndose. ¡ Pamplinas ! el problema es otro : ocultar las uñas, ser manso á veces, hacerse conciliador, amenazar á tiempo con la exhibición de las *cositas* que uno va sabiendo y montarse sobre el miedo ó la buena voluntad de todos... « ¡ Hombre de esfuerzos ! »... Es decir, perder el trigo en un campo que no ha de devolverlo. ¡ Las cosas de ese animal ! Para tal campo, tal grano, y no hay más... Y para tal ambiente, tales ideas. De otro modo, uno es el carneado por más que tenga montones de libros y de moralidad en la cabeza... Adelante, y no olvidarse que estamos en el mundo y que aquí entre nosotros, nunca debe tenerse veinte años... ¡ Montarse en el miedo y la buena voluntad del mayor número ! Pero para eso es necesario tener talento... ¿ Y lo tengo ? ¡ Qué !... El talento es *saber observar* y tener un poco de libro, un poco, porque suele aprenderse más en la vida que en los libros. ¡ Ideas !... ¿ Acaso por ser esto lo más escaso, no es también lo que se adquiere más barato ?

Es tiempo de que penetre el verdadero sentido de la vida de hoy, pensaba con los ojos fijos en una de las telarañas del techo. — Hacerse conciliador y,

de vez en cuando, amenazar con las *cositas* que uno va sabiendo. Ser león, pero no León Rield, sino bien enguantado. Y, sobre todo, formar grupo, hacer núcleo como los microbios, que hasta del yoduro suelen reirse... « *Voilà* ».

Y como para no olvidar la frase que quería tener siempre presente, la escribió en uno de los ángulos de un retrato de familia.

Haría bien en recordarla á toda hora, como que amoldándose á ella iba á seguir esa basta ingeniería del ratón contra la cual tan poco pueden los gatos : una cueva por aquí, otra por allá ; una curva, una recta y, al fin, ya perforados los muros... ¡ Ah ! ¡ en plena despensa !

— Sí, joven, es usted un Caupolicán — le repitió á León la tarde aquella en que éste mostraba sus músculos esculpidos en alto relieve.

Titubeó un poco y, como encontrando la frase, continuó :

— No es esa fuerza la que más sirve. No, señor...

— ¿Y cuál es?

He ahí una pregunta que equivalía á un reto y que desde ese instante quedaba separando más y más á los que, siguiendo caminos tan diferentes, se preparaban á entrar en la vida.

V

León guardó bien esas frases que, andando el tiempo, habían de elevarse á la categoría de axiomas políticos : « formar grupo y ser león, pero no León Rield »...

Quería despreciar á Champán, pero cómo si no podía ya más con aquel politicazo en ciernes que conocía todas las largas y las cortas de que después se valdría « para volar », como decía.

Sentía León, tan opaco y poco brillante al lado « del parlamentario », que crecía en él, sin poder remediarlo, una distancia cada vez mayor contra ese Champán, lleno de frases y libracos mal digeridos y constantemente reconfortado por la obstinación paciente de que empezaba á valerse para engañar á los demás. — ¡ Llenaba ya el establecimiento con la fama pegajosa de sus discursos y sus artículos !

Y León, sano de cuerpo y espíritu, se preguntaba atormentado qué había bueno ó útil en Champán.

— ¡ Pillete ! — pensaba, — ¡ qué bien sabrá apro-

vecharse de todo lo que está fuera de la educación y de todos los que no tengan como él la cabeza llena de frases, libracos y ademanes de tribuno !

Y pasando, por asociación de ideas, de una á otra cosa, repetía á solas en su camaranchón de patriota anónimo :

— ¿No es un pecado el no educar sino á unos, dejando á los otros indefensos ante la devoración ó la avidez de los Champanes? . . . ¿Se prepara á todos para esa igualdad tan relativa de las leyes?

Sentía el héroe una verdadera germinación de ideas. Pero ¡ qué hacer con ellas ! ¿ Exponerlas al veredicto crítico de Champán ? Las habría destruido con una facilidad sólo comparable á la que ya tenía para redactar como nadie un escrito de Tribunal ó de Juzgado. ¡ Qué iba á tener, pues, donde exponer esas ideas ! Máxime cuando también estaba él en un error frecuente en los países atacados de megalomanía literaria : que sólo escribiendo puede exponerse lo bueno. Y de que eran buenas sus ideas, estaba seguro. ¡ Cómo no habían de serlo, formadas ahí, junto á él y á sus libros !

Era tímido, — la timidez del *puma* que no se atreve á entrar á pasearse de levita y sombrero de pelo por la calle de Huérfanos ó de Ahumada. — Y como ni á « la amplia tribuna de la prensa » se atrevería á llegar, se quedaba con su modesta

bibliotequita en su cuarto de inspector de penecas. — Á la sazón, releía *La Araucana*, y sus ojos todavía de niño y por consiguiente vacíos de esas emociones cansadoras que tan frecuentemente hacen al hombre volver la vista hacia atrás, á sabiendas de que en las pupilas van á quedar huellas de dolor, llameaban al recitar los versos ercillescos.

En las tardes, solía detenerse frente á los monumentos de los próceres y, ante uno de ellos, le parecía que lo alcanzaba la vibración del héroe alado, sobre su bestia de guerra. ¡Qué deseos tan grandes de tocar ese bronce! Una vez el Rector lo designó para hablar á los niños de las escuelas, un diez y ocho de Septiembre.

Le habían pasado al subir las gradas, una bandera, y, al levantarla para que todos la vieran, sintió sin saber por qué que la garganta se le anudaba... ¡Estaba visto que no tenía la locuacidad de Champán! Y en seguida, ¡qué de risas entre los otros inspectores, casi todos excelentes oradores!

No soy parlamentario como ustedes — les decía León, que siguió en silencio ordenando sus ideas, sin adornarlas; en *bloc*, como quien va construyendo con piedra sin tallar la Tebaida en que quiere atrincherarse á vivir.

Leía y releía grandes trozos de Historia Nacional que deseaba retener íntegros en la memoria, y,

admirando cada vez con mayor entusiasmo la austeridad general de hace cincuenta años, se preguntaba, no bien seguro de formular con exactitud su pregunta, si no sería mejor detenerse largo tiempo en ciertos momentos del desarrollo para dejar que algunos hábitos, ya formados y desarrollados, pasen con fuerza atávica de generación á generación.

Le parecían más grandes aquellos hombres de otros años, que bajo los pliegues de sus capas españolas, habían abrigado las más hermosas ambiciones de la austeridad cívica.

Así, mientras más se acercaba el inspectorcillo al pasado, más también se alejaba del presente.

Llegaba, pues, á esos momentos históricos en que hubiera querido que se detuvieran, no el progreso, sino ciertas costumbres del país, y cuando creía hallar una síntesis, tomaba notas y apuntes.

Y empecinándose cada vez más en « sus ideas », sentía la necesidad de aplastar con ellas « al parlamentario ».

Por primera vez en sus olímpicos veinte años, sentía deseos fervientes de exponer las ideas que iba anotando al margen de sus libros.

El colegio entero, de Rector á alumnos, veía en Champán el tipo del habilidoso, irremediable-

mente destinado á surgir, y, por esto mismo, León quería dejar caer sobre él todo el peso de su honradez y... de su fuerza.

Él, que iba á ser ingeniero y que quería construir su vida como los edificios que levantaría después, debía aplastar á ese maldito Champán que se había reído á carcajadas de su emoción infantil el día, lleno de himnos y niños, en que, pálido de emoción, habló á las escuelas desde las gradas de la estatua heroica... Sería gente como él la que alguna vez trataría de sujetarlo, impidiéndole avanzar. Y sin poder definir todo lo malo que notaba á su alrededor, miraba con pena las filas de niños que sabe Dios qué suerte correrían al entrar en la vida, sin llevar muchos de ellos otra cosa, á modo de flores puestas al ojal, que nociones abstractas ó mal grabadas sobre el bien y lo práctico.

La mayoría de esos niños se creían destinados á la opulencia, y era raro el que quedaba preparado para emprender, vigoroso y seguro de sí mismo, la áspera *cuesta arriba*... Crecían en medio de la competencia de barrio á barrio, de calle á calle, de casa á casa y, ante todo, asomaban en los pobrecitos deseos de bachillerato y dinero fácil. ¿Cuál sabía, por medio de esa ciencia cuyos primeros perfumes deben esparcirse en el hogar, que la vida es esfuerzo siempre renovado, *cuesta arriba* en la cual lo que

parece cima no es sino peldaño? Intuitivamente, comprendían que nunca podría faltarles la política, el destino, la carrera fácil, la profesión ó el oficio llenados de cualquier modo.

Sabía León que algo faltaba á esa educación bamboleante, como el edificio opaco y minado por las ratas en que se daba, y no acertaba á explicarse la falta de una noción que á todos penetrara sobre un gran futuro nacional.

Veía, en cambio, que el *champanismo* crecía con vigores de vegetación.

Un día, se fué á la Academia formada por Champán y en la cual los mejores esfuerzos del insigne político tendían á hacer un ensayo práctico de Cámara en pequeño, partidos en pequeño y mayoría y minoría en pequeño. . . . Una especie de trampa en que se entretenía en cazar ministerios, formados con « jóvenes del patio grande » . . . Él era el *leader* y, dicho sea de paso, imitaba la oratoria de Mac Iver con admirable propiedad.

Cuando llegó León al pequeño parlamento, se trataba casualmente de una votación sobre la mesa recién elegida y que creía contar ; ilusión ! con la mayoría. ; Y cómo no había de creer la mesa que contaba con esa mayoría, si por esta misma acababa de ser elegida ! Desgraciadamente, nada más fácil para Champán que descompaginar « una

situación ». — Se ensayaba para más tarde, para el día en que *llegara*.

— ¡ Como en la Cámara ! — pensaba regocijado.

La mesa hacía esfuerzos por sostenerse, y el Presidente de la Academia, cohechaba votos ofreciendo paseos é invitaciones « al fondo ».

El « viejo parlamentario » necesitaba producir una « situación de caos » cuya consecuencia lógica sería la llamada de él, que, al fin de cuentas, deseaba mantener en la presidencia al hijo del platudo, cuyo agradecimiento se manifestaría por medio de convites á pasar algunos días en la hacienda.

Champán acusaba á la mesa de querer desconocer « el régimen » y hecho campeón, improvisaba en su congresito arengas que dejaban turulatos á los académicos todos.

Dicho y hecho : pasaron las cosas como lo había previsto : vino la confusión, el caos, *la interrupción parlamentaria*, la alarma porque todo el colegio veía en la Academia una reducción objetiva, una maquinita fonográfica del mecanismo constitucional del país...

Producida la caída, el *leader* permanecía impasible, enigmático, lamentando las dificultades con que se tropezaba para elegir nueva mesa y... nuevo ministerio. ¿ Y cómo habían de desaparecer los obstáculos si no lo llamaban á él?...

Consultado por fin, operaba con lentitud, prolongando la solución, dando largas y cortas, moviendo á su antojo los sucesos para que se viera bien y se comprendiera mejor el poder de su acción todopoderosa, que, de una ú otra manera, de nuevo imponía « al del fundo y la hermana », previamente armado, eso sí, de un programa recién hecho. — La invitación, la gran invitación no tardaría en venir.

« Ya verían... »

VI

León solía frecuentar la clase de un profesor que lo atraía con la fama de su austeridad y su figura de maestro en cuya fisonomía reaparecían contornos y modelaciones griegas.

El profesor á su vez se había fijado en la asistencia de ese alumno, extraño al curso y, frecuentemente, lo saludaba con cariñoso afecto.

Una tarde, se juntaron maestro y alumno y siguieron como empujados por la brisa de otoño, ya bastante avanzado.

Llegaron á una calle de palacetes emperifollados, en construcción algunos, y que resonaban sin cesar con ruido de martillos, rondanas y materiales en movimiento.

De tiempo en tiempo, vagaba en la calle un lamento desprendido del tosco esqueleto de los andamios : el canto de los trabajadores.

Una que otra victoria brillante, demasiado brillante acaso para andar sobre el barro que formaba esa primera tarde de verdadero invierno, esperaba á la puerta de algún edificio en cuyo vestíbulo, invadido de plantas tropicales, habíase encendido á mediodía la luz suave y tamizada del gas incandescente.

Salía de esos vestíbulos, en demanda de la calle y del aire libre, una atmósfera tibia que venía seguramente de la sala en que mujeres elegantes toman, formando grupo encantador, la taza de te de la tarde.

— El lujo en una sociedad en que cada cual quiere ser rico ¿no concluye por imponer muchas cosas, no todas buenas? — preguntó León, como reanudando el curso de las ideas emitidas en la clase por el profesor.

— Seguramente : una buena parte de esta sociedad, educada más que todo para el destino y la mala política, crece fomentándose la idea de la

riqueza por medio de la competencia social en que cualquier observador atento descubre á cada instante gestos y decoraciones de comedia... Se diría que nadie va sabiendo que es pobre y que vive en un país cuyos montes y cuyo suelo serán pródigos, no con la jugada de Bolsa sino con el esfuerzo y la voluntad constantes... Se vive en medio de un remedo más ó menos grotesco de lo europeo... ¿Y es á esto, al corte de los trapos y á la elevación de los edificios, á lo que se da el nombre de progreso?

Nuevas victorias pasaron zumbando como algo viviente y nervioso con sus lacayos de capotes grises.

— No son mejores los carruajes que uno ve « en el Bosque », — continuó el profesor.

— Y estos edificios de arquitectura un poco indefinible ¿ no significan progreso?

— Es cierto, el adelanto material existe entre nosotros, pero esa clase de progreso lo destruye cualquier vaivén cuando no tiene por base lo moral, fuente de la altivez y la energía... ¿ Ve usted esa gente que pasa en carruajes que se harían admirar en París? Muere el padre, se reparte la herencia, toca á cada cual una partija que, al ser gastada, sólo deja de la familia, ya disuelta, seres expuestos á todos los peligros que amagan á los que sólo en el

terreno del dinero sitúan sus ambiciones y su vida. Falta el dinero y entonces... entonces el edificio entero de la mentira ó la vanidad estucada empieza á desmoronarse. — Sí — repitió el profesor deteniéndose sobre la vereda que la garúa naciente empezaba á humedecer.

— Una evolución material demasiado rápida, disipa ese ambiente sano que llenó el país desde su emancipación hasta no hace muchos años. Entonces el poder político era sólo de los mejores y no objeto de simple compra venta electoral. Tenemos, — insistió — el falso progreso : suntuario, de estuco y tijera, y por riqueza empieza á entenderse un golpe de Bolsa ó un *estacazo* salitrero : todo lo cual da una edificación social aparatosa, pero poco sólida, con cimientos de hipoteca en no pocos casos y en cuyo interior no tardarán en aparecer, si no han aparecido ya, costumbres *importadas* que no pueden ser las que necesita un país en pleno vigor de juventud. Hay en esto algo perfectamente objetivo : que toda una clase social entiende por progreso lo que todavía es importación exótica. He ahí una de las nacientes de lo anormal por que rompe ó trunca el desarrollo general de un país. Y nótese las consecuencias que, antes que la causa, es lo primero que ve la mayoría : en política, la subasta de feria del elector animalizado; en lo social, el

lujo desproporcionado y que no es una consecuencia inevitable de la riqueza, sino una ambición lacerante de todos los que buenamente no pueden tenerlo... Y moviéndose por debajo de todo eso, un poquito de hipocresía, de odio mal entendido, de fanatismo propagado como cosa de novísimo buen tono y que se extiende con silencio de humedad contra todo lo que no piensa como él... Es verdad que allá al arrabal llega con frecuencia de ensueño la caridad, que es hija del cielo; pero no me siento tentado por el futuro de un país en que los niños no tengan más escuelas ni más traje que la mezclilla azul de los asilos. Y no me tienta ese porvenir, porque, sin desconocer la obra, cada vez más grande de la caridad privada, no sé de parte alguna en que, conservando sin depresiones la altivez moral del educado, haya podido, además, remediar la formidable vegetación de males sociales, y por consiguiente económicos, derivados del error matriz de no preparar para la vida. Es el Estado, antes que la sociedad, quien contrae una deuda con cada nueva cuna, pobre ó lujosa, y es también el Estado quien debe hacer llegar sus maestros y sus métodos á todo sitio en que crece por compasión lo que debe desarrollarse por conveniencia general... Hace treinta años que estamos trayendo de cualquier parte, modas, sedas, muebles, tapices, carruajes,

maniqués y retazos aislados en vez de conjuntos de progreso : cultivamos pocas ideas adecuadas, que es lo único que crece recto y sano... Estoy cansado é interrumpo yo mismo el curso de mis ideas... Las diferencias sociales — continuó el profesor — que ya siente en su cuna ó jergón el que nace, uniéndose, van formando un subsuelo movedizo en que no tardan en germinar pasiones ó fanatismos hijos del odio desintegrador del que no ha sido puesto en camino de tener algo contra el que tiene mucho ó más que él.

El alumno escuchaba con profunda atención.

Ambos personajes, venida la noche y después de dar una gran vuelta, habían llegado de nuevo á la Alameda.

El profesor miró á lo lejos, sumiendo su mirada bondadosa en los resplandores del sol que se ocultaba en inmensa hoguera de oro ensangrentado.

Siguieron por el centro del paseo buscando de cierto en la serenidad solemne y melancólica de esa hora de tristeza y de quietud, la calma de los nervios perturbados por la palpitante actualidad de la lección que el maestro había dado esa tarde á sus alumnos.

Sentía el profesor una desazón inocultable y profunda.

Caminaba en silencio, altivo su continente y su fisonomía intensamente espiritualista.

Las ráfagas de viento helado ensayaban con las hojas extenuadas intraducibles sonatas.

Había algo de simbólico en ese viento que hacía temblar con los estremecimientos del miedo á esas hojas ya secas.

— ¡ Una corona de otoño ! — exclamó sonriéndose el maestro. — Es lo que merezco por la lección en que he hablado con desaliento, yo que llevo en las venas la misma sangre que encendió el cañón de los emancipadores.

En efecto, esa tarde había gastado un pesimismo aplastador. Pero ahora el aire frío azotaba de nuevo su fisonomía y de nuevo también se animaban sus ojos, perdiendo del todo su expresión cansada.

La ciudad iba á quedar en sombras, y desierto el vasto paseo á cuyos lados se alineaban en formación de mutua competencia, los edificios cuya vista molestaba la severidad tradicional del profesor.

Al centro de la avenida, alzaban los monumentos, en cuyo bronce se reflejaban las evanescencias venidas de la nieve lejana, sus líneas heroicas y solemnes.

El maestro pasó ante la estatua de uno de esos héroes cuyo sable había caído enfurecido y llameante sobre los ejércitos del Rey. Se detuvo un

instante, y León notó entonces que había ciertos rasgos comunes entre la fisonomía severa de la estatua y la del profesor. Sólo que la primera miraba con fijeza desde lo alto de su pedestal como gritando reproches á los descendientes pusilánimes que pasaban devorados por las dudas.

Era una mirada la del bronce, que equivalía á un grito de cobarde lanzado al descendiente libresco, lleno de teorías, pero aplastado por la falta de una acción continua que hiciera más benéfica su fuerza cultural.

Sabía, acaso, la estatua que el profesor había hablado esa tarde de retroceso moral y, seguramente, por eso lo miraba reprochándole que no se lanzara á una lucha activa y práctica por el bien.

Era él, en efecto, el pensador, el sociólogo, el puritano, que vivía sumergido en un egoísmo de Tebaída; era el maestro de unos cuantos discípulos predilectos y de los cuales todo lo esperaba, era él quien había hablado de descomposición, corroborando el principio de la estrecha interdependencia de todos los fenómenos sociales. . .

¡ Y con qué poder de lógica incommovible llevaba á sus discípulos al convencimiento de que se necesita una reconstrucción, ampliamente basada en la tarea educacional !

En su clase, la más célebre del curso, había hecho

un cuadro completo del desarrollo nacional y de la estructura social, aplicando un microscopio poderoso á cada una de sus manifestaciones.

— Hay que cubrir — repetía — el saldo de años adeudado al progreso austero y sólido, tergiversado ó detenido en su desarrollo tranquilamente normal.

Y la silueta del puritano, que como los antiguos sólo tenía una cátedra en que alzarse á enseñar y un pedazo de tierra florida en que retirarse á pensar, se erguía en medio del crepúsculo, lanzando con nobilísima amargura cívica sus frases que se esparcían con acentos de amenaza y profecía.

¡ Y qué claridad la suya para hacer la descomposición analítica de los fenómenos más complejos de la existencia política ! Primero agrupaba hechos, observaciones, datos y rasgos. En seguida los ligaba unos con otros, diseñando así el conjunto é insistiendo en cada uno de los gérmenes malsanos que era necesario extinguir.

Y al trazar ese vasto cuadro, en el cual, por fin, veía León el camino que trataría de abrirse, qué bien había explicado los efectos deplorables de los repentismos políticos, hechos por turistas, que habían llevado á todas partes el aflojamiento de los resortes matrices.

Tras el cortejo de errores y males en avance y

germinación, como fondo de su gran síntesis, el profesor había hecho aparecer las consecuencias económicas, fatalmente acarreadas por toda política indefinida é incapaz.

Descubríase, pues, un pesimismo evidente en las palabras del maestro y, en efecto, el cuadro diseñado esa tarde ante sus alumnos, causaba un malestar, una impresión deprimente que también lo alcanzaba á él, sumiéndolo en las penosas divagaciones de su paseo con León. Él, el evolucionista entusiasta, que creía que todo está sujeto á leyes permanentes, desde la familia al Estado, desde el Estado á la Nación, desde la Nación á la Humanidad, parecía desconfiar descorazonado, sintiéndose extenuado, perseguido de cerca por las hojas secas que los comienzos del invierno hacían pasar, diciéndole que iban en busca de algún viejo mármol que acariciar. . . — ¡Cómo no hacer de este un gran país, si para ello lo tenemos todo : raza la más fuerte de América y suelo en que sólo un pueblo física y moralmente vigoroso puede vivir ! Después de hablar así, se quedó de nuevo en silencio. Miró á León y comprendiendo que su pesimismo podía aplastar en su misteriosa formación cerebral, quién sabe qué ideas nacientes en esa alma llena de germinaciones, tomó paternalmente el brazo del joven y le dijo con sonrisa iluminada por esa luz penetrante

que llega muy hondo, no dejando nada en sombras, la bondad :

— Me he mostrado temeroso. Es el peligro de desear demasiado : la imaginación sugestionada desconfía del esfuerzo y cree que ó no llegará ó llegará tarde lo que se anhela. He ahí el punto de arranque de mi pesimismo. Mas no siempre hay que tomarlo como un sentimiento totalmente negativo. Yendo al fondo de su análisis, muchas veces sólo se descubren en él anhelos que quieren verse muy luego satisfechos, aspiraciones extraviadas que se desesperan de no hallar un rumbo claro y deseos de reforma que al fin se generalizan, y que al principio, en el inevitable período de lucha, sólo sienten los que por razones de altura dominan más el conjunto.

Se sentaron en un banco. El viento zumbaba en los árboles que la estación iba dejando desnudos, y las hojas muertas seguían su carrera, sin resistir la fuerza que las impelía á rodar sin término.

Se encontraban en silencio, perdidos en la oscuridad rumorosa de la noche abrumadora.

Á lo lejos, sentíase de nuevo el ruido de los carruajes que pasaban velozmente, pugnando por adelantarse unos á otros.

Había algo de amenazante en ese rumor, oído sin que pudiera verse bien lo que lo producía.

El sol se había hundido por completo; pero tras los grandes árboles percibíase aún un resplandor de hoguera, algo como un amanecer lejano pintado con los restos de luz que aun no desaparecían del todo.

— He señalado lo malo — dijo de nuevo el profesor. — Luego, para no hacer tarea negativa, también debo señalar la manera de hacer lo bueno : eduquémonos; no dejemos á nadie sin preparación para la vida cívica, moral y económica; formemos juventud útil, orgullosa de esta tierra cuyos aborígenes salpicaron con tanta sangre el hierro y las faces calcinadas de los conquistadores castellanos. No formemos al hombre todo espíritu, inútil para nuestra época, ni al hombre sólo materia y que tarde que temprano busca soluciones de fuerza. Tratemos, hasta donde es posible, de formar el ser integralmente desarrollado... Demos comienzo á esa educación y habremos avanzado la construcción de un gran país.

Su voz se escapaba con alguna dificultad, produciendo un ligero silbido. Mas, de súbito, se hizo clara y luminosa; las pupilas del profesor se inmovilizaron, agrandándose como ante un fantasma, y levantando su mano marmórea, mano de soberano y de maestro, dijo :

— Escuchemos.

Muy lejos, en el corazón de la sierra y la montaña, el fulgor de la tempestad proyectó la silueta de los montes, cuyo trazado gigantesco se elevaba perdiéndose en la negrura terrosa del cielo.

El profesor elevó más su gloriosa cabeza griega; su mano fría, casi de bronce, tomó la del alumno y le dijo, mientras el rayo mostraba de nuevo el relieve monstruoso de la montaña imperforada y misteriosa como un amontonamiento de pueblos caídos de bruces :

— Apresuremos la reconstrucción intelectual de esta tierra, cuyo pasado resuena aún como la tormenta que va encendiendo teas en cada cumbre de montaña... Cuyo pasado es una epopeya y cuya situación en medio de los futuros caminos del mundo, le reserva un rol inmenso. Estamos frente á frente á una nueva Humanidad... — Señaló el Asia lejana. — Apresuremos, pues, la reconstrucción del país, porque hoy las más grandes evoluciones sólo necesitan pocos años para operarse.

La voz de aquel maestro, prematuramente extenuado, se extinguía con sonoridades de himno que se apaga.

— ¿Se siente usted mal? — le preguntó León. — Maestro, agregó.

Le llamaba maestro porque había encontrado por fin su verdadero guía.

Y esta vez, el intenso llamarazo de la primera tormenta llenó de luz esa cara y esa voz, iluminando radiosamente la última frase :

— Apresuremos la reconstrucción.

VII

Aquella tarde pasada con el profesor dejó una huella profunda en el espíritu de León, y en la noche, al leer los diarios que de tarde en tarde solía comprar, se indignó al recorrer las secciones en que sólo aparecían ideas, si podían llamarse así, tan diversas á las del « maestro ».

Resonaban muchas voces de protesta en esas columnas, pero, por desgracia, esas protestas combatían el mal en sus resultados y no en sus causas. No iban al fondo de las cosas, se detenían en la superficie; no veían ó no querían ver que la muchedumbre del vicio, la miseria, el alcoholismo, el salteo, el juego, la prostitución, sale íntegra de la masa formidable de los pobres seres á través de cuya entidad ninguna luz puede penetrar.

— Tenemos, pensaba, la instrucción que forma

Champanes, oradores, versicultores, literatómanos y académicos de toda especie. . . En cambio, carecemos de la buena escuela primaria, amoldada á las peculiaridades de cada zona y que es la única que puede dar acceso á la vida á los que en realidad están fuera de ella. Sería un error arrancar sus creencias á masas aun no preparadas para el deber, que cada cual entiende á su manera, según los caprichos de su organización moral ó física. Se necesita, en cambio, y con urgencia salvadora, la escuela, liberal sin fanatismos, en la cual se enseñe al niño que para llegar derechamente á un mundo espiritual, también hay que ir derechamente por el mundo material.

Se sentía atemorizado ante sus cálculos.

Un hielo creciente parecía acelerar las pulsaciones de su corazón, y á causa de un fenómeno cuyo origen espiritual no podía descubrir, como respuesta á sus dudas y á sus vacilaciones, aparecía á lo lejos el paisaje soberbio del suelo nacional, sus montes, sus pinos y sus copihues, formando un cuadro inmenso, inundado de sol. Era la sensación de la tierra nativa, visión seductora que llegaba hasta el alma de León II Rield que se encontraba solo en un medio hostil.

Adormecido al fin de esa noche de insomnio, vió aparecer confusamente la historia del país, llena

de sacrificios, hecha á yunque y crecida á la sombra de la gran montaña.

Al día siguiente, exageró su costumbre de levantarse al amanecer, y, en efecto, no eran aún las cinco cuando abandonó su lecho.

En el patio ya, disparó en alto la pesada barra de hierro con que hacía ejercicio. La tomó de nuevo con agilidad suma al caer. Era un atleta. Sus brazos poderosos, bajo cuya piel se movían los músculos con regularidad casi mecánica, y las líneas generales de su torso de discóbolo, se destacaban en medio de la oscuridad, como del fondo ennegrecido por el tiempo de algún bajo relieve antiguo.

La mañana llegaría luego y una idea repentina se apoderó del estudiante de ingeniería : subir á lo más alto del edificio, ver si éste no era ya algo enclenque y poco sólido y divisar el panorama de la ciudad, iluminada poco á poco por la luz naciente.

Valiéndose de las escaleras que servían anualmente para echar una nueva mano de pintura al edificio, no tardó en llegar á lo más alto y caminando á tientas entre las semi-sombras, jadeante como en demanda de una trinchera por tomarse, ganó un mojineté al cual trepó para dominar mejor el espectáculo de la ciudad.

La aurora avanzaba temerosamente, aclarando

con delicadeza infinita la oscuridad profunda de la noche.

Sintió la sensación del vacío y se aferró al mojinete, apostado como un centinela en medio de las sombras, y sobre el cual empezaban á esbozarse las líneas de su figura destacada apenas, sin contornos é imprecisa sobre el cielo estrellado que se perdía en el abismo, limitado por las montañas en cuyas cimas iba apareciendo, como la sangre en una herida, el color rosáceo de la mañana.

Las luces, encendidas aún, empezaban á apagarse, y grandes trozos de ciudad, desprendidos del conjunto al parecer, aparecían como manchas de tiniebla que la vista veía agrandarse y crecer entre olas de sombra movidas por la luz naciente.

La mañana seguía avanzando, y mientras surgía una parte del panorama, perfilando las líneas más altas y salientes, el resto, casi el conjunto, se ostentaba como algo informe, sucesión sin término de tejados negruzcos que, á la luz todavía débil y sin vigor de aquella alborada, remedaba la ruina de algo aplastado hasta lo cual parecía imposible que entrara francamente la luz.

Un símil grandioso, pero confuso y que no podía precisar bien, pasó por la mente de León, que creyó ver en esa transición de las sombras á la luz,

transición que aun no dejaba ver bien, el mejor ejemplo del estado moral de ciertos países.

Tembló de frío en lo alto del mojinete de ladrillo musgoso á que se aferraba, sumiendo en el vasto conjunto la mirada de sus ojos azules, casi negros.

He ahí el panorama inmenso, enjambre enorme de casas que se apretaban unas contra otras, como para impedir la circulación de grandes ideas.

Cerró los ojos, queriendo sentir la sensación del desvanecimiento ante esa enorme agrupación de construcciones sobre las cuales se destacaban innumerables torres.

Cuando miró de nuevo, la luz había avanzado considerablemente y sintió un alivio.

Tocaban las campanas llamando á los templos y el Santa Lucía, entretejido de flores, elevaba aún sin colores sus líneas de encaje sobre el fondo blanco de la cordillera lejana.

Dominando el conjunto, en avance sobre la ciudad, surgían lívidos los Andes de invierno, cubiertos de nieve, de bruma, de pavor y de grandeza.

¡Qué majestad arrobadora tenían esa mañana en que el sol, velado al nacer, los despojaba del brillo cegador de su blancura eterna, envolviendo sus líneas más altas, hechas sin duda para ser dibujadas en los cerebros y en las banderas!

Multitud de campanarios, medio borrados por el gris asnal de ese día de niebla, recordaban bien que la era colonial se había ido, llevándose su vida mansa y santurrona, pero dejando en cambio no pocos rasgos perniciosos que la perpetuasen.

Sobre la arquitectura cursilona, agobiada de yeso y adornos, de los templos de la parte central de la ciudad, se alzaba con arrogancia, no desprovista de impávida majestad, el recio rectángulo con sus dos torres chatas sobre las cuales reza su rosario Domingo de Guzmán, el inquisidor.

Sí, exactamente, se habían ido, chamuscados por el fogonazo de los patriotas, los casacones de raso y la plumilla amarillenta de los tricornios... En cambio, tras la Colonia política, palpitaba, mezclada con un europeísmo á veces churrigueresco, la Colonia moral, atávicamente marcada aún en la murmuración gusanescas y en la concepción misma de un gran número de cuestiones de vida moderna...

Y al pensar así, los ojos de aquel hombre, casi niño, se encendían más y más, pues él, que ya muy luego entraría en la existencia activa, no podía menos que recordar los llamarazos de luz que había sentido el día de su paseo con el profesor. Comprendía que la vida colonial seguía imperando en cierto sentido, por más que otros sean hoy los trajes y las costumbres... Imperando

en numerosas derivaciones que van de la familia al Gobierno, haciendo perdurar los cacicazgos, suplantadores de la opinión.

Y, en efecto, como para hacer más palpable los retazos que en todas partes había dejado aquella época, una pincelada de luz dada en medio de la bruma advirtió la presencia de una iglesita de principios del siglo pasado, sita entre las calles de las Rosas y Bandera, y á cuya entrada, en un muro blanqueado, brillaba con indecible melancolía mística un farol del siglo XVIII.

León extendió en el vacío sus brazos poderosos, que la tensión nerviosa hacía vibrantes.

¡Cómo transmitir á todo, un gran impulso, apresurando el avance incontrastable hacia el progreso general, uniforme, no á pedacitos asimétricos, que no siempre ajustan bien, é intermitentemente acarreados por los vapores de Europa !

Todos sus anhelos de patriota despertaban y crecían fogosamente en ese extraño amanecer, sobre el viejo caserón en que dormía toda una generación que luego se esparciría en la ciudad.

El viento, que soplaba de nuevo como en la tarde del día anterior, hacía crujir el edificio desde sus cimientos hasta sus mojinetes casi centenarios.

San Francisco, la Merced, Santo Domingo, el Carmen, San Ignacio, Santa Ana, San Borja, la

Catedral, todos los templos, simultáneamente ó unos en pos de otros, seguían llamando con su voz envejecida.

El cielo se hacía más oscuro, y grandes nubes que parecían crespones arrancados de algún túmulo lejano, pasaban impelidas á recargar con su tinte sombrío el horizonte ennegrecido.

Llovería con fuerza aquel día. Caían ya algunas gotas de agua y todo el cuadro se destacaba cercado por una luz opaca que hacía aparecer á la ciudad con un tinte color mezcilla.

Ningún gran edificio de construcción atrevida y sobria rompía la monótona uniformidad del paisaje. Sólo templos en construcción advertían aquí y allá la presencia de algún trozo arquitectónico de importancia.

Disminuídas por la lejanía, — simulando líneas de telaraña prendidas del cielo negro de ese día, — divisábanse las torres jesuítas.

León pensaba otra vez que los niños que dormían á esa hora, cuando la ciudad despertaba, irían, simplemente, á engrosar la fila de los temerosos y los pusilánimes, porque nadie les mostraba á tiempo el peligro de entrar á la vida sin el propósito de hacer de ella algo útil, dentro de la verdad y de una belleza real, objetiva, alejada de retoricismos y grafomanías.

Miró una vez más á su alrededor y allá cerca de las torres en andamiaje, distinguió envueltos en la niebla y en sus harapos, unos cuantos mendigos, cosas de morgue, arrojados tarro en mano á la puerta de los conventos... ¡ Miseria, donde sólo debía haber bienestar !

El rumor de la ciudad, ya en actividad, crecía por momentos. La cordillera, sobre la cual hubiera querido ver, antes de descender, alguna águila blanca lanzándose al infinito, ostentábase aimenazante en su silencio grandioso.

Arreciaba el viento, crujía de nuevo el viejo edificio á cuya parte más alta había trepado y acaso espantado por el ruido, se escapó á tientas del mojinete un nictálope que, sin poder volar, sacudía cobardemente las alas.

Cúpulas lejanas perdíanse al fin del paisaje, destacando hasta en medio del campo y del arrabal la nota pretenciosa de arquitecturas churriguerescas.

Empezaba á llover con fuerza.

León descendió : Ruíz acababa de tocar la campana que llamaba al primer turno de la mañana.

VIII

Al volver León á la Biblioteca, halló de nuevo á cierto personaje que meditaba profundamente ante los libros alineados en formación de ultratumba.

Su gorra de capa de santo, estaba más envejecida y era de toda evidencia que la borla se desplegaba hacia adelante con agrestes movimientos de moco de pavo.

¡ Buen funcionario ! El progreso intelectual del país tenía razón para esperar mucho de « usía »...

En otro tiempo, había hecho versos, buenos versos... Estaba enamorado; escribía en los álbumes y, en prueba del más tierno de los agradecimientos, le habían regalado el gran almohadón de seda mahón, bordado con cuentas de mostacilla multicolor, en el cual afirmaba su cabeza, en cuya aridez se alzaba un mechón de pelo con el que su propietario hacía á diario una obra de complicado dibujo ornamental, — una especie de hoja de acanto de capitel corintio.

Coleccionaba antigüedades y conservaba en el

fondo de su corazón, que se iba llenando de polvo, la idea de que ni se le había comprendido ni se le había hecho justicia... ¡ Derrotar diez y siete veces consecutivas su candidatura para miembro de la Facultad de manuscritos é incunables, huacos y arte quiteño ! ¡ Qué horror ! Esto lo apenaba, y en definitiva daría al traste con sus días y con su saber mismo, que empezaba á volverse un galimatías. . .

Pidió León los libros de siempre y con ellos se sentó cerca de una mesa de la vasta sala. Leía los filósofos ingleses y afirmaba en ellos principios de que estaba dispuesto á no abdicar.

Al llegar á Bentham, sus ideas, en vigorosa formación, creyeron encontrar una síntesis á que ajustar toda la vida moral.

Se sentía reconfortado por ese individualismo alentador del cual quería hacer un bloc capaz de resistir la estatua de un gladiador.

He ahí la síntesis vigorizante de su espíritu que la vacilación solía deprimir : el bien propio y el de los demás.

Y al repetir esa hermosa frase, tan humana y compatible con la vida, ímpetus de luchador robustecido por las ideas sacudían su cuerpo de atleta :

— Modelemos á todo el país en esas ideas de esfuerzo y voluntad.

Atribuía á una mala orientación educacional

la casi totalidad de los males sufridos por el país y llegaba hasta desconfiar de la fuerza de conjunto de todo pueblo cuya prosperidad no descansa en cada uno de los ciudadanos.

Se necesita una *educación nueva*, escribía con sus lápices de colores. — Grandes síntesis se confundían con sus planes y sus proyectos, é infinidad de apuntes corrían dispersos por su mesa de inspector hasta que llegaba el momento de sacarlos en limpio y recopilarlos ordenadamente.

Aumentaba todos los días esos apuntes con alguna observación encaminada á robustecer el principio armado del cual pelearía *cuesta arriba* la hermosa batalla de la vida.

Calcular bien, tratar que todo sea una consecuencia del esfuerzo continuado sin desmayos. — Tal era la idea central que con toda precisión empezaba á mover su contextura física.

Á una anotación agregaba otra y otra :

— Es necesario que una educación adecuada prepare para la verdadera acción individual, que es la que mejor puede desarrollar la dignidad moral y ampliar la esfera de cada cual.

Seguía escribiendo, dibujando sus ideas, ordenándolas, colocándolas como quien hace con ellas una trinchera : hay que buscar la conciliación del bien personal con el de los demás.

— He ahí lo único franco y honrado, — pensó poniendo sobre sus apuntes las manos manchadas de tinta.

Y siguió arrojando al papel pensamientos fragmentarios, sin retórica ni modelación, como suelen aparecer en sueños : desnudos, informes, á veces monstruosos, medianeros entre la fantasía y la realidad :

— Pídase la práctica constante de una moral pura y se exigirá algo quimérico... En nuestros tiempos, acaso no hay nada, ni moral ni material, que escape á las causas de bienestar ó utilidad. Tal es el molde de la vida actual. Imposible romperlo... ¡Entonces! Que la educación intente normalizar el interés de cada cual, tratando de armonizarlo, hasta donde sea posible, con el de los otros. ¿El arte mismo, apuntó tras un vuelo brusco de su espíritu y de su pluma, desinteresado en su esencia, no se alejará cada vez más de la simple amenidad, del simple engarce de frases de muestrario ó de paciencia? Lo moral es lo práctico, lo útil. Entonces, por qué no intentamos la reforma educacional basada en consideraciones económicas? He ahí la vida moderna, de progreso y no de modas que sólo son yuxtaposiciones ó adornos grotescos en cualquier país que aun siente en su organismo la maternidad infamante de los analfabetos.

Próximo á salir, abrió « su biblia » — la que él mismo venía formándose — y leyó en voz baja con unción de fanático :

« Un acto inmoral es un mal cálculo de la conveniencia personal; el interés de cada uno está ligado al interés de todos; debemos perseguir nuestra dicha, si está de acuerdo con la justicia, y no acarrea perjuicios á la dicha de otro; trabajando para nuestra felicidad propia hemos trabajado para la dicha de todos los seres, y sirviendo nuestro interés bien entendido, hemos servido en cuanto es posible el interés universal. »

La tarde avanzaba.

Grandes pinceladas de sol entraban oblicuamente por las altas ventanas á las cuales, impelidas por la brisa, se asomaban balanceándose las ramas cargadas de verdor.

Quietud de oración llenaba la vasta sala.

Resonaron pasos á lo lejos. — Salían de una puerta del fondo, encuadrada del todo por los libros que la rodeaban.

Los pasos resonaron más cerca y León volvió la cabeza : era el personaje aquel que venía á asomar su cara de muerto á las ideas, pletóricas de fuerza, del joven.

Como la primera vez que apareció ante él, meditaba con insondable profundidad.

Una partícula de luz extraviada, proyectaba colores de cirio en sus gafas.

Miraba hacia abajo, viendo seguramente en el suelo, todas las ecuaciones de Newton. Llevaba las manos á la espalda como doliente que, cercana la tarde, sigue tras el humilde entierro de sus ilusiones muertas. Avanzaba, pues, con paso fúnebre, porque tenía la conciencia de que el país iba á equivocarse el camino de su progreso.

Al llegar á la parte media del salón, se detuvo, tomóse con una mano la parte posterior de la cabeza y tiró cuidadosamente con la otra la borla de su gorra de terciopelo, de la cual se desprendió sin sentir una cuenta de mostacilla. La gorra salió esta vez sin arrastrar, adherido á sus bordes, ningún pelo, y en medio de la soledad apareció un cráneo genial, cráneo reluciente en cuya completa aridez se alzaba — monumento mortuario erigido á la memoria del tiempo que pasa, que para siempre se va — el mechón, ya más blanco que castaño y en partes más esto que aquello, con el cual hacía la esposa del propietario trabajos no menos delicados que los rizos queridos que con fúnebre frecuencia suele aplastar el vidrio de los medallones de reloj de llave. . .

Después de detenerse, miró á ambos lados de la sala para imponerse, siguiendo su costumbre, de

que las telarañas, símbolos de paz y de quietud, estaban donde mismo.

En seguida, sopló apaciblemente, y un ruido de siesta se esparció por el recinto.

Entreabrió los labios é inmediatamente desprendió una consecuencia, digna de Condillac, que le hizo comprender la rapidez que existe entre la impresión física y la intelectual...

— Hace calor.

Sacó sus anteojos, cariñosamente envueltos con seda verde en su tramo de unión; montó tras las orejas sus gruesos largueros de oro mate y en seguida, sirviéndose de ambas manos, graduó los lentes como quien prepara un teodolito.

Al ver que todavía quedaba un lector retrasado, se acercó á él con pasos de quien va á sorprender, confundida con la flor, alguna mariposa destinada de antemano al alfiler.

— Es usted... ¿Y qué lee?

— He estado tomando algunos apuntes.

El estafermo estiró sus manos enmalezadas por el vello y que parecían arañas de monte extraviadas en medio de los papeles.

— Sí, señor, tomando algunos apuntes.

— Se pueden ver, seguramente...

— Por cierto.

Leyó, y la sorpresa, poblando de arrugas ó ara-

bescos el pergamino reseco de su cara, disminuyó en vez de agrandar el tamaño de sus ojos. Se alzaron sus hombros y la cabeza metióse entre éstos; los labios se estiraron con el gesto agrio de quien cata agraz ó uva tempranera, y sus gafas se corrieron traviesamente hasta la punta de la nariz de aspecto vegetal.

Había descubierto en los apuntes de León la palabra « utilitarismo » y al leer semejante palabreja, se encogía y estiraba como gusano que llega á un paraje escabroso de la rama oscilante erizada de espinas.

La borla de su gorra se había venido sobre la frente y se sacudía sentenciosamente, proyectando sombra de péndulo en movimiento sobre su faz hecha nudo.

— ¿Utilitarismo?...

Sopló de nuevo y se echó á un lado con majestad oratoria la borla de seda que empezaba á desflecarse.

— *Utilitarismo...* ¡De tal manera que es en semejante doctrina donde ustedes buscan sus inspiraciones!

León se sonreía, concluyendo de poner en orden sus papeles, ante ese último sobreviviente del siglo XVII.

Parecía trasformado. Bajó de nuevo, y al parecer

definitivamente, los hombros; se exploró con un dedo destinado *ad hoc* á este objeto la vegetación parasitaria que hacia el exterior despuntaba arisicamente en sus orejas, y en seguida se llevó los brazos á la espalda y alzó los ojos al cielo :

— ¡ Bien sabe Dios que es esta juventud la que va á perder al país !

Una risa franca y sana, vibró alegremente en el silencio.

El clásico se sentía horrorizado.

— Malvados — agregó. — Si sus ideas llegan á cundir, el país se hundiría sin remedio. Un hecho, nimio al parecer, indica que empiezan á sentirse las primeras manifestaciones de un trastorno del que nada podrá escapar.

Su voz tomaba notas de *adagio*.

— ¿ Á qué se refiere usted ? — preguntó León.

— Á algo muy grave : el jefe de la sección de *huacos*, periodista notable si los hay, redactaba desde hace muchísimos años *La Gaceta*. Se podría empapelar todo el país con los magníficos editoriales que escribió... Representaba el buen sentido de la gente seria. Sin embargo, un mal día, la audacia llegó hasta barrerlo de su puesto de Redactor...

— ¡ Ah ! eso significaría que el país en vez de *huacos* quiere verdadera vida moderna.

— No, eso es un signo — respondió el clásico (la emoción humedecía el esmalte vítreo de sus ojos), — un signo de que el país se hunde.

— No — insistió el buen humor de León, — de tener alguna significación, eso querría decir que va aclarándose el sentido que deseamos que entre nosotros tenga la palabra progreso : guerra al espíritu timorato y receloso de la Colonia; acogida franca á la asociación y cooperación en muchas de sus formas y hostilidad hacia toda asimilación exterior que sea inadaptable al país ó que nos aparte de la aspiración de hacer una gran nación con alma propia y no de imitación ó exportación.

— ¡ Modernismo ! — gimió indignado el clásico.

IX

Un suceso de fúnebre resonancia llegó de sopetón á conmover al país. — Terrible suceso en verdad, cuya primera consecuencia sería, en el mejor de los casos, una prolongada agitación política : había muerto el candidato.

Se cerró, pues, con ruido fúnebre el gran portón del colegio.

Cuando León salió á la calle, ya cercana la oración, la bandera, sin movimiento, sin brisa, muerta bajo el trapo que la manchaba, colgaba ya desde lo alto de la puerta.

Un movimiento inusitado parecía llenar el centro de la ciudad, y aun cuando las puertas de todo el barrio comercial empezarían á cerrarse en señal de duelo y de dolor, el rumor crecía á lo lejos, apagándose á veces con ecos de fiesta lejana.

Los árboles de la Alameda empezaban, faltos de sol, á ennegrecer sus tupidas copas, entre las cuales brillaban, encandilándose, los ópalos ardientes de la luz eléctrica.

Algunas manchas, los monumentos, que cada vez se oscurecían más, cobijábanse dispersos bajo las encinas. En medio de ellos, en actitud arrebatada, marcando la atmósfera y el suelo con el trazo de su sable heroico, O'Higgins parecía cargar de nuevo, iluminado por los llamarazos del incendio crepuscular, á la cabeza de sus fantasmas de la Patria Vieja... Un grito sobrehumano, algo de tumba ó de abismo, misterio, advertencia ó profecía, parecía escaparse del huraco negro de su boca de bronce.

León sintió un escalofrío, y al volver la vista, desde la distancia, las líneas de ese monumento le parecieron un dibujo fantástico trazado con teas,

algo como una ola de tempestad alzándose enfurcada en anhelos de altura, de aire, cielo y de infinito.

En ese instante, la campana de la Catedral, en demanda de oraciones, esparció entre la sombra el hondo pavor de su sollozo.

Minutos después, imponía de nuevo en el silencio el eco fúnebre de su son, y, de tiempo en tiempo, legión de alas que se esparcían enloquecidas por el dolor, la campana seguía volteando, imperturbable y segura del misterio de sus acentos, salidos de una torre escondida entre las sombras.

Se detuvo á la puerta de una de esas tiendas y no tardó en comprender que era el centro entero el que se vaciaba, quedando sin una pulgada de quimón ó *choleta* : varas, metros, piezas íntegras salían llevadas en alto, como trofeo, como el más precioso artículo del día. Se ofrecían por ella precios inverosímiles, nunca vistos, que asombraban á los dueños de tienda, cuyos brazos, cansados ya, no daban abasto en la tarea constante de cortar, medir y envolver. ¡Cómo se extendería luego, colgada de alto á abajo ó hecha colgaduras y festones, salpicados de grandes lágrimas de lienzo !

No se recordaba una demanda mayor de este artículo y, en efecto, sin excepción, todas las tien-

das arrojaban fuera borbotones, olas de quimón y *choleta* con cuyos lazos se ostentaría al día siguiente enlutada una buena parte de la ciudad.

— ¡ Se acabó, no hay, no queda más ! — gritaban los tenderos, conteniendo al gentío que aumentaba por momentos.

Ahora, le tocaba su turno al color negro. En otro día de fiebre y locura le había tocado al rojo, al rojo sobre rojo. . .

Eran las ocho y media de aquella noche de fúnebre actividad y ya en multitud de frontis, puertas y balcones, aparecían escaleras de afirmar destinadas á servir para izar y clavar las grandes orlas negras en que el duelo empezaba á prender lágrimas blancas ó plateadas. De balcón á balcón, eslabonándose, uniendo los edificios en una misma cadena de duelo y de pesar, la *choleta* entraba y salía, trepando á las astas de las banderas para luego escurrirse y seguir serpenteando en demanda de la construcción vecina.

Entretanto y por disposición alcaldilicia, amarraban más que cubrían los monumentos públicos. Y en forma tan diligente se despachó esta operación de tortura, que muchas estatuas, sea por ganar tiempo ó por falta de material, no alcanzaron á ser íntegramente envueltas, lo que tenía la desventaja de que algunas quedaran

descubiertas en parte, como sacando la cabeza indignada y sofocada del montón de trapo de paco-tilla con que, por medio de la asfixia, se procedía con ellas.

De lo alto de las torres caían, rendidas hasta la tierra, grandes caudas de duelo que la brisa suavísima de aquella noche desplegaba con lentitud majestuosa, inflándolas pomposamente, como si también quisiera la *choleta* erguirse parodiando el vigor altanero de las banderas desplegadas ó victoriosas.

Antes de mucho, la ciudad quedaría amortajada, pues, ó por lo menos á medio enlutar.

Montones inmensos de arrayán eran llevados de aquí para allá y metros y más metros de guirnalda extendíanse enlazando las iniciales del ilustre extinto.

Las palmas, oportunamente despojadas, ofrecían el contingente decorativo de sus hojas, que la Iglesia coloca entre las manos resignadamente entrecruzadas de los buenos mártires, de los misioneros torturados ó de los siervos de Dios cuya canonización no está muy lejana.

Á muy pocos se había rendido un homenaje semejante.

Un buen espacio del trayecto que al día siguiente, en la tarde, iba á recorrer el acompañamiento, no

tardó en quedar cubierto de quimón, sostenido en las cunetas por grandes hachones, á los cuales se les echaría y encendería oportunamente una buena dosis de petróleo, escanciado por los mismísimos sacristanes de la Catedral.

Á las nueve de aquella noche, la calle de Huérfanos, principalmente, se había convertido en paseo concurridísimo, y, por encontrarse muy cercana la Pascua, las vidrieras de las tiendas se ostentaban totalmente pobladas con los tambores, los magos y los osos blancos de Navidad.

No demoró mucho en tomar esa calle, la más concurrida de la capital, cierto aspecto de salón al aire libre, en el cual iban y venían los grupos deteniéndose, saludándose ó cambiando frases ó comentarios al pasar.

León se paró frente á una librería y se entretuvo escuchando.

De tiempo en tiempo, la concurrencia oía en silencio y, como sorprendida en medio de su paseo por algo amenazante, quedábase suspendida, casi reteniendo el aliento mientras se apagaba la voz de la campana metropolitana que seguía resonando. Extinguido ese eco, cuyas vibraciones se perdían á la distancia, reanudábase el rumor atropellado y confuso de las risas y las ironías :

— El Gobierno ha decidido que las honras se ha-

gan en la Catedral... Además, asistirán la guarnición, la Universidad, los Bomberos, el Instituto, las Escuelas...

Sonó en ese instante un estampido que siguió resonando á intervalos : era el cañón rindiendo el ruidoso homenaje de la pólvora sin humo...

Los templos á su vez, asociándose al duelo, empezaban á cambiarse el místico santo y seña de sus torres.

Bien podría, pues, haberse pensado que era la ciudad entera la que, chorreando crespón, estaba de duelo, trasformada en algo lúgubre.

¡ Y qué menos para tal hombre !

Durante toda la noche, las campanas no cesarían de pedir preces para el muerto.

León iba á volver ya al colegio —eran más de las nueve y media — cuando sintió que alguien lo tomaba del brazo. Era Carlos, un amigo, ayudante de la clase de Clínica quirúrgica de la Escuela de Medicina, y con el cual había tenido intimidad de colegio durante sus estudios de humanidades. Existía cierto parecido en sus caracteres, y ambos, aunque sólo se veían muy de tarde en tarde, se guardaban cariñoso recuerdo.

Estudiaba cada cual en establecimientos que distaban mucho entre sí, de tal modo que ya no se veían con frecuencia, como en otro tiempo.

— Ven á ver una operación curiosa... Han encargado á la Escuela el embalsamamiento del candidato. Vamos y yo consigo que te dejen entrar.

León se sintió seducido :

— Bueno, vamos.

Caminaron en silencio, separándose á veces para luego juntarse de nuevo, en medio de la concurrencia que llenaba la calle.

Carlos llevaba algo envuelto en un diario.

— ¿Y eso?

— Un ejemplar del *Siglo XXX*, en que llevo delantales.

Asomaba una punta albísima.

León sintió que su corazón latía con más fuerza que de ordinario.

— ¿Estaré enfermo? Ponme la mano en el corazón.

— Te asusta la idea de ver esta operación, contestó escondiendo el trapo blanco que pugnaba por salirse del periódico, materialmente enlutado, que lo envolvía.

— Mira qué cantidad de mujeres.

Volvían la cabeza, acortando el tranco para percibir mejor los hálitos de perfume que pasaban con esas mujeres.

— Vamos á llegar. Es ahí, á la derecha.

Señaló una casa nueva, casa-palacio, si no hubie-

ra sido por sus bajos cubiertos de letreros y anuncios de comestibles.

— ¿No fuimos partidarios del candidato, no es verdad?

— ¡ Ah, no !

— Es curioso que no lo fuéramos, porque la verdad es que trataba de atraerse á la gente joven. Por lo demás, siempre me pareció que el pobre resumía la falta de rumbos y de ideales de que hay que sacar al país.

— Y á propósito, oye algo divertido. No hace mucho me tocó oír que hablaban delante de un diputado de *la opinión*, es decir, de la opinión pública.

— « ¿ Qué es *eso*? » — preguntó sonriendo.

— ¿ Algún diario de provincia ?... Hemos llegado. Dí que eres ayudante de la Escuela. Toma...

Desenvolvió el paquete y pasó á su amigo un delantal.

Habían llegado, en efecto.

La extremidad de una gran bandera rozaba con sus pliegues la parte alta de esa puerta en forma de medio punto arquitectónico, que no tardaron en trasponer esos dos estudiantes de ciencias tan diversas como necesarias : necesaria la una para reconstruir sólidamente : para cortar ó desinfectar lo enfermo la otra.

Tocaban en ese instante todas las campanas, juntando sus voces de bronce en un gemido cada vez mas sombrío y triste.

La puerta se cerró tras los dos jóvenes.

— De la Escuela de Medicina, dijo Carlos á uno de esos personajes enguantados de negro hasta la coronilla, afanados, presurosos, mezcla de farsa y de sinceridad, y que desempeñan con celo nunca visto funciones oficiosas que nunca se sabe bien quien les ha encomendado.

Disminuía ya la procesión que visitó la casa durante las primeras horas del tristísimo suceso. Aquello se aconchaba, llegaba á su fin, á pesar de que seguían presentándose vestidos de riguroso luto, con guantes recién entintados en las partes rozadas en el último entierro, contristados y andando en puntillas, preceptores ó personajes salidos de lo más hondo de las reparticiones administrativas y que sólo en los días de tesorería fiscal ó de duelo público emergen enlevitados de las más recónditas profundidades del presupuesto.

Con el sombrero de pelo entre las manos, empacados lo mismo que ganado flaco detenido de improviso en el *parket* del vestíbulo á media luz, se inclinaban saludando y echando mirotazos hacia el regio interior de las puertas entreabiertas. Dejaban, por último, cuidadosamente acomodada, *para que*

se viera, su tarjeta, oportunamente frotada con miga de pan francés, y salían solos ó acompañados de algún doliente de ocasión.

Los estudiantes pasaron tranquilamente, observando á esa gente menuda de la merienda administrativa, perseguida por las moscas y venida de muy lejos, sudorosa y oliendo á unto de lustrar, á ofrendar al candidato el único tributo sincero : el de sus gestos compungidos.

Un venerable sacerdote, orlado de galones de plata, salía en ese instante, precedido de un monaguillo que, á pesar de la importancia de sus funciones, miraba para todas partes, haciendo movimientos de gorrión comedor de pan fresco.

El sacerdote, es decir, Don Salomón Carrillo, ostentaba, satisfecho al parecer, su cara de fuente llena, y sus mejillas de prior — delatorias de la anti-dispepsia y de una sustentación algo más que congrua — caían con modelaciones de morcilla sobre el cuello taurino. Llevaba bonete de seda lustrosa entre las manos, que eran infladas y por consiguiente poco nerviosas, y era evidente que sus párpados parecían querer cerrarse tras los vidrios de sus lentes de présbita.

Adelante, revestido con sobrepelliz y sotana no muy negra, pero sí muy ceroteada, marchaba el monaguillo : llevaba en una mano el tarro de plata

batida á martillo y el hisopo de las aspersiones fúnebres y en la otra el libro estmapado con cruz dorada de los divinos oficios.

El labio inferior, más grueso que delgado, y más bello que levantado, tenía la indiscreción de dejar entrever que ya no eran muchos, si bien muy heroicos, los últimos sobrevivientes dentales.

Como se ve, era Don Salomón un buen ejemplar de sochantre de catedral ó templo viejo.

Al salir y al ruido de su capa negra orlada de galones de plata, que reflejábanse al pasar sobre el *parket*, murmuraba un latín de siesta, mitad oración, mitad ronquido, que con voz clara y juvenil coreaba con latinajos de ayudar á misa el monaguillo. Cuando dijo éste « amén », Don Salomón Carrillo encandiló más los ojos, se detuvo y sacó un grueso reloj de plata, que abrió con lentitud parroquial.

Erán en su cronómetro las nueve y media, en punto y sereno, y, sin embargo, á corta distancia, el reloj de Santa Ana dió el cuarto en ese instante.

Á esa hora justa, los dos estudiantes entraban nada menos que al escritorio del candidato y ahí mismo empezaban á ponerse tranquilamente sus delantales de disección.

Tenía algo de extraño aquella escena, aquella pieza y aquella luz de sacristía que parpadeaba co-

mo pidiendo por compasión, una de dos, que la aumentaran ó la apagaran.

Tan escasa era en efecto, que los cuadros dejaban ver sólo sus gruesos marcos de un dorado exaltadamente encendido.

Pegadas á una colgadura, las figuras de un grupo de bronce cuchicheaban en secreto, sin atreverse, seguramente, á levantar mucho la voz ni las piernas. Eran unas bailarinas « de Carpeaux », según decía su propietario.

Al centro, destacábase, asediada de molduras y quimeras talladas, la mesa de trabajo, desbordando telegramas escritos con característico lápiz azul.

Las velas de los candelabros parecían recién apagadas, aun humeantes y empavesadas de ceniza. Y en medio de todo aquello, como un mueble recién pedido por el dueño de casa, ostentábase el rico ataúd forrado en seda, ataúd de *prima donna* muerta en lo mejorcito de la temporada, orlado de cabecitas aladas de *bambinos* sonrientes. Era algo sumamente cómodo, un verdadero prodigio de fabricación, que llegaba á parecer lecho nupcial, azul y blanco, colores con los cuales — y por cierto que sin necesidad — siempre anda disfranzándose ó vistiéndose la inocencia.

La tapa, abovedada, acaso para que el aire circulara libremente, estaba á un lado, dejando franca

la entrada á ese ataúd *capitoné*, más bombonera que otra cosa y en cuyos vidrios superiores ya muy luego iba á mirarse el candidato.

Una mano reconocida había tenido la postrera galantería de arrojar una rosa sin espinas y cuyos tintes habrían podido evocar comparaciones pecaminosas...

¡ Sólo Dios y al fin de los siglos podrá saber quien arrojó ese botón, ya marchito de tanto llorar !

Un gran retrato de cuerpo entero miraba desde lo alto, reflejando en su gruesa capa de barniz dos espectros blancos que las oscilaciones del gas movían como en piezas de magia : eran los delantales de Carlos y León.

Magnífico retrato, de « los que hablan » y de cuyas pinceladas velazqueanas surgía tan bien el candidato, abrochada la levita, en leve escorzo la cabeza, apoyada sobre la región hipogástrica la mano izquierda, muy erguidos los bigotes y lleno de majestad tribunicia el conjunto de la figura.

Los dos estudiantes se quedaron contemplándolo á sus anchas.

— No está en luz — dijo Carlos, que era muy aficionado á dárseles de entendido en pintura.

— Los ayudantes... ¿ cuántos son ? — preguntó en ese instante la voz del más privado de todos los secretarios del candidato.

— Somos dos. Yo y el Señor...

Cuando salieron de nuevo al vestíbulo, el completo silencio que allí reinaba les hizo comprender que la casa había sido previamente despejada para que sólo las personas encargadas de la fúnebre operación pudieran conocerla.

Al pasar, miraron á la puerta de la calle. Estaba cerrada como si nunca más fuera á abrirse.

— Se desea proceder sin testigos molestos y hemos dado órdenes estrictas — agregó el secretario en lenguaje de dependiente de tienda, — las órdenes mas estrictas para que hasta mañana no entre nadie á la casa.

Los estudiantes notaron que los conducían á los departamentos interiores.

El secretario habló de nuevo y esta vez con voz muy apropiada á las circunstancias :

— Aquí...

Y agregó, acaso para no dejar sola y huérfana esa palabra que hacía en esa ocasión el efecto de un alfilerazo :

— Hemos escogido la pieza del baño *para esto* porque hay que ocultarlo á la familia... Es una operación tan triste, ¿no es cierto? Yo mismo no me atreveré á presenciarla — discursó en tono elegíaco aquel amanuense con genuflexiones fracasadas de maestro de ceremonias.

El candidato apareció por fin : lo habían tendido sobre una gran mesa cubierta con un paño negro. La cabeza caía hacia un lado y los labios, ligeramente entreabiertos, dejaban ver los dientes.

— Pues hoy sí que no está muy á propósito para conquistarse adhesiones electorales — dijo Carlos.

Los brazos, cruzados sobre los bolsillos, parecían defenderse más allá de la tumba. Una palidez horrible invadía la fisonomía. El bigote, desplegado del todo, ocultaba sólo á medias la dentadura, verdadero encasillado lleno de esterlinas metidas de canto.

Esperaban ya otros estudiantes y todos juntos hablaban á media voz.

Se escuchó una banda de músicos.

Tocaban una marcha fúnebre.

Entreabrieron un balcón que daba á la calle atravesada. Era la banda de los expósitos.

Empezaron á acomodar el cuerpo del candidato, y las piernas, al caer rígidas sobre la mesa, produjeron uno de esos ruidos que dan frío.

Lo rodearon por fin mientras él, con su cabeza dada vuelta, parecía no querer mirar, pidiendo en cambio calma y descanso.

Previamente, se le sacaría la mascarilla, operación indispensable tratándose de un grande hombre.

— *Ad perpetuam rei memoriam* — murmuró Carlos, gran aficionado á latinear.

— Entonces, empiezo — dijo el escultor cuyos tientos llenos de yeso líquido rodeaban la mesa fúnebre.

— Rápido... — dijo á su vez el médico encargado de la autopsia.

El escultor pugnaba por enderezar la cabeza que volvía á torcerse. Tiraba con fuerza, impacientado, y al tomar del pelo se sorprendió :

— Como que aquí se mueve algo...

Observaron de cerca, alumbrando con velas que empezaron á cerotear impávidamente el bigote caudillesco del finado.

Exploraron con el mango de ébano de los instrumentos. Golpearon tanteando en diversas partes del cráneo y, por fin, al tirar hacia atrás, algo que no podía resistir más cedió con hipócrita docilidad : era un casquete, obra maestra de peluquería parisiense y que nadie sabía antes que el candidato hubiera usado.

Fué á dar á un rincón aquel artefacto de barbería y, al caer, produjo ruido de máscara, de función que termina, dejando esparcida por el suelo la utilería.

— *Æternum vale* — murmuró Carlos.

La cabeza siguió pugnando en busca de su posi-

ción primitiva, pero afortunadamente, por medio de un sistema de cuerdas que no tenía más inconveniente que parecer algo inquisitorial, se logró mantener la derecha.

— Hay que apresurarse — insistió el médico jefe.

Por disposición del secretario privado, quien había dicho que al adoptar este traje se tenía en cuenta el elevado carácter del extinto, el candidato comparecía de frac á esta ceremonia.

Apremiado á cada instante el escultor, le arrancó con rudeza la corbata, y para librar la ropa de aquel aluvión de yeso líquido, prendióle del cuello un trozo de lienzo no muy blanco.

Llegó el momento de aplicar la lavaza que no tardó en elevarse en pompones fugaces que, al abatirse y disolverse, dejaban ver de nuevo las facciones amarillentas, momentáneamente disfrazadas de carnaval, del gran político.

Vino en seguida el yeso, que luego se elevó con blancuras de montaña, cuyas partes más altas acariciaba el operario moldeando entre las manos esa masa viscosa que se escurría placenteramente.

Un momento después, el yeso se solidificaba por completo. La operación iba á terminar.

Remecieron la mascarilla y al levantarla, como si la cara no quisiera abandonar ese frío disfraz que

la ocultaba por completo, notaron que algo la sostenía, no queriéndola soltar :

— Es el bigote que se ha tomado... Siempre pasa lo mismo — dijo el escultor con la seguridad de una indiscutible experiencia profesional.

Exploró con la mano y luego se agachó para ver mejor.

El candidato mordía desesperadamente ese maldito yeso que perpetuaría su figura tal como era, tal como la había dejado la vida, sin pelo y caído el bigote desteñido, y no peinado y rizado como otra en el mundo de las convenciones y los retratos velazqueanos.

— Tire fuerte, — dijeron los estudiantes.

El escultor empezó á suspender la mascarilla, húmeda aún, y la cual, en efecto, había tomado un lado del bigote que, al levantarse, hacía con los labios una mueca de indignación que más parecía desprecio. Sacudió con fuerza, aun á riesgo de romper ó inutilizar su trabajo. Crujió el montón de yeso, cada vez más endurecido, y un momento después, al desprenderse por completo, de nuevo reapareció el candidato, pero transformado é inconfundible.

Un círculo de fisonomías impasibles y de cejas fruncidas se inclinaba sobre él. Sólo sus brazos conservaban la misma posición, como si en medio del

impensado desastre y cruzados sobre el pecho, continuaran la lastimosa defensa de algo que las manos, un poco crispadas á la altura del corazón, ya no podían encontrar ni asir... Salió por fin el escultor con la mascarilla dentro de un tarro y el médico y sus alumnos y ayudantes, cercaron el cadáver.

Lo desnudaron, lo miraron por todas partes, hundiendo con los puños el vientre, que empezaba á dilatarse. Los gases se escaparon produciendo ruidos de ahogo y un líquido viscoso asomó á los labios : era una especie de náusea que llenaba la boca convirtiéndola en espeso cuajarón de sangre.

— Habrá que abrir las ventanas.

El secretario privado había desaparecido. Pade-
cía de una gastritis, complicada con dispepsia,
que, seguramente, iba á agravarse con semejante
espectáculo.

Habló el jefe :

— Necesitamos — dijo con voz de anfiteatro y
dirigiéndose á los alumnos predilectos que lo rodea-
ban, — necesitamos el corazón y el cerebro. Habrá,
pues, que hacer la autopsia clásica, desechando por
el momento la *formalina*.

— Tendremos gran lección — dijo Carlos á
León.

Habían abierto las ventanas. En la inmensidad

del cielo infinito brillaban las estrellas con destellos de joyas falsas.

Reapareciendo á la distancia, escuchábanse los ecos en fuga de los pífanos que un momento antes habían pasado en son de eterno adiós bajo los balcones del candidato.

¡ Ah ! Con qué tristeza se alejaban cada vez más, perdiéndose en medio del silencio.

Inmóvil en un ángulo de la pieza, deseando retirarse y salir, pero queriendo también quedarse y ver, León se arrepentía de haber aceptado la invitación de su amigo.

Meditaba, sintiendo intuiciones que al principio no podía precisar bien, sobre si ese cadáver que tenía ahí á su vista, marcado y surcado ya por los bisturíes que iban á hundirse en su organismo, no representaría una buena parte de los males de que le había hablado el profesor aquel del largo paseo, en la tarde, después de clase.

Era necesario comparar lo que dijeran los dos profesores, el uno teórico y el otro, el encargado de la autopsia, operador en la materia misma.

Tocó algo que había en una esquina : la bandera de la gran manifestación que proclamó al candidato... Su género de seda blanca se había desteñido sensiblemente. Tomó una de las puntas, adornada con flecos de oro, y de los pliegues de

esa bandera, prematuramente vieja, se desprendió olor á desinfectante, á hospital.

Creyó León que su estómago no resistiría el espectáculo de esa operación, pero quiso tener valor, imponerse una vez más su voluntad, y se quedó inmóvil, bajo su delantal de ocasión.

Un corte en cruz, hecho con extraordinaria seguridad, acababa de abrir el abdomen, en cuyas profundidades perdíanse despedazando los instrumentos.

Se habría podido pensar que se deseaba terminar luego la horrenda operación en que se empeñaba León en hallar la repetición objetiva de la disertación verbal de aquel otro profesor al cual llamaba « su maestro ».

— ¿No hay más ventanas que abrir? — preguntó Carlos batiendo las manos en un recipiente lleno de agua fenicada.

— Ni Hamlet las encontraría.

Levantó un tercero los brazos y, sumiendo después un dedo en una mancha de sangre, principió á llenar gota á gota un tubito de cristal. Luz de por medio, parecía muy entretenido en esta operación.

— ¿Tú sabes para qué son estos tubos?

Tiñó Carlos otra lámina de vidrio y se acercó á la ventana que dejaba ver la noche, las estrellas, el resplandor de toda la parte central de la ciudad.

Las vísceras acababan de ser depositadas en un recipiente y el tórax quedaba vacío, devorado, convertido en una cavidad ensagrentada en medio de la cual se distinguía algo deforme.

— Mira . . . Es el corazón.

Lo suspendían en alto en ese instante, oprimiéndolo como si quisieran deshacer entre las manos esa masa fibrosa, sin líneas, hecha jirones, materia de aborto ó de clínica. Venas cortadas pendían oscilando, y, en la parte superior, la aorta remedaba el cuello de algo decapitado y aun sangrante.

Señalaban de nuevo las líneas y ramificaciones de aquel cuerpo encerrado en tupida malla de arterias, venas y vasos capilares.

— Nada más interesante — dijo á sus alumnos el profesor de Anatomía : — atrofia en algunas partes, hipertrofia en otras. Era esto lo malo — agregó alzando aún más la víscera enferma. — El corazón ya no tenía fuerza para impulsar la circulación normal de la sangre, y ésta, á su vez, hallaba en las venas obstáculos orgánicos que dificultaban su paso . . . La sangre, pues, era ya impotente para la vitalidad y el plasma.

Los oyentes se agrupaban en torno del profesor : era corpulento, ligeramente canoso y de fisonomía severa, sin dejar de ser tranquilamente benévola.

El candidato lo llamó en cierta ocasión :

— ¿Qué me indica usted, doctor?

— Que se vaya, que se aleje, porque está enfermo. La política también lo está y un doliente nunca sana á otro doliente.

Pero otros doctores se rieron de ese diagnóstico, asegurando al candidato que la política lo *distrería*.

— Obsérvese atentamente — continuó con voz llana y sin inflexiones oratorias el médico, escuchado como maestro.

Señalaba con el dedo :

— Cuando son los ventrículos los que se contraen, con especialidad el izquierdo, que impulsa la circulación hasta las extremidades, es absolutamente indispensable impedir que la sangre retroceda á las aurículas. Luego, para que la circulación pueda efectuarse sin obstáculo alguno, son necesarias las *válvulas* y aquí no las había, estaban atrofiadas, no funcionaban; las arterias se habían vuelto insensibles y la circulación, perdida en medio de esta indolencia general de la rotación, marchaba irregularmente, en desorden — terminó el profesor.

La operación prosiguió en silencio, y al abrirse paso, cráneo adentro, la mano poderosa del operador, rozó nervios y tendones, y entonces la cara

ya inconocible parecía gesticular un pedido ó una protesta para que dejaran por fin á la tierra y á la muerte lo que es sólo de la tierra y de la muerte : la materia.

La boca, hoyo purulento medio tapado por el bigote caído, también pareció entreabrirse, enlazando los labios con los hilos del líquido viscoso aglomerado en los ángulos.

Se escuchó un ruido sordo; eran las manos del cirujano, explorando el interior del cráneo, vacío al parecer.

Sintió repugnancia y volvió la cara para no ver ese inmisericordioso espectáculo en que cada cuchillo se disputaba un miembro predilecto del cuerpo indefenso, desarticulado, despojado y al cual se le extrae desde el corazón hasta el cerebro.

Miró León hacia la pared y le llamó la atención una especie de manuscrito colocado dentro de un marco. Era el original de la proclama « á los pueblos ».

Un pedazo de cartílago ó filamento, escapado de alguna sacudida del cuchillo, había ido á pegarse sobre la moldura en que, recordando mejores días, se ostentaba la célebre proclama.

Se acercó Carlos y empezó á leerla, pero se sintieron en ese momento ruidos de espectación, y, justamente al volverse, apareció de nuevo ante

los estudiantes el profesor de fisonomía impasible, teniendo entre ambas manos, largas y velludas, manos de Mefistófeles que se enlazaban con férrea rigidez de garfios, el cerebro recién extraído.

El médico miró el tiesto ensangrentado en que vacían las vísceras é hizo ademán de arrojarlo de alto á abajo, como algo malsano que habría esparcido por todas partes su desequilibrio y sus dolencias.

León recordó á Comte y su *Política Positiva* : en el cuerpo humano, como en el social, existe una interdependencia tal, que cuando un órgano no marcha bien, es, consecuentemente, el funcionamiento general el que pierde su normalidad.

¡ Ah ! por fortuna ese cerebro, aprisionado ya entre las manos felinas del cirujano, no había llegado á tener una influencia ni directriz ni decisiva. Los estudiantes, todos jóvenes y enamorados hasta la pasión del porvenir del país, se estrechaban en silencio alrededor del maestro, ocultando seguramente un mismo pensamiento :

— He ahí el cerebro reblandecido, sin el gobierno de una voluntad poderosamente moral, masa inerte que no fué el sitio de ninguna germinación elevada y sana.

El médico miró de nuevo el recipiente y, adivinando el pensamiento de sus discípulos, pensa-

miento desnudo como el mármol de aquella Roma que legó al mundo la noción fanáticamente heroica del patriotismo, habría concluído por arrojar ese cerebro, anónimo de la lucha por todo lo que perdura y dignifica. Iba á arrojarlo ya, cuando León corrió hacia el médico con lo primero que encontró á mano : un plato chino. ¡ Eternas ironías del Acaso y del Destino !

Libre de las manos formidables que lo oprimían, estrechándolo entre una red de hierro, el cerebro se extendió cómodamente, llenando por completo el *bibelot* en que lo habían depositado.

Alguien lo dió vuelta, buscando algo extraviado :

— ¡ Cómo !... ¿ Se ha perdido el centro directivo de los músculos voluntarios y de la locomoción ?

León seguía con el plato entre las manos, mientras el cirujano continuaba esculcando y dando vueltas á aquella masa blanquizca y flácil.

Quedaba hecha la parte final de la operación, y, un momento después, las agujas cosían apresuradamente aquel bulto relleno de trapo, lana y desinfectantes.

El profesor había terminado. Sólo faltaba, pues, la última *toilette*, y de ella se encargó con plausible habilidad de costurera el secretario particular que acababa de reaparecer.

— *Finis voluntas tua* — dijo Carlos.

La ciudad había quedado en completo silencio. Sólo las campanas seguían interrumpiendo de tiempo en tiempo el recogimiento profundo de la noche.

La impresión de León era cada vez mas honda :

— No podré dormir... ¿Te acuerdas del corazón?

Y su amigo, el de los latines, contestó riéndose :

— *Organum primum vivens, ultimum moriens...*

La pieza quedaba á oscuras. Mas, á través de las ventanas, en la inmensidad del cielo infinito, brillaban las estrellas con destellos de joyas falsas.

X

León no quiso asistir á los funerales del candidato, prefiriendo que fueran otros los que llevaran la corona de rosas y siemprevivas ofrendada á nombre del colegio.

El día, pues, de la ceremonia, se encerró tranquilamente á leer, y en la tarde, cuando el sol próximo á ponerse da evanescencias de cuadro antiguo á las casas viejas, abrió las ventanas de su pieza, y la brisa del patio, lleno de enredaderas y frescura, no

tardó en mover levemente los diarios desteñidos que cubrían los vidrios de la puerta.

¡Cuántas impresiones nuevas en unas cuantas horas!

Recordó la noche anterior y miró hacia el rincón en que había escondido el delantal con que le había tocado asistir á la autopsia.

Un soplo de brisa, el relente de la tarde, lo hizo temblar. Se acercó al trapo blanco, salpicado de manchas que iban haciéndose cada vez más oscuras, y lo arrastró con el pie.

En seguida, dejó caer la cabeza sobre el borde de la mesa poblada de libros y apuntes, planos y compases.

Una cinta de sol doraba un ángulo de la pieza, cayendo de paso sobre los diplomas. — Vaguedad, la vaguedad que siempre sigue á las impresiones fuertes.

Del patio desierto, subían comienzos de notas inconclusas, salidas de los naranjos llenos con la seda florida de sus azahares que empezaban á deshojarse.

De la fuente, saltaba el agua... como salta, ni más ni menos, de todas las fuentes, formando zarcillos de perlas multicolores que, acaso más felices que las joyas de mundo, se disolvían ó morían antes de llegar á la tierra.

León volvía á sentir, con penetrante intensidad, la impresión de su soledad, y de nuevo también empezó á aparecer ante sus ojos cerrados la eterna figura de niña, de mujer, que al eco de la fuente que para las rosas teje zarcillos, pasa vagamente ante todos los ojos que sueñan, sean de inspector ó de estudiante.

Ruíz sacudía en ese instante alborozadamente la campana, anunciando la hora de comer.

Los inspectores fueron llegando uno á uno y León, como todos los días, se sentó solo en la mesa.

Se hablaba del discurso de Champán en los funerales del candidato y uno de los inspectores, « el redactor », repetía que aquello había sido « una oración » en toda forma :

— ¡ Qué talentazo tiene este diablo !

Era otro gran tipo, « el redactor ».

Sentía por Champán una admiración destinada á durar . . . lo que tarda una de las partes en encontrarse con fuerzas para aplastar á la otra.

Si no hubiera sido por uno que otro picotazo de águila — vulgo viruela, — habría parecido un Adonis.

En cuanto á escuela política, creía que lo más seguro era « formar grupito » y hacer comprender que más vale tener de aliado al que puede ser temible. Champán había dado la fórmula secreta :

« formar grupito » y en vez de ideas, que son cosas sentimentales, servir hombres prácticos y amigos de sus amigos.

Formaban en todo como los tratados internacionales. Sentían que los tiempos son no sólo de lucha sino también de asociación, y se habían unido, sin alianza ni plazo fijo, constituyendo una especie de novísima cooperativa... El uno, era el utilitarismo craso y personal, pero en el otro, en « el redactor » aparecían borbotones ó pedazos aun no bien digeridos de romanticismo, de retórica y hasta de moral. Representaba uno las concesiones que calculadamente solían hacer ambos á los « ideales » y á su turno representaban los dos la predisposición política á que tiene que inclinar con escasas excepciones una instrucción que no imprime ideas profundas y que, generalmente, deja, eso sí, en actitud dialéctica de defender con igual alternatividad el bien ó el mal, sin fe en nada, y acaso « creyendo que Antonio prevaleció sobre Bruto porque supo ser malo con extremo y que Bruto se perdió porque quiso ser malo con templanza »...

« El redactor » se olvidaba poco á poco de los Girondinos que en otro tiempo habían surgido ante su mesa de estudiante. Prefería ser ecléctico en muchas cosas y meterse cada vez más en la levita del oportunismo acomodaticio y ventral. ¡Y qué

bien se encontraba en ella ! El ambiente mismo que de la ciudad tan cercana llega á todas las aulas y á todos los libros, le había dado una fórmula admirable : lo imprevisto es lo lógico. Era el pechador vulgar, vulgarísimo y en el fondo bueno como el pan — pan relleno de artículos de código y de embutidos de filosofía racionalista, que en vez de principios experimentales, todo lo fía al concepto pretencioso ó interesado que cada cual tiene de su razón.

¡Lo imprevisto es lo lógico ! Y siga la fiesta y sigan ambos personajes entrando así armados vida adentro. . .

Champán conocía aquel principio, lo sentía sin haber llegado á concretarlo y se quedó como ante una aparición al escuchar esa especie de admirable teorema que parodió así : *camino recto y seguro para llegar al Olimpo* . . .

Poco á poco y lentamente, los dos *leaders* de la Academia, trasformada en congresito, fueron zurciendo y concordando en compañía los artículos de fe que iban á seguir ciegamente en medio de la política y « la cosa pública ».

Una amistad casi repentina había llegado á unirlos tan estrechamente, que preparaban juntos los artículos de diarios y los discursos de *meeting*; juntos se aplaudían, y con Champán, el de las frases, las

corbatas y los bigotes, aparecían como los Castor y Pólux del establecimiento.

Dios los cría...

Con cualquier pretexto, cruzaba « el redactor » los brazos sobre el pecho y, levantando en actitud estatuaría la cabeza, sacudía la cabellera « ondeada como el mar »:

— « ¡ Y bien, señores ! »...

— Este diantre — decía entonces Champán — tiene momentos de verdadero tribuno.

Lo demás — un poquito de bibliografía y libro moderno; Bluntschli, Fiori, Lombroso, Tarde, según el asunto, y hasta frasecitas de oradores ingleses — empezaba á aparecer :

— « ¡ Y bien, señores ! »...

Hijo de una familia que vivía en fundito propio y bien cercado, lo que después le permitiría hablar del « solar de sus mayores » — era simpático, comedor, embustero y lleno de chascarros.

Champán, al contrario, era más bien silencioso y es cosa perfectamente averiguada que pasaba mortificado por sus ganas de pitanza en grande. Cosa averiguada es también que meditaba más que « el redactor », cuya elocuencia se convertía á veces en espumoso borbotón de bebida barata.

Le gustaban como un diablo las banderolas, los farolitos, los banquetes, los fraques, los *menues*,

los guantes blancos y las asistencias publicadas á doble columna.

Leía á escape pescando índices, mordisqueando teorías y embuchándose listas y más listas de autores. Prodigaba las citas :

— Como dice Bluntschli... Como dice Leroy Beaulieu... Como dice Sumner Maine...

¡Y Laffitte! Laffitte para allá, Laffitte para acá...

¿Cómo dudar, pues, que llegaría á ser catedrático de Derecho Constitucional?

En sus momentos de intimidad, poníanse un frac, que ya iba tomando cierto aspecto francamente venerable, usado por ambos en comandita y con el cual se entregaban al estudio plástico de grandes modelos oratorios. Una vez ante el espejo, Champán se erguía y simulaba esa sonrisa severa de algunos estadistas :

— ¿Recuerdas á Balmaceda al inaugurar las sesiones del Constituyente?

El otro poníase á su turno la noble prenda é, imprimiendo á la voz toda clase de tonalidades, imitaba con rara propiedad el acento oratorio de Reyes, Zegers, Mac Iver ó Errázuriz.

— ¿Qué tal?

— ¡ Ah, muy bien !

— ¿Pero con cuál me quedo?

— Pues con Errázuriz... ¡ Gran tipo ! Me parece

que lo veo : pelado, nariz de cacha de bastón, bigote, perilla, cigarro de á cuarta y paletó lleno de piel...

— Le decían...

— « Condorito ».

Seguía charlando y « el redactor » empezaba á afarolarse por cualquier tiquis miquis.

— En política — decía entonces Champán, — el que se apasiona ó se enamora, se embroma... La cuestión está en no soltar todas las cartas para poder jugar á tiempo ó retirarse con tranquilidad.

Concluían por ponerse de acuerdo; pero antes de mucho « el redactor », al mirar una caja de fósforos de cera con el retrato de Gambetta, se erguía otra vez encendiendo por cualquiera cuestioncilla una gran fogata retórica.

— Pierdes la brújula — decía Champán con voz consejo.

Pero Champán concluía también por afarolarse porque el otro sostenía á veces la necesidad de un programa fijo.

— ¡Qué ideas! La verdad, dicho sea entre nos, es que cada cual debe contentarse con tener un bazar bien surtido dentro de la cabeza...

Y así, en efecto, condimentaba sus discursos con citas no muy frescas y comillas no muy claras.

— ¿No crees tú — le preguntó un día, dándole

á la frase toda su indiscutible profundidad, — no crees que siempre hay en el hombre una gran inclinación á lo *reservado*?...

Y canjeándose mutuamente sus sobre-nombres, respondió el aludido :

— ¡Las cosas del « maestro »!

Como se ve, continuaban atravesando ambos personajes ese período, casi siempre breve, en que dos hombres explotan con máximun de interés y por asentimiento tácito, su amistad momentánea. Aceptaba, pues, uno de los asociados la dictadura del otro, formando con él una misma tijera ó los palillos de un mismo tambor, que nunca resonaba más sonoramente que cuando alguno de los asociados pronunciaba algún discurso ó publicaba algún artículo.

No faltaban, sin embargo, los momentos de desilusión, y Champán, por ejemplo, se sentía apenado cuando, sin encontrarle el lado propicio, le daba vueltas y más vueltas al *plastrón* jaspeado de florecitas azules. Mas, era el tiempo en que la fe, una fe profunda en el triunfo final, renace con verdadores de lechuga al terminar un artículo, aun fresquito, húmedo, recién salido de la máquina cojitranca del *Siglo XXX*... Pero como para disgustillos siempre sobra el tiempo, algo profundamente desalentador ocurrió por aquellos días : después de

muchos rigores de bolsillo, « el maestro » se había resuelto á comprar una plancha para estirar cotidianamente sus prendas de vestir. El procedimiento resultó de una gran « eficiencia » práctica. Por desgracia, un día, mientras terminaba un artículo, Ruíz calentó tan fogosamente el instrumento, que al acercarlo á « los convencionales », como llamaba el propietario á sus pantalones grises, tostó casi todo un lado, averiando en forma poco menos que irreparable una prenda que era lo mejor de cuanto aparecía circularmente colgado alrededor de la pieza.

Al « redactor » en cambio, le perduraba impávidamente una levita, digna de calificarse de bien raíz, á la cual, eso sí, era necesario en primavera echarle puñados de arena ó municiones á fin de conseguir que el viento no desplegara impúdicamente las colas.

Mas, como para el « grandioso sepelio » del candidato había estrenado un pantalón negro con huincha de seda, al entrar esa tarde al refectorio declaró que ya podía salir sin tener que cargar previamente la levita.

— ¡Y bien! — dijo ese día, de pie al centro del comedor. — Es justo decirlo : nunca ha estado mejor Champán. Nos ha aplastado... ¡Era de verse el ademán con que antes de empezar se limpió los anteojos! Tiene talento.

Los demás inspectores meneaban la cabeza, asintiendo.

No habían llegado todos; mas á medida que entraban, el refectorio inspectoril iba tomando el aspecto habitual que le daban sus manteles blancos y su olor á sopa y merienda caseras.

Como siempre, León se sentó en un ángulo, abrió el libro que llevaba bajo el brazo y luego, mientras cortaba el pan á rebanadas, volvía á su tema : Champán, « el redactor », Alberto Drinot — tipito sumamente ladino que ya tenía todo el aspecto abogadil, — Luis Bello, dístico ambulante, mandado hacer para vivir dentro de un terno de ropa hecha...

¿Para qué sirve todo esto? — se preguntaba.

Habían estado en el entierro del candidato y, á la sazón, saboreaban la parte oratoria de los funerales.

Sin escucharlos, volvía á su tema :

— ¡Si formaran siquiera una corriente bien definida, á la cual fuera posible ó combatir de frente ó hacer seguir un mismo rumbo !

Los contaba en silencio, compadeciéndolos, porque veía en cada uno algo inoficioso para el país, que quería ver pletórico de buena fuerza, porque era el único campo en que podría luchar, plantar la bandera y dejar un nombre.

¡ Con qué admiración contaban rasgos del candidato, cuyo cerebro enfermo, extendido sobre el famoso plato *cloisonné*, reaparecía ante él como en la escena atroz de la autopsia !

« El redactor » empezaba en ese instante á profetizar las combinaciones políticas por venir, y todos estaban de acuerdo en que la muerte del personajote, que á esa hora ya estaría en su tumba encopetada de coronas, era una desgracia irreparable.

¡ Si hubieran visto aquel cerebro cuyas meninges desgarradas colgaban de los bordes del plato chino destilando líquido infecto ! ¡ Pero, qué iban á ser ellos los llamados á comprender el significado horrendo de aquella autopsia !

En cambio, el nombre de taponazo de Champán, resonaba á cada instante con ecos de naciente celebridad ; los diarios de la tarde publicaban su discurso y de rato en rato, la sala se llenaba de aplausos, cuya algarabía, agitando la atmósfera, removía el olor á sopa y legumbres cocidas del pequeño comedor :

— Bravo, muy bien . . .

Era una especie de ovación de cocina al orador del día.

— ¿ Y saben cuál es el pedazo mejor de todo el discurso ?

Y « el redactor » buscaba en el diario

— Es ese en que dice... este : « Lloro al patriota, al luchador, al héroe ».

— *Salvatore di la Patria* — interrumpió uno de los inspectores, gran asistente al *paraíso* del Municipal.

— Tuvo ratos espléndidos. — Por ejemplo, al hablar del candidato símbolo de la prosperidad general.

— ¡Qué ! — dijo León, — ¡ si sólo fué un reblandecido !

— Es lo que dicen — gritó « el redactor », irguiéndose — los que no respetan ni las tumbas... Rechazamos esa injuria los que fuimos sus amigos... *ad honorem* — agregó riéndose.

— Y *ad majorem Dei gloriam* — dijo otro.

Apareció al rector :

— Caballeros, buenas tardes. ¿Y el señor Champán?

— Come fuera...

— En el Club — acentuó uno.

— Venía á felicitarlo... Será mañana.

Cuando el Rector salió, continuó la lectura del discurso y no se tardó en llegar á la parte en que el orador lamentábase como un Jeremías de ese malestar, de esa desorganización que el candidato no habría tardado en remediar.

— Miserables — pensaba León, al escuchar ese discurso que chorreaba miel de abejas y lazos de *choleta*. — Ninguno va al sistema mismo que genera los males que hacen la comedia de combatir... Atacan consecuencias y no causas.

Los miraba por encima de su libro, deseoso de separarse luego de esos acróbatas y curvilíneos que antes de mucho se doblarían desarmándose y haciendo piruetas; que á todas partes entrarían por la puerta falsa por donde salen y entran los desperdicios y que en nada seguirían la línea recta, acostumbrados como estaban á los brincos y á los saltos, pero como salta el sapo : para caer de nuevo en el barro.

Hojeaba sin leer, dando vueltas á las páginas para que creyeran que estudiaba.

Nada, es verdad, faltaba á su convencimiento de que toda esa gente formaría algo endeble y poco sólido, como el caserón á que había subido una mañana de niebla.

SEGUNDA PARTE

I

Á poco de llegar á la Dirección el nuevo ingeniero-arquitecto, se le encomendaron los planos de una construcción que el Gobierno, según ley muy fresca y oliente á discusión, debía entregar á contrata. Se trataba de una gran obra y esos agentes que no se muestran porque, desde luego, se mueven sin ruido, empezaban á agitarse en todos sentidos.

Pidió León los datos del caso y, en posesión de ellos, empezó por extrañarse de saber que antes de principiar los planos ya se vislumbrara, más ó menos, el nombre de los que se quedarían con la propuesta.

Como preliminar de su trabajo, examinó una larga serie de pormenores.

— Sobre todo con los contratistas, le van á durar

los vuelos lo que la mosca en el moco del pavo...

La frase se hizo popular en la Dirección :

— « El tipito ».

Sin que nadie se lo pidiera, asistía á su oficina desde las nueve de la mañana y como hacía más de ocho meses que estaba metido en la Dirección, era evidente que su horario no cambiaría así no más. También sin que se lo exigieran, á cada nada estaba pasando informes sobre las condiciones en que se hacían algunas construcciones fiscales que nadie le había pedido que vigilara. Escogía, pues, una manera bastante molesta para los demás de hacerse notar... Afortunadamente, todos los humos del recién llegado se desvanecerían tan luego como presentara los planos que acababan de pedirsele. ¡ Pero qué planos ni qué nada va á hacer, decían, si siendo estudiante sudaba tinta china para hacer cualquier trazado de sombras !

Se le dieron los datos y especificaciones que había exigido antes de principiar el trabajo y dos ó tres días después, cuando nadie lo esperaba, se esparció la noticia de que « el tipito » se permitiría pasar á la Dirección y al Consejo un *memorándum* previo en el cual diría, textualmente, que creía de su deber observar, en primer término, que el local para la escuela en proyecto iba á ser adquirido á un precio exorbitante.

Más que *memorándum* previo, aquello era un rosario de observaciones : decía, desde luego, « mal barrio y, en cuanto al local, estrecho y falto de aire y perspectiva, quedaría comprimido en medio de un núcleo de edificación anti-higiénica. »

Y todavía agregaba que era necesario, hasta donde fuera posible, escoger la parte más elevada de la ciudad, buscando aire sano, mucha luz, mucha naturaleza y abono perpetuo de la vista infantil al cuadro de la inmensa cordillera, cuyo espectáculo, según él, da alas al espíritu oprimido por la parte urbana de la capital.

— ¿Y á qué viene todo eso? — se preguntaban en la Dirección.

Observaba en seguida el intempestivo informante, después de una exposición muy prolija, que el análisis químico del suelo no era satisfactorio. Además, rechazaba el material y el estilo que se le había pedido, indicando otros muy sólidos y severos, en vez de los alifafes y zarandajas de la arquitectura « á la última ».

Finalmente y ahorrando en ciertos detalles, abogaba porque en la futura construcción se emplearan sólo la piedra y el fierro.

Todo esto era nuevo, *rara avis* en la Dirección. Y para remate, no sólo se redujo el nuevo ingeniero á anotar sus ideas sobre la escuela en proyecto, sino

que quiso sostenerlas él mismo ante el Consejo. Del conjunto de esas observaciones, surgían principios que, de la construcción material de un edificio, podían fácilmente trasladarse á cualquier orden de construcciones sociológicas.

¡Era muy curioso todo eso!

— Hay en la época — dijo, en efecto, ante el Consejo y después de un silencio que le habría envidiado Champán, — hay en la época colonial algo que es lo mejor de ella : la solidez de sus construcciones. Es tiempo — agregó, — de que volvamos á edificar con firmeza, para lo cual, cuando quiere hacerse un edificio que dure ó una ley que forme hábitos, hay que exigir el mutuo concurso de dos factores indispensables : la honradez y la competencia. Hoy — continuó, — esas dos cualidades-base, sólo podrá darlas poco á poco la educación, porque sólo ella, á medida que se adapta y penetra, puede modificar un pueblo.

En nombre, pues — terminó, — de la honradez y la competencia, me afirmo en las observaciones preliminares sobre la obra en proyecto.

Efectivamente, era nuevo en los famosos Consejos el que un recién llegado intentara probar que tanto un edificio como una ley, debían sujetarse á iguales ó parecidas condiciones...

¿Pero qué tenía que meterse en que el local fuera

caro ó barato? ¿Podía ignorar que es cosa aceptada que al Fisco se le cobre siempre un cincuenta por ciento más de lo que una cosa vale?

Y qué manera de atacar un proyecto que, evidentemente, había sido, ni más ni menos, estudiado, discutido é informado como por aquel entonces era costumbre estudiar, discutir é informar cualquier asunto de Gobierno.

— ¿Se trata de levantar una escuela modelo? — había preguntado en el Consejo. — Examinemos entonces cuatro cuestiones primordiales: la calidad del suelo en que quiere construirse, las condiciones del local, la solidez del edificio y el estilo de éste.

Y en un cuarto de hora de estudio, el proyecto se desmoronaba sin que nadie se atreviera á sostenerlo en forma.

Á la salida, el Ministro — no había más remedio — felicitó á León, quien repitió que le parecía de su deber hacer las observaciones formuladas ante el Honorable Consejo. En la calle ya, se le acercaron dos señores á los cuales no conocía.

— No hemos tenido — le dijeron — la satisfacción de hallar quien nos presente...

— Seguramente — interrumpió el interpelado.

— De tal manera que querrá excusarnos que nos dirijamos á usted sin haber sido presentados... Somos los proponentes del terreno en que debe

construirse la escuela-modelo y como acabamos de saber que ha objetado la calidad del suelo y el local ofrecido, quisiéramos que tuviera la bondad de concedernos una entrevista en la cual no tendríamos inconveniente para darle todos los datos destinados á desvanecer sus dudas.

León se detuvo al oírlos. Sentía un frío intenso en todo el cuerpo y los brazos le temblaban : había adivinado lo que quería decir eso de « desvanecer sus dudas »...

— Ustedes me excusarán — contestó; — pero, á pesar de mi modestia, me niego á conceder entrevistas en las cuales se desea « desvanecer dudas » nacidas del examen atento de una cosa.

— Señor, usted tal vez ignora que las personas con quienes habla tienen derecho á que se les haga justicia y medios muy eficaces para que no se les burle.

— Celebro que dispongan de medios adecuados para lo que ustedes llaman justicia...

Y, diciendo esto, se dispuso á seguir su camino :

— Con el permiso de ustedes.

— Un instante — agregaron los desconocidos : — insistimos, señor Rield, en pedir un estudio perfectamente atento de lo que ofrecemos en venta.

— Eso — contestó ásperamente el ingeniero — ha sido estudiado lo bastante para que yo pueda

afirmar que se trata de un intento de defraudación fiscal.

Siguió el diálogo breve, monosilábico que nunca deja de seguir á ciertas afirmaciones por calculadamente diplomática que sea una de las partes :

— ¡ Pero, señor, qué dice usted !

El usted contestando al azote, no desaparecía aún de los labios de esa canalla.

— Lo dicho : que se trata de un intento de defraudación fiscal.

— Eso es una *especie* lanzada por cuenta de algún otro proponente — dijeron entonces oponiendo, como siempre, la calumnia á la verdad.

León no reflexionó, no pensó — no habría podido. — Cayó sobre esos señores, salidos de improviso ante su honradez y ante sus puños, y golpeándolos en la cara, los arrojó de bruces en la cuneta, siguiendo, tembloroso de ira, por la vereda, ya libre por completo de los que habían querido obstruirle el paso. . . Continuaba, pues, siendo el mismo niño hecho hombre, que al amanecer de una mañana de niebla, saltaba con el torso desnudo y sosteniendo en alto una barra de acero, sobre los obstáculos del patio de la gimnasia. Sólo que ahora, ya en la vida y llevando consigo la sólida construcción de ideas levantadas poco á poco, surgía por primera vez ante él, á « desvanecer sus

dudas », el impudor, que todavía no conocía de cerca y que al acercársele, sonriente y enguantado, á pedirle una entrevista, había reconocido en el acto. Y por eso, porque lo reconoció *in limine* fué por lo que lo abofeteó en la cara, arrastrándolo en seguida hasta la cuneta.

Como si á ambos personajes se los hubiera tragado la noche y el barro, de aquel incidente no trascendió al público sino la primera parte : las oposiciones ante el Consejo, ampliamente divulgadas por un diario de oposición.

Sólo días después, al preguntar el nombre de los proponentes, supo León el de aquellos señores.

— ¿Pero de veras no los conocía usted? — le dijeron.

— Absolutamente.

— Pues son los señores. . . (un nombre de actualidad en aquel entonces y que se deslizaba con una eufonía de cheque recién arrancado del libro talonario).

Y sin contar aquel choque personal, ya perdido al parecer entre la oscuridad de una noche en que el viento apagaba los faroles, León dijo :

— Me es bien indiferente el nombre de esos caballeros. . . Por mi parte, procederé siempre lo mismo.

Pero como los diarios seguían chillando sobre

aquella sesión del Consejo, á la cual habían logrado acercar sus grandes narices, se desechó el local objetado y se escogió otro ya adquirido, que el mismo Fisco no sabía que poseyera, é indebidamente ocupado por un particular á la sazón.

Podía, pues, el nuevo ingeniero entregarse, como se entregó en cuerpo y alma á la confección de los planos que, en efecto, á poco ya estaban terminados. Y por cierto que no fué escasa la sorpresa cuando se supo que esos planos, siguiendo en parte modelos ingleses, adaptaban la nueva escuela al país, al clima, al alumno mismo que iba á educarse en ella. No se había reducido á la simple copia, sin estudio previo de las condiciones de adaptabilidad. Al contrario, cada detalle dejaba adivinar el intento de que el modelo traído del exterior fuera nacionalizado con facilidad extraña á violencias.

El mismo estilo escogido para el proyecto, tranquilo y desnudo, sin adornos ni pintarrajeos de mujerzuela, equivalía á una protesta contra la arquitectura pretenciosa y llena de madamerías, tan al gusto, ávido de cariátides de yeso, á que da el invierno reblandecimientos de putrefacción.

Sería muy hermosa y llena de vigor esa construcción con exterioridades de piedra á *blockaus* y sin más adorno que la majestad, heredada de Grecia, de su frontis dórico.

Por otra parte, ese proyecto que ya había necesitado de la lucha antes de elevarse con luminosa claridad sobre el enorme papel blanco clavado en la mesa del ingeniero, tendría algo de su autor, de su firmeza y de la reposada precisión de sus ideas. Era su primera obra y en ella veía propiciamente hallada la ocasión de realizar de una manera tangible siquiera una parte de las protestas que la observación en silencio había venido amontonando sobre su espíritu de luchador, que empezaba por fin á alzarse vigorosamente ante su caballete de dibujo. Toda la soledad de su vida, ajena hasta entonces al sentimiento, empezaba á trasformarse en algo esperanzado y sonriente que no podía ser otra cosa que el optimismo y la fe en el porvenir que llegaba.

Se sentía enamorado de su proyecto, próximo á surgir á la realidad, entrelazado con los rayos de sol que caían oblicuamente sobre el papel de sus planos.

— La verdad es que nunca — dijo hablando consigo mismo — puede faltar campo para el bien... — ni para el mal — agregó. — Nunca, — repitió sacudiendo los brazos con movimientos de águila.

Estaba contento como jamás lo había estado, porque se creía ya libre de la maldición de lo anónimo ó lo estéril. La escuela sería él, bien él y no

un simple artículo de exportación arquitectónica. Sus muros, el parque, especie de pequeño bosque que iba á rodearla; las salas, el gimnasio, los talleres, contendrían todas las necesidades de un programa educacional, que todavía no se había adoptado y que sabe Dios cuando se adoptaría... Le parecía ver ya bajo un cielo sembrado de nubes como los nardos que hechos epifanía formaban senda allá en el rústico jardín de Doña Encarnación, el frontis dórico y sus grandes columnas que siempre mirarían hacia la cordillera estupenda, que conserva en sus relieves las líneas y prominencias del que con sus armas cae peleando y que á la hora del crepúsculo, desploma sus cimas como sobre los puñales clavados en la toga cesárea.

¡Qué gran tipo de fanático moderno iba resultando al fin de cuentas el nuevo ingeniero!

Á poco de empezada la obra, se trasladó á ella, seleccionó los obreros, escogiendo gente joven porque no quería que ningún vicioso pusiera sus manos en los materiales de esa construcción de fuerza y juventud. Hasta halló manera de vulgarizar y practicar entre su gente no pocas de sus ideas.

Su palabra áspera que carecía de dulzura, pero que tenía, eso sí, el acento firme y sin trepidaciones de la honradez y el convencimiento, no había

tardado mucho en infundir confianza y credulidad, así es que cuando creyó que había llegado el momento, disminuyó el tiempo del trabajo diario y exigió en cambio que los que no sabían leer destinaran todos los días una hora á aprender. Le parecía haber encontrado la manera de ir á la instrucción indirecta, preparando así el camino de la ley, que alguna vez debe obligar á que toda obra ó taller sea también escuela en que se trabaje por el obrero, por el país, por el mismo patrón ó empresario.

Entretanto, el edificio avanzaba con rapidez y uniformemente, vigilado hasta en los menores detalles del contrato de ejecución. Se trabajaba con método y sin apresuramientos.

Un día, en la Dirección, sostuvo León que el encargado de una obra debía vivir en ella :

— Sólo así variaríamos favorablemente los términos de lo que ha llegado á ser el problema de las construcciones fiscales.

— Pero ¿cómo impediría esa medida el *acuerdo* de contratistas é ingenieros ó arquitectos?

— Por lo menos impediría en parte ese *acuerdo*, — contestó, por replicar algo, porque la verdad es que esa objeción lo había desconcertado, indicándole algo que no recordaba : que el mal, muy hondo, se derivaba de no enseñar á tiempo, desde

el hogar en adelante, que es más frecuente y más lógico que se enriquezca el que procede bien que el que procede mal, porque el primero avanzará luchando con dificultades cada vez menores, y el segundo, á su vez, con obstáculos cada vez más grandes y difíciles de vencer.

La arrogante bizarría del frontis, empezaba á destacarse, surgiendo de los cimientos aún frescos.

Por aquellos días rechazó toda una entrega de material. — Era la tercera vez que con el mismo contratista tomaba igual medida.

— Además — dijo en esta ocasión, — daré cuenta, pidiendo la rescisión del contrato.

— Estará en puerta el nuevo contratista...

— Salga y no repita eso, — gritó con voz que repercutió en todo el edificio.

Los trabajadores se habían agrupado, atraídos por la curiosidad.

Al día siguiente, domingo, como si nada hubiera pasado, el vasto edificio se trasformó en escuela, en cuyos cursos se había venido siguiendo un programa que daba á los oyentes siquiera las líneas generales de cada cosa explicada con extraordinaria claridad escolar.

— ¿Lecciones perdidas? — se preguntaba. — No; puesto que por lo menos ensayo una aplicación de mis ideas.

Le parecía evidente que esos rudimentos que enlazaban entre sí, como el envigado los muros de un edificio, las grandes líneas de la vida de hoy — la libertad y sus restricciones, la Historia Nacional y el deber cívico de que cada cual trate de proseguirla — conseguían desde luego un fin : interesar á sus desheredados de la escuela, plagados de defectos que una educación adecuada podría convertir en virtudes.

Por otra parte, ¡ qué satisfacción más reconfortante para él que la de ver cómo asomaba á veces un poquito de luz á la cara de esos tardíos alumnos !

Á todo esto, se acercaba el día en que sobre el primer andamio, levantarán hechas trofeos los obreros sus herramientas de trabajo.

Las interpelaciones intentadas por los contratistas chasqueados ; todos los tropiezos habían resultado ineficaces : el gran edificio quedaría muy luego terminado, no sin que al abrigo de los muros que se levantaban hubieran aprendido á leer todos los que en él habían trabajado. ¡ Buen recuerdo habrían de conservar de esa obra á que no tardaría mucho en llegar el alegre tropel infantil !

Sobre las murallas empezaban á abrirse en compás gruesas vigas con lo cual el edificio entero entraba á una nueva faz.

La fiesta de los andamios llegó por fin, y el mar-

tillo, la escuadra y el serrucho, bañados de sol, aparecieron hermanados bajo la escarpa de palo en bruto en que habían sido colocados, y sobre ellos, abrazándolos, izada al tope como en barco pronto á zarpar en plena primavera, la bandera se enloquecía de gozo con el viento que estremecía con ruidos de nave en marcha esa construcción nueva, orgullosa de su solidez y de su porvenir.

¡ Era un hermoso día de la batalla anónima, ganada por el esfuerzo de todos ! Por desgracia, durante la obra, había muerto uno de los obreros, ejemplar bien escogido de lo mucho á que en la raza todavía no se ha dado preparación alguna : tenía vientidós años, era un mocetón de hechura formidable, roble humano, madera sin tallar. En sus brazos de cobre y luma, sólo faltaba la masa bajo cuyo golpe enfurecido cayeron los arreos de guerra de aquel Don Pedro de Valdivia, el impávido extremeño, en cuya armadura abollada en Arauco como un tiesto cualquiera, se habían reflejado las alabardas cinceladas del César de rosario y terciopelo negro, ser de hoguera y de silencio : la muy católica Majestad de Don Felipe II.

— Qué el martillo del caído — ordenó el arquitecto — sea clavado al pie de la bandera.

Estaba manchada de sangre, así es que era casi un símbolo esa herramienta huérfana, que nadie

había reclamado y alrededor de la cual « el día de los andamios » formaban aureola los otros utensilios, limpios y relucientes después de la jornada.

Izó el mismo León la bandera cuya sombra movable se desplegaba victoriosamente sobre la escuela terminada. Estaba izada; pero para rematar el día inaugural y dar puerta franca á los obreros, faltaba algo : que abrieran la primera cartilla cívica todos los que en la nueva construcción habían aprendido á leer. Así se hizo, y en seguida León, ya solo y en medio de la tarde que caía, trepó á los andamios, llegó hasta la bandera y se sentó al pie de ella para sentir sus caricias y su sombra, protectora de todo el edificio que, mirado desde lo alto, mostraba con arrogancia la ruda solidez de sus cimientos encajados en la tierra como garras de águila en la roca.

¡ Qué cambio desde la mañana aquella en que al amanecer miraba la ciudad, envuelta en bruma color asno, afirmado en el mojinete musgoso de aquel colegio envejecido !

¡ Ah, sí ! Tan por completo había cambiado su situación, que ya no veía la niebla color hospicio de aquel lejano amanecer, sino el verde llanero de los alrededores de la ciudad, y, más allá, la cordillera, símbolo cierto de la potencialidad de fuerza y desarrollo reservado al país.

Habían bastado unos cuantos meses de labor sin tregua para que al fin de ellos se viera sobre los andamios, abrazado á cada instante por la bandera, que hecha ola ó llama arrojaba sobre él vientos de cumbre.

He ahí en esos muros que mostraban al desnudo su piedra y su cal y hasta los cuales no había podido llegar la carcoma, la pillería y el mal contrato, he ahí su obra, de la cual se sentía apasionado, tan apasionado, que se entristecía ante la idea de dejar la escuela, salir y entregarla á otros.

Afirmó la cabeza en el asta de la bandera que, en sus arranques de *excelsior*, parecía querer asaltar de una vez la cima de esos montes, á los cuales la majestad de la tarde hacía más misteriosamente grandes.

El llano dejaba venir mugidos y ecos de campo y ruidos de ciudad, de gran ciudad, la ciudad.

Entretanto, monte y monterío se escondían en la sombra, dejando flotar — luces salvadas de la nave recién hundida — las estrellas y la luna que, buscando despojos, casi nunca deja de aparecer sobre lo que se oculta, tragado por la noche.

Llegaba la oscuridad y á pesar de las emociones de ese día en que veía terminada su primera obra, no sentía ni hambre ni fatiga. Quiso quedarse mirando la ciudad, templados sus nervios por la brisa fría que empezaba á correr.

Estaba contento porque era evidente que principiaba triunfando, imponiendo su honradez y sus puños. Pero después, cuando estuviera vida adentro ¿podría seguir con inflexibilidad sus ideas, imponiéndolas en medio de esa oscura concreción que salpicada de luces tenía ante sí? . . . Y la bandera, que el viento arrebatava de sus manos, se agitaba sobre él más briosa que nunca, azotando con chasquidos de látigo las sombras que querían atar ó entumecer sus alas.

La miraba :

— ¡ Se necesita luz para ver sus colores !

Y la bandera, después de plegarse, lanzaba con más fuerza hacia el infinito su aletazo vencedor.

La luz de la luna en creciente empezaba á iluminar el edificio, proyectando en mudo avance sobre la ciudad, las columnas todavía sin coronar del frontis dórico. Y la sombra que arrojada sobre los plintos proyectaban esas columnas, ¿no podría ser la túnica de Platón?

Se sentía con vocación de verdadero maestro, deseando quedarse en la escuela, tan honradamente construída, y no ser otra cosa que propagandista de sus propias ideas. . .

Olvidaba que esas ideas, que no encajaban en ningún programa vigente, todavía no podían ser enseñadas á todo el país — Continuaban siendo

calificadas de raras, acaso porque pretendían salir de una vez de la vida con resabios de Colonia y entrar á otra real, práctica, de asociación acumuladora de toda clase de buenas fuerzas y basada en el concepto que proceder mal es pésimo negocio y que lo más útil y humano es tratar de coordinar el bien propio con el de los demás.

La bandera pasaba de nuevo sobre él, dispersando con ruidos de tempestad sus temores. Ondeaba nerviosamente, siempre en demanda de aire que la irguiera.

León se levantó descubriéndose. Recordó en ese instante que su padre, según sus pocas noticias, había caído de bruces desde el arranque hacia el vacío de una construcción locamente atrevida... Su padre... ¿Había sido simplemente un enajenado, que construía sobre el abismo y que había soñado cruzar con una gran raza la sangre ya extinguida de Arauco? Dudas... Dudas que le daban derecho á creer que ese progenitor desconocido había sido capaz de seguir porfiadamente en pos de sus ideas, que, al fracasar, sólo dejaron escrita esa palabra, misteriosamente injusta, con que se entrega al desdén lo extemporáneo ó lo tardío : locura.

II

Concluída la escuela, León debía volver y volvió á la Dirección, metida en el riñón de la ciudad y siempre sitiada y asediada por una multitud que entraba, salía ó esperaba con las cejas y el ceño cargado de números. Una ola de gestiones y propuestas empezaba á agolparse á las puertas cerradas ó entreabiertas. Iban á emprenderse, según se decía, obras inmensas, colosales — con relación al país, naturalmente, — y de las cuales, una vez terminadas, no podía haber duda que saldría á borbotones el progreso. El Presupuesto se había inflado á más no poder, sudando salitre y cobre líquido, y del esfuerzo consiguiente á esta inflación empezarían á brotar rieles, puentes, túneles, muelles, diques, sueldazos y viajes inútiles.

Cómo no había de estar, pues, la Dirección atareadísima preparando las especificaciones del caso á fin de pedir luego las propuestas.

Un rumor de mercado á la hora de la compra ó de Bolsa en día de subida de valores llenaba el

edificio, removiendo de aquí para allá á toda esa innúmera legión de gente y gentuza que se agita y conmueve ante la aproximación de contratos grandes ó chicos : peleles al menudeo en su mayor parte, que escarban y mirotean, adivinando que no es precisamente ahí, donde ellos acampan de doce á cuatro de la tarde, donde se resuelven los asuntitos gordos y barrigones de que esperan pescar alguna de las muchas piltrafas de la res próxima á ser carneada y despellejada. Son pobladores de antesalas y vestíbulos que charlan con los porteros ó los zuchos y salivan copiosamente, mientras otros se preparan á encender y no soltar el gran, el magnífico cigarro... Forman la *chaucheria*, el ratoneo que rasguña en el adobe, el ladrillo, la piedra ó la cal; que encaja un palo carcomido donde debe colocar uno bueno y que, en definitiva, entrega algo que si es puente se lo lleva el río, que si es muelle, se lo lleva el mar, que si es edificio, se lo lleva el viento...

El negocio no puede ser más sencillo : el de arriba, hace el ojo gordo al que por estar más cerca de él lo mira y lo vigila; hace éste el ojo más gordo aún al que le sigue, y así, sucesivamente, sin una interrupción ni una solución de continuidad, hasta llegar al último, al último eslabón de la cadena fiscal...

León, reinstalado ya en su oficina, se quedó sorprendido al ver tanta langosta detenida en espera de que á flor de tierra apareciera el triguito tan tierno y verde de la cosecha por venir. Era, más ó menos, la misma gente que había rechazado á puño limpio de « su escuela ».

Volvía, pues, á toparse con la misma canalla ávida; la misma, pero en mayor número y hecha ejército. Llenaba de saliva, humo y murmullos todo el edificio, de alto á abajo.

El ingeniero se afirmó en el marco de su puerta para observar mejor. ¡ Era de no creer cómo había podido terminar sólidamente la gran escuela cuya silueta no podía ver desde esa Dirección, atestada, olor á basural humano y más concurrida que tienda en día de quemazón ó baratura. Examinaba atentamente, cuando le pareció divisar á cierto personaje que no le era del todo desconocido. Lo siguió con la vista entre la rumoreante aglomeración. Lo miraba también el desconocido de aspecto maleante é indeciso y los ojos, invenciblemente duros, de León se encontraron con los de ese tipete que parecía querer perderse y zabullirse entre el gentío. Evidentemente deseaba ocultarse en el piño fermentado por el calorcillo sofocante del mediodía, pero no tardó mucho en tranquilizarse por completo, y, en efecto, miró á su vez con insolencia,

como cayendo de súbito en la cuenta de que estaba en terreno propio. — Era el mismo contratista que había intentado varias veces que le aceptaran vigas de álamo, convenientemente disfrazadas de roble. León recordaba bien la escena y, sobre todo, la precaución que para hacer más viable la operación había tenido ese pillete, que de nuevo aparecía ahí gusaneando entre una concurrencia de compinches : la de hacerse acompañar, el día de la fracasada entrega de *madera falsificada*, de Champán, que ya era diputado y que, según dijo al llegar, quería visitar la escuela, presentada por la prensa de oposición como un modelo de construcciones fiscales. Había creído el contratista que comprendería León el alcance de ir acompañado de Champán al hacer su entrega de materiales repudiados. Lo comprendió, en efecto, pero como si nada le importara, después de examinar las maderas, dijo tranquilamente :

— Como es la tercera vez que hay que rechazar esto mismo, daré cuenta á la Dirección, pidiendo la rescisión del contrato.

Champán, se acercó diciendo con tono fríamente imparcial :

— ¿Le traen mal material, amigo Rield? ¿Qué le parece !

— Sí, señor, mal material.

El eminente hombre público, que se imponía por sí mismo de los negocios fiscales, se puso anteojos para examinar la madera objetada por el ingeniero.

El contratista, envalentonado ante esa manera de practicar la fiscalización, dijo que toda esa bulla por tan poca cosa no era sino para tomar materiales sin sujetarse á contrata.

Al oír esto, Champán rompió discretamente la neutralidad de que en ese instante era muy conspicuo representante :

— La ley manda otra cosa, si no me equivoco. . .

— No, señor — interrumpió León, — aquí no se tomará material alguno que no haya sido aceptado, previa licitación pública.

El honorable señor se acomodó los anteojos, que ya eran de oro. Sacó el reloj, miró la hora y, sin que nadie se lo preguntara, murmuró muy por lo bajo :

— Á las tres, sesión, y como ya he tenido el agrado de ver esto, será hasta otra vez.

Por lo demás, parece un hecho que mientras veía la hora, recordó, tal vez por recordar algo, que él había visto gastar á León unas fuerzas que en el colegio constituían un peligro general. . .

— Muy bien — dijo al ponerse en marcha.

— ¿Muy bien, qué?

— La escuela. . . ¿Y cuándo estará concluída?

— Nunca, si quiere imponerse la aceptación de materiales... electorales.

Champán guardó los anteojos que, parece innecesario repetirlo, eran de oro y tenían larga cadena oscilante del mismo metal.

Sin volver á meter su cuchara, se alejaba pensando :

— Este continúa siendo aquel mismo animal capaz de desarmar un cristiano de un puñetazo... Genio y figura...

Días después, á propósito de obras públicas y, eso sí, sin nombrar persona, Champán habló en términos generales, de ciertos ingenieros que, á fin de comprar materiales en plaza, rechazaban violentamente las propuestas aceptadas en licitación pública.

— Caso bien calificado — había dicho, — aunque por fortuna no muy frecuente, señor Presidente, de moralidad ficticia sobre la cual me permito por el momento llamar la atención del Ministro y del Gobierno.

He ahí, pues, á Champán en plena labor depurativa, tanto más eficaz, cuanto que á la sazón apoyaba un ministerio que vivía á Dios y misericordia.

Al leer eso de « la moralidad ficticia » en las reseñas legislativas publicadas por la prensa, León les pidió á algunas personas serias del Con-

greso que tuvieran á bien visitar la escuela. Accedieron éstas y como ahí todo se podía ver, todo, en efecto, fué visto : presupuestos, cuentas, planos y materiales.

Así llegó de rebote á la Dirección la noticia asombrosa de que no había peligro de que la escuela se viniera abajo ó se la llevara el viento. Al contrario; ¡ qué solidez, debida al examen casi atómico á que habían sido sometidos los materiales empleados en la construcción ! Positivamente, « el tipito » iba camino de hacerse célebre, con esa celebridad silenciosa que nace y crece sin ruidos, celebridad de hechos ya consumados y no de proyectos á medio esbozar. Uno de los visitantes, un viejo senador que se mantenía extraño por completo al galimatías político de aquellos días, habló de la escuela, citándola como un buen ejemplo para los intereses fiscales. Y como aun en las épocas de mayor pesimismo, crece robusta en ciertos temperamentos la firmeza, terminada esa primera obra, León salió de ella, aferrado como siempre á sus ideas, basadas en que, para triunfar, basta proceder bien.

Las facilidades de su victoria le hacían olvidar que hay situaciones en que el éxito está preparado por el ambiente, sembrado de protestas que son el primer síntoma ó germen de que se aproxima la evolución hacia el bien.

Á pesar, sin embargo, de esa primera victoria, se encontraba de nuevo acorralado en la Dirección y en esa atmósfera de oficina que limitaba su acción.

Para él eso no era más que un rincón que lo estrechaba, que no podría convertir en trinchera, y en el cual tampoco encontrar á donde izar su bandera.

Como en el clarear indeciso de sus mañanas de estudiante, de nuevo doblaba sus brazos caupolicanescos, buscando algo que levantar ó derribar. Echaba de menos « su escuela » con sus obreros-alumnos; sus muros de piedra desnuda y sus columnas tan sencillas que parecía que iban á avanzar sobre la ciudad.

Necesitaba una obra, algo rudo y difícil en que emplear esa vida fría, imperturbable y en la cual no aparecía otra pasión que un amor de fanático por una escuela levantada piedra á piedra y á la cual le había abierto primero cimientos profundos y colocado finalmente, de pie sobre el tímpano del frontis, doblando su arco y próximo á estrellar en la ciudad misma su actitud de lucha, aquel Caupolicán de bronce, símbolo de la raza, esculpido por el viejo artista que para el crepúsculo de sus años ha ido á buscar allá en suelo clásico las abejas de oro del Renacimiento.

Aprendiendo á construir, ¿no había aprendido

también á destruir construyendo? ¿Cómo podía, pues, quedarse maniatado en ese cuartucho oficioso donde de tal manera era exacto que no tenía campo de acción, que hasta él llegaban las miradas de los pilletes y el hedor de esa gente de uña que en busca de pitanza por ahí andaba piltrafeando?

Seguía afirmado en la puerta de su oficina, mientras el contratista de marras hablaba cada vez más recio, queriendo demostrar con lo que decía que estaba, naturalmente, enterado como pocos de cuanto en materia de gestiones y contratos pasaba. Era efectivo, por lo demás, que no faltaba quien le indicara, es claro que desinteresadamente, la forma en que debía presentar sus propuestas, que solían ser las más baratas y á primera vista las más ventajosas para el Fisco. . . Ave de poco vuelo, no picaba muy alto ni muy en grande, limitándose á hacer contratos, no de toda una obra, sino de una parte ó detalle. Y como, á Dios gracias, no era frecuente que anduviese topándose con tipos como León, los negocios no iban mal del todo. Al contrario, menudeaban de lo lindo, aunque, según se decía, las visitas de cierto diputado el día de entrega de materiales, le iban costando al pobre cada vez más caras, y eso que se había pescado á Champán cuando todavía era cosa baratita que se contentaba con comilonas á puerta cerrada, por ahí, en cualquier

parte. ¡ Qué apuro tenía « Champañita » por conocer el mercado femenino de aquel tiempo ! Desgraciadamente, « Champañita », iba alzándose cada vez más. Es que « el niño » prosperaba en regla, y empezaba á abandonar á los descubridores de su talento. Ya no se le veía más que en compañía de « peces gordos », de esos que no merodean por las costas, sino donde se pesca en grande. Nada más difícil ya que hacerle aceptar una encerrona en los comedorcitos *huelenianos*, testigos de tanta transacción mano á mano, sin notario ni papel sellado. ¡ Y para qué pretender como antes, que se hiciera el encontradizo con algún contratista al entregar éste su material ! No se ocupaba de esas cosas y metido, según decía, de cabeza, en las comisiones, casi no tenía tiempo para atender debidamente las altas exigencias del servicio público. Estaba resuelto á ser cada vez más cauto y discreto, — cosa que no era muy difícil que aprendiera de la gente tan encofetada con que andaba. Además, en los diarios era un hablar tan sin descanso de los diputados con gestiones y del Ejecutivo maniatado por el Congreso, que toda cautela era poca.

¿ Querían esos papeles que cuanto antes llegara el día en que no se pudiera hacer ningún negocio ? Á causa de tales prédicas, « Champañita » se había pasado á otros señores que hacían sus cosas admi-

rablemente bien. Y con qué distinción y so p etexto de irse al campo, se pegaban cada encerrona fenomenal, precisamente cuando decían « descanso » los carteles del Municipal... « Champañita » se iba convirtiendo en « Champañazo ».

— ¡Quién te vió y quién te ve! — repensaba el contratista al menudeo.

Era de ver, en efecto, el trabajo que iba costando pillar á Champán : en la casa no paraba, y en el Club, sólo ciertos y determinados cocheros tenían el privilegio de hacer llegar de cuando en cuando hasta él una que otra cartita de esas en las cuales la letra, al desviarse de la recta, va á dar de un ángulo al otro del sobre...

Aunque ya alejado de su antiguo compinche, algo había oído sin embargo, el contratista, de las grandes propuestas en estudio. Algo, un poquito que, naturalmente, contaba al revés á sus oyentes para ver si podía desorientarlos.

No tardó en cambiar de conversación :

— « Miren aquel ». Es el tal Rield. Eso sí, conmigo que no se meta.

León se notaba observado por esa canalla, que sin duda sabía ya que con el ingenierote pocas bromas.

Según la chusma, no había pícaro más grande.

— Y si no ¿por qué anda siempre solo?...

— Así será la que tiene escondida... ¡Conozco á estos pájaros!

Y lo más incomprensible para esa gente, era que « los papeles » hubieran dado en la flor de ponerlo en los cuernos de la luna.

¿De dónde habrá salido este? — dijo alguien en alta voz.

León miraba frente á frente la enorme pandilla de merodeadores de toda especie y husmeadores de la plata, pero no hecha á fuerza de honradez y de carácter, sino pescada á garra, á zarpazos y manotadas.

¡Si el candidato aquel hubiera logrado entregarle el país á esa gente!

— Llega ya — meditaba León — llega ya hasta esa mugre social la idea de que no es progreso el que representa un Franklin, sencillo y bonachón, ó un Cincinato, que se aleja del Foro para perderse entre las espigas coronadas de grano.

Recordaba sus ideas, de nuevo estancadas en ese cuartucho asfixiante hasta el cual llegaba, en oleadas pestilentes, el aliento de ese tropel que se removía, avanzando y reculando, hecho marejada que iba y venía sobre un patio lleno de colillas, salivazos y risotadas de canalla de parroquia ó cancha de gallos.

El ingeniero se quedó aplastadamente silencioso

y con la vista caída. — Le faltaba el viento aquel de la bandera inaugural de los andamios.

El ruido creció de repente con carcajadas y tambores de reunión al aire libre. Subía, agrandándose, para descender en seguida con silencio de bebedores que toman resuello.

León seguía meditando :

— En último término, es entre manos con hue-
llas de restaurant ó de burdel donde viene á quedar
esterilizado una buena parte del esfuerzo económico
del país... ¿Y cómo hacer comprender á esa gente
de vericuetos electorales, que si la langosta llega á
talar el trigal, será ella misma la castigada por su
demasiada voracidad?... Sufrimos — continuaba
el silencioso monólogo del patriota, — la falta de
medio siglo de educación.

El rumor se alzaba de nuevo, creciendo en inten-
sidad y persistencia. Era el mismo ruido de ola
barrendera que arrastra desperdicios; ruido de
tahures que alzan el naípe ó de gallinazos que
agitan las alas.

Vale la pena observar un poco ese cuadro : pes-
cuezos que se estiran, sombreros que se levantan y
manos que quieren juntarse, haciendo la parodia
venal del aplauso... ¿Pero qué era ó qué podía
significar esa ansiedad repentina? La multitud
abría calle, mostrando de mil maneras el homenaje

halagador de la curiosidad. Los porteros desaparecían tras las puertas, como si tuvieran orden de correr, llevándose por delante muebles y mamearas, á la aproximación de alguno de los « peces gordos » de aquel entonces.

El sol, adrede seguramente — ¡ qué duda cabe ! — hacía más intenso su tinte de estío y colábase á través de todos los vidrios. Las mismas moscas, impuestas del suceso, aprovechaban á sus anchas la ocasión para hacer su agosto en esas caras no siempre bien afeitadas y que llenaban el recinto con alientos de baratillo y de mercado central. Entre la alternativa de murmullos y silencios, pasaban los segundos y los minutos, aumentando en vez de disminuir la expectativa general. Los porteros habían vuelto á sus puestos ; cesaba el ruido de tazas que escapábase por las puertas entreabiertas ; sobrenadaba el zumbido plebeyo de algún bostezo de siesta y repiqueteaban en una y otra oficina los timbres eléctricos, llamando á cada cual á su puesto.

— ¿ Pero quién diablos puede ser el que llega ?

Apareció en ese instante Champán y cientos de sonrisas y sombreros cruzaron su paso, haciéndole comprender la forma robusta en que crecía, augurando convertirse en río, con buena pesca, la espumante popularidad de su nombre y sus derivados

en creciente : Champán, « Champañita », « Champañazo »...

¡ Ah ! ya recordaba mejor León : era ese el día señalado para que los diversos contratistas se impusieran de las bases y especificaciones de las propuestas para la construcción de un trasandino.

Seguía sonriente, llevándose la mano á la cadenilla de los anteojos de oro bien aquilatado. — Claro se veía que era la notoriedad misma la que pasaba, meneando la cadenita, especie de culebrilla decapitada, que alternativamente saltaba de la flor del ojal á la seda de las vueltas. Acortó el paso para dilatar más la satisfacción de ese momento de popularidad. Hubiera querido detenerse, so pretexto de reconocer á alguien, pero recordó á tiempo que ya no estaba en situación de andarse parando á cada paso y siguió, llevándose una vez más la mano á la susodicha cadenilla, que por una coquetería muy explicable en un hombre que empezaba á refinarse apresuradamente, conservaba suelta de un extremo, dando brinquitos alrededor de la flor del ojal.

Por muy bruta que fuera esa gente, no por eso habría dejado de ver en los diarios su último discurso, publicado íntegro, á tanto la columna, y en el cual entraba con todo el cuerpo á uno de esos temas en que, además de verse al orador, aparecía el

publicista al pie de cuyo nombre, en obra ya próxima, iba á poner un rosario de títulos : miembro de la Sociedad de Derecho y Jurisprudencia de... ; de la Academia de la Historia de... ; del Colegio de Abogados de... ; del Club de... ; Correspondiente de... y, además, Honorario de...

Con su último discurso, salpicado y mechado con una serie de alusiones encubiertas y que no podían enojar de veras al Presidente, quedaba ya muy en puerta para la crisis ministerial medio gui-sada.

Pasó por fin ó, más bien dicho, desapareció tras una puerta.

— ¡ Qué gallito ! — decían unos.

— Y parece que no quebrará un huevo...

Mas, á juzgar por las apariencias, no era solamente la presencia de Champán lo que con movimientos de curiosidad agitaba el compacto gentío. Se esperaba seguramente la aparición de otras notabilidades.

La puerta, pintada con un blanco muy puro y tras la cual había desaparecido como dando un saltito el diputado, continuó abriéndose y cerrándose, convertida en tragadero. ¡ Qué hervidero de personajes habría adentro, alrededor de eso de las propuestas ! Aquello debía ser el arca santa, naturalmente, y como para que nada faltara, en busca

de informaciones, acababa de colarse un escuadrón de periodistas.

Apareció otro señor que al punto despertó más curiosidad que el mismo Champán y que, deslizándose á tranquitos y sonrisitas, sin hacerse sentir y como agachándose para que no lo vieran, desapareció también tragado por una rendija de la puerta blanca que apenas tuvo que abrirse. Esta vez fué León quien levantó la cabeza, quedándose sorprendido : acababa de reconocer á uno de esos señores que, dos años antes, se habían dirigido á él una noche á la salida de aquella sesión del Consejo, en la cual objetó el local en que iba á construirse la escuela que acababa de encomendársele. — Positivamente, era uno de esos caballeros que, envueltos por completo en la negrura de la noche, habían empezado diciéndole que se presentaban ellos mismos porque « no habían tenido la satisfacción de hallar quien los presentara ». Y en seguida y sin más tapujos, le habían pedido « una entrevista en la cual le darían los datos necesarios para desvanecer todas sus dudas ». Los recordaba muy bien : se limitaban á pedir un examen atento de lo que ofrecían en venta. — Lo que ustedes ofrecen, les había interrumpido León, es... un intento de defraudación fiscal. Y al replicarle que esa afirmación, tan así no más era una infamia, cayó sobre

ellos, arrojándolos á la cuneta llena de barro y mugre.

¡Ni más ni menos! El que acababa de entrar era el mismo personaje sonriente que no andaba sino que se deslizaba y al cual, él, León II Rield, había abofeteado en la cara. Y ahora se colaba de nuevo por esa misma puerta blanca, cueva ó herida que daba paso á la multitud atrofiante, mezcla de lo bueno y de lo descompuesto, que pululaba por todas partes.

Cómo estarían en esos mismos momentos, tironeando y forcejeando, para quedarse con la construcción de la gran obra, que León hubiera querido ejecutar como ejecutó la escuela construída en un extremo de la ciudad, en el corazón del arrabal en bruto y al cual llegaría á dominar. Sabía perfectamente cuál era de todas las propuestas presentadas la que, llena de honradez, arribaba á la licitación, marcada por la tenacidad heroica de una lucha de muchos años que no había conseguido vencer el intento de lanzar, á través de la roca y la distancia, un tren que envuelto en banderas llegara á unir dos mares y dos pueblos de historia nueva, pero de porvenir enorme.

Conocía desde mucho tiempo ha esa propuesta singular.

¿No había en ella, en ese espíritu generoso y persistente, llevado tantas veces ante el pretorio

pilatuno del egoísmo y ante el tribunal de la ceguera tradicional convertida en juez ¿no había cierto parecido remoto con los sueños quiméricos de su padre, el « aventurero »?

En efecto, creía encontrar entre ambos proyectos cierta vaga similitud que le incitaba á no permanecer impasible ante el naufragio de ese antiguo trasandino que de nuevo resurgía pidiendo una simple garantía.

¿Pero cómo podía defender él ese proyecto, si ni siquiera su opinión se le había pedido? ¡Qué podría, pues, hacer ni de qué servirían en esa ocasión sus ímpetus anónimos é impotentes ante esa multitud que durante largo rato se había entretenido en observar!

Cierto era que una buena parte de la prensa continuaba aplaudiendo su escuela, terminada dejando un sobrante de la suma votada para su construcción. Cierto era también que aquel viejo senador, representación de los mejores tiempos de la República, señaló esa obra como un modelo digno de no ser olvidado. Algunos diarios habían llegado á llamarlo reconstructor, dando á esa palabra una intención honda y general. Pero ¡de qué le servía todo esto para echar abajo esa puerta blanca que tenía ahí á unos cuantos pasos y tras la cual estarían discutiendo los « peces gordos »!

Era el momento de ponerse resueltamente del lado de los que, por primera vez, habían intentado la idea, sin abandonarla más, de traspasar de parte á parte la gran cordillera. ¡ Pero cómo empezar una lucha tan noble sin echar antes á los carretones del aseo municipal á una buena parte de esos señores que, poco menos que ovacionados por la canalla, habían ido metiéndose por la puertecilla blanca, especie de esclusa ó espuerta !

No había nacido para desaparecer y sumergirse bajo el título numerado como un nicho de cementerio, de un ítem de presupuesto. Al contrario, se creía armado para la lucha en grande y se irritaba con no poder barrer de una vez esa morralla que se pega á morir, con dientes y muelas, á los fondos de todo barco lento ó que no ande. Llegaba á sentir ímpetus de revolucionario, pero se contenía al punto, pensando casi en alta voz que los trastornos son casi siempre locuras de criminalología política, que nada aceleran, que todo lo disgregan y que en cambio retardan ó deshacen toda evolución normal.

Eran ya las seis, y como la reunión — y eso que sólo era preparatoria — no terminaba, pensó en dejar por ese día su oficina. Podía irse tranquilo, porque esta vez nadie necesitaba su opinión.

Nunca halló más desalentada y triste que esa tarde la luz infecunda y sin fuerzas del crepúsculo.

Antes de salir, juntó la puerta de su oficina mientras ponía en orden sus papeles. — Estaba ocupado en esa operación, cuando oyó que alguien decía riéndose desde la boca-llave :

— Para otra vez, un pildorazo en la nuca...

Abrió de un salto, pero no vió á nadie, como si la sonriente advertencia que acababa de oír no hubiera sido la voz de una sola persona, sino la de todos los que en aquella época se creían defraudados si no se admitía como legítimo el álamo disfrazado de pino...

Se cruzó de brazos contentándose con mirar fijamente porque comprendía que le sería inútil descubrir al que acababa de hacerle una advertencia tan significativa. ¡Y para qué descubrirlo, si era evidente que lo que había oído equivalía á la promesa de toda la turba amenazada por su honradez!

Sus ojos de acero se encontraron con los de algunos que también lo miraban á pie firme y de igual á igual. Volviendo la espalda, entró de nuevo en su oficina de donde salió luego, como si nada hubiera pasado. Al alejarse, sintió carcajadas : creían haberlo aterrorizado.

La calle, caldeada aún por el sol tan fuerte de esa tarde, estaba casi sola, perdida ya la atareada agitación administrativa que la llena durante una buena parte del día

Pasó frente á la Moneda, soporíferamente tranquila con su color fastidiosamente indefinido y sus centinelas enguantados que, sable en mano, se pasean indiferentes... Portales, muy envuelto en su amplia capa, capaz de cubrir una montaña, seguía mostrando, desde lo alto de su severo pedestal, los proyectos que pasa á las generaciones venidas tras él...

¡ Qué tranquilo ese viejo palacio en que, por última vez, tembló el casacón bordado por mano de monja ó beata, de Marcó del Pont, y en que, á su vez, entraron resonando y cubiertas con el polvo de Chacabuco, las espuelas de O'Higgins !

Estatua y centinela se quedaban solos y — como si no hubiera sido el sol el encargado de indicar que poco á poco llegaría con buena fresca la noche, dejando á oscuras ó pestañeando la plazoleta — el reloj, personaje de todo relato largo ó corto, el reloj del cuartel dió la media.

Descubría León, aunque sin poderlas definir, las saturaciones de pasado, que, invenciblemente, conserva esa plazoleta. Los gritos chillones de los vendedores de [diarios, resonaban de paso en el silencio.

— Veamos qué dicen — se dijo.

Sentía una gran simpatía por aquellas de esas hojas en las cuales descubría intentos de progreso é

ímpetus de independencia y fiscalización, así es que le dolía no ver en ellas un programa integral que un poco alejado de los partidos militantes en ese momento, sirviera solo al país.

¡ Cuánto bien podrían hacer el día en que se juntaran en un solo esfuerzo, unificándose alrededor de ciertas propagandas sobre las cuales no comprendía cómo no estaban ya de acuerdo !

Seguía divagando con los diarios bajo el brazo.

Volvió sobre sus pasos y encaminándose de nuevo á la Alameda, fué á dar al mismo banco, más ó menos. en que, años atrás, se había sentado con el profesor aquel á quien aún en sus recuerdos seguía llamando « maestro ». Conservaba con ese afecto filial que suele ser frecuente en los que no han tenido padres, todas las ideas del profesor.

Las mantenía íntegramente grabadas en la memoria.

— Pero, al fin de cuentas — pensó, — ¿qué he hecho para llevarlas á la práctica?

Y el desaliento, tan frecuente en los años de impaciencia que amargan y dejan sin juventud tantas vidas, nublaba el azul de su espíritu. Le parecía que los años corrían alados y sin sentir yéndosele de entre las manos como las hojas del calendario que aunque quieran ser detenidas no tardan en escaparse.

Y si nada considerable podía hacer ¿para qué seguía buscando el amor imposible de esas ideas, constitutivas de la ambición, y que aun no podía mover, acaso porque estaban á un nivel más alto que él?

En ese mismo banco de piedra, á que de nuevo llegaba falto de acción, había oído por última vez la palabra, enmudecida para siempre, del maestro que le había dicho : « Escuchemos », mientras del corazón de la montaña, brotaba la tormenta, alumbrando con luminosidades de pleno día el trazado caótico de los montes que se elevaban, perdiéndose en la negrura terrosa del cielo. —« Escuchemos » — había insistido el maestro, observando el rayo que parecía mirar antes de herir al monte negro é imperforado.

Cómo olvidar esas palabras que con huella tan profunda habían marcado su alma :

— Apresuremos la reconstrucción educacional de este país cuyo pasado resuena como la tormenta que en cada cumbre va encendiendo teas... en cuyo pasado hay tantos sacrificios hermosos, y cuya situación en medio de los futuros caminos del mundo le reserva un rol trascendental...

Y el maestro había repetido una vez más su frase de pedestal :

— Apresuremos la reconstrucción porque cual-

quiera gran evolución, sólo necesita pocos años para operarse.

Empezó después León, sin gran interés, la lectura de los diarios que acababa de comprar; mas su aparente inmutabilidad no tardó mucho en desaparecer: su nombre volvía á campear ahí en forma de que no se creía merecedor. Declaraba uno de esos diarios que desde ese día no cesaría de exigir en todos los tonos que las propuestas que muy luego serían resueltas, fueran minuciosamente informadas por el constructor de aquella escuela modelo, que constituía un ejemplo, no sólo en materia de edificación sino de moral. El inusitado artículo terminaba declarando que el dictamen del profesional aludido sería una garantía de honradez en la cual podría descansar la confianza de la gente seria, es decir, ajena al sin número de intereses que remueve la construcción de grandes obras.

Abrió otro periódico, al cual se le atribuía una gran veracidad en sus informaciones; periódico que no siempre daba en el blanco, pero que, por lo menos, frecuentemente andaba muy cerca. Ese día, anunciaba por medio de un titulito, endiabladamente escogido,

« *Un viaje significativo* »...

y agregaba á renglón seguido que, según se decía

con apariencias de verdad, « el señor León II Rield, constructor del mejor de los edificios hechos en los últimos años, sería « sacado » de la Dirección y enviado á Europa á estudiar puentes y ferrocarriles. Como la Dirección — agregaba el inocente parrafín — prepara actualmente las especificaciones para el trasandino, es muy natural que se crea que es el momento más oportuno para mandar fuera del país al Señor Rield ».

León se rió. No sabía nada de ese presunto viaje en que no pensaba, y que, por otra parte, jamás se le había propuesto.

— ¿Estudio de ferrocarriles cuando, precisamente, se trata de construirlos?... Pues bien — agregó — he tomado mi resolución.

III

Fué aquella, la primera fiesta camachuna, dada por Champán casado.

Flores caídas aquí y allá, marchitas ó pisoteadas, aventadas de alto á abajo y que medio cubrían la escala con su pétalos quebrados y magullados,

traspasaban los dinteles de las mamparas y llegaban hasta la calle, hasta la acera misma, huyendo de esa habitación á que habían entrado el día antes frescas, perfumadas, recién salidas del rocío matinal, formando guirnaldas y festones.

Espíritus observadores de detalles, que á nadie interesan, no habrían tardado en darse cuenta — al ver el silencio y la quietud de aquella casa, que parecía recién abandonada después de la fiesta — que ahí se había celebrado algo grande y gordo la noche antes.

La puerta, estilo arte nuevo, apenas entreabierta — ¿esperaría á alguien? — dejaba ver la mampara cuyos vidrios combinaban patrióticamente los colores nacionales.

Contrastando con la claridad espléndida de aquel día de primavera, entretejida de sol y flores de durazno, una luz muy leve pestañeaba con cansancio de trasnochada dentro del globo de cristal deslustrado y de cuyas abrazaderas de bronce pendían como cabezas recién mechoneadas, florones de todas clases y colores. En una puerta muy barnizada, destacábase en reluciente plancha profesional el nombre ya popular del dueño de casa : Champán.

Tan brillante era esa plancha, que los que entraban ó salían, podían disfrutar del goce fugaz de mirarse al pasar.

Esa mampara y esa luz encendida en pleno día; esa puerta apenas entreabierta, deseosa de que el que llegara no tuviera que detenerse ni á golpear ni á destorcer la llave y esas mismas flores esparcidas, atascadas hasta obstruir el paso, todo parecía indicar la salida reciente de algún féretro chorreando guirnaldas y coronas. Tan grande era el silencio en que manteníase hasta las once del día, ya cercanas las doce, la suntuosa morada « del señor ».

¡ Qué aspecto habían tomado esos restos de fiesta, despojos ambulantes de que tendría que encargarse la escoba, guirnaldas desgredñadas y muertas de sueño y de fatiga prendidas en la balaustrada imitando mármol, obsequio del contratista aquel aficionado á pasar gato por liebre y álamo por pino !

¡ Triste cosa, santo Dios, la alegría que se va !

Según el acreditado dictamen pericial de algunos muchachos de la calle que de tiempo en tiempo venía á corretear el policial de facción en aquella cuadra, á media escalera, veíase un muslo de pavo que todavía ostentaba los dibujos que á modo de azucarado tatuaje de su postrera *toilette*, le habían hecho donde el confitero. — No hay acuerdo unánime respecto de este punto ni sobre él emitió su fallo soberano el viejo guardián que de rato en rato llegaba á olfatear y á asomar la cara por entre las rejas doradas de la casa del señor Champán.

En cambio, parece existir constancia ineludible de que invadía todo un olor de comedor de buque mercante; olor pegajoso, insoportable, adherido heroicamente á muebles, cuadros y colgaduras, que esparcía un ambiente imposible de expulsar y que llegaba á ser atroz al combinarse, en hora muy fatal por cierto, con las emanaciones de Houbigant con que la señora de Champán, siempre distinguida, había rociado oportunamente las colgaduras. Aquello era terrible, matador y no es raro que hastiado con semejante atmósfera, emprendiera la retirada el muslo de pavo, escapado á deshoras del comedor hacia la escala en la cual lo detenía la mirada amorosa del policial de facción...

— ¡La fiesta del señor Champán! — decían en medio de un grupo de niñas que regresaban del centro, vecinas de ese barrio apacible, como todos los de Santiago, y á cada instante advertido de las horas por la voz de bajo de zarzuela del reloj parroquial.

— ¡El Señor Champán! — repetían con impertinencia las muchachas, volviendo la cabeza para mirar el ya silencioso « palacete » como lo llamaba su dueño ó arrendatario, — punto que no estaba bien en claro.

Al pasar, se taparon las narices con los libritos de misa y se alejaron haciendo aspavientos de veci-

nitás distinguidas y reparonas que no concurren á fiestas de vecino cursi :

— ¡Qué divertido ! ¡ Y qué olor, niña !

— Á pavo rociado con agua de Colonia.

En el magnífico vestíbulo de la casa del Señor Champán se escuchó en ese instante un ruido levísimo, especie de crujido de finado que, para estar mas cómodo, se arregla bien dentro de su cajón. . . ¡ Misterio !

El hecho es que hasta las mismas flores se enjaquecaban, no á causa de estar tan lejos « de las aves y del viento », sino de ese maldito olor á viandas y á pavo — coronado de laureles como un héroe, — que se mezclaba con el Houbigant con que « madame » había tenido el exquisito buen tono de rociar los muebles y los tapices.

El ruido volvió á percibirse en lo alto, tras el repiqueteo intermitente del timbre eléctrico, y casi inmediatamente después, entre las colgaduras de seda, envolviéndose con ellas para no dejar ver más que una cara de náufrago desesperado de su suerte, asomó una fisonomía, en la cual había hecho estragos la trashedada en la cual se ostentaba ya derrumbado — al parecer para siempre — el gran *duomo* central del moño ; en la cual los ojos abríanse á medio encandilar y en la cual, finalmente, la palidez mortal de la jaqueca, aparecía de lleno en

los espacios que en la fisonomía de la buena mozona iba dejando en limpio el pintarrajeo de la noche anterior.

— Francisco, santísimo Dios... ¿No hay nadie en casa?...

Era la señora de Champán que, asaltada por una jaqueca feroz, salía en demanda de un cargamento de antipirina con que combatirla.

— Volando á la botica...

Cuando Francisco salió á la calle, camino de la droguería más próxima, encontró en la puerta un verdadero comité de gente menuda en que por cierto no brillaban por su ausencia sirvientas y llaveras de vecinas ganosas de pescar algo que contar cuando la señora — enemiga por cierto de chismes y anécdotas de barrio — escucha, sin preguntar, la « vida social » de último patio en que el análisis psicológico y la disección anatómica se hacen con cuchillo y tenedor de cocina.

Eran conocidos, así es que Francisco les dió los buenos días con tono habitual. Se sonreía y, con la íntima satisfacción de quien sabe que es envidiado, empezó á quejarse de lo poco ó nada que había dormido :

— ¡ No hace mucho que esto se ha acabado !

Bostezaba, estirándose, de pie en medio de ese grupo bastante semejante al que siempre queda

tras el entierro que se aleja ó la fiesta que sale.

— El patrón no ha dado nada más grande, — dijo Francisco que, aunque no podía catar muy bien la asistencia, podía en cambio testificar la abundancia.

Sobre todo este detalle, no encontraba cómo ponderarlo. Mas halló por fin la manera de explicarse bien :

— Con decir que se trajo de todo, como si en vez de una boca cada convidado llevara dos...

¿Aludía con esa afirmación tan categórica y superabundante al muslo que todavía descansaba intacto en la escalera?

La concurrencia escuchaba en silencio, achunchada ó poco menos con tan formidable gacetilla :

— Hasta las cuatro — prosiguió con tono de general que delante del estado mayor da cuenta del número de bajas, — se habían tomado más de cien botellas de « Champán ».

Deseaba el pinche seguir contando más detalles de la estupenda francachela que había puesto en conmoción hasta á los parientes *fuera de circulación* de los esposos Champán, tipetes que intentaban en vano disfrutar con más frecuencia de aquel parentesco de ropero y despensa llena. ¡ Malditos parientes, que siempre molestan á las notabilidades que empiezan y que á Champán, por ejemplo, solían

presentársele cuando departía sobre cosas importantísimas con alguno de los miembros más copetudos de los « partidos afines », como él decía tirándose sobre el hombro la cadenilla que, como se recordará, era de oro muy macizo.

— El patrón va á echar la fiesta al diario y « ¡ ay ! » verán todo — terminó Francisco, sospechando que alguno de sus oyentes pudiera poner en duda la imparcialidad de sus informaciones culinarias. — Empezaba por aquel entonces la moda de zampar en letras de molde una nómina diaria del apetito ajeno, así es que Champán tomó oportunamente la medida de invitar gente de diario que publicara con detalles, cual suceso « con muertos y heridos », su « *dîner parlementaire* », seguido de « *soirée-dansante* »...

Pasaban en ese momento dos señores que al enfrentar la casa, miraron al interior y prosiguieron su camino echando un cuarto á espadas sobre hombres y cosas de actualidad.

— Como que el señor este ha estado de fiesta.

— Champán... Champán, — contestó uno, campaneando la palabra : — parece cosa de licor falsificado, cosa de beber...

— Y también de comer... Por el momento es guiso político del *menu* de la mayoría.

— ¿Y de dónde viene?

— Adónde va, pregunte usted... Es un personaje sintético y representativo — afirmó uno de los interlocutores, pedantón algo sabido que espolvoreaba á todo lo que decía un surtido completo de peros y distingos.

Y continuó, como buen aficionado á *sociologizar* :

— Este Champán es un tipo á quien usted se servirá encontrar con frecuencia...

— Líbreme Dios.

— Á quien usted encontrará con frecuencia en toda sociedad nueva...

— Ó vieja — agregó el que no parecía muy dispuesto á tomar las cosas en serio.

— Empujón por aquí, empujón por allá... ¡Curioso tipo !

— Discurseando aquí y perorando allá, llegó á la Cámara, y en los Tribunales no crea usted que es fácil encontrar un recursista como él.

— Es el diablo en persona, sí, sí, pero huele á pastelito.

— En política, candidato de Champán es candidato seguro...

— ¿Seguro de qué?

— De asegurarse...

Ambos *peladores*, aunque pertenecientes á muy diversas escuelas de pelambre, cordialmente entregados á *su sport*, se solían detener para otorgarse

en una forma más halagadora el homenaje de su atención.

— Champán... « Champañita » ¿no es así?

— Sí, sí, como usted dice, es algo peculiar, sintético y que empieza á llegar á la parte... representativa de su programa. ¿Pero sabe usted que sólo ahora vengo á acordarme de que anoche estuve en la fiesta de este buen señor?... ¿Cómo dice usted que se llama? Ah, si... Champán, Champañazo.

— Eso — repitieron despidiéndose, — Champañazo.

IV

Acababa León de llegar á su oficina cuando entró el Director :

— No le extrañe mi visita, que todavía puede ser oportuna.

Y la sorpresa silenciosa del visitado no fué menor al ver que la visita se apresuraba á cerrar. Le estrechó ambas manos, pero no como quien concede el favor inestimable de una manifestación afectuosa, sino como quien busca agobiado el calor de una mano realmente amiga.

No habría sido fácil encontrar un tipo más de oficina que el pobre Director.

Se quedó de pie ante la mesa.

Su tristeza y su cansancio, sus gafas y sus bostezos, le acercaban remotamente al tipo ya extinguido de los notarios de antaño. Los años — que ya eran algunos, — principiaban á diseñar esos hilitos blancos con que juegan los sobrinos y que poco á poco van escribiendo en el pergamino arrugado de la cara la próxima solicitud de jubilación con sueldo íntegro. Caminando á tranquitos, apuntalando y remendando edificios, á poquitos y á pocones, se había ido alzaprimando en la escala administrativa hasta verse, como suele suceder con frecuencia, en lo más alto, pero no en lo más seguro del presupuesto. La verdad, dicho sea en su abono, es que « Usía » trepó á tan empingorotada jerarquía llevado sin sentir de puesto á puesto por los años que cargaba. Llegó, pues, á la Dirección sin sospechar que día habría de venir en que la mansa oficina de otro tiempo íbase á ver de repente llena de obreros y contratos. Aquí estoy, dijo, y aquí me quedo... Y ahí, en efecto, lo dejaron á modo de guardapelo antiguo en cadena nueva, porque, eso sí, además de ser honrado á carta cabal, no existía ningún cuidado de que anduviera armando pelotera ó dejándose reportear por cualquier pelafus-

tán. Con estarse, por lo demás, á lo que decía el Consejo. Así lo hacía y, sin embargo, « los papeles », como llamaba á los diarios, andaban haciéndole á cada nada unas zalagardas fenomenales y repitiéndole que lo mejor que podía hacer era irse de una vez. . . . Lo que equivalía á decirle algo así como armatoste, ¿no es verdad? ¡Y cosa curiosa! Era el Honorable Consejo el que no quería deshacerse de esa reliquia tan útil y cuyo deseo de entrar y figurar en los tiempos venideros no iba más allá de pensar entre sueños, si no sería justo que después de sus días colocaran su retrato en el salón de sesiones. Ni méritos ni años escaseaban para acreditar como justa y atendible esa ambicioncilla tan módica y casera : los sobrinos ya no daban abasto para cazar todas las hilachas ó hilitos blancos de la barba y los ojos — órganos importantes, pero no esenciales en un Director, — acristalábanse hasta el punto de hacer opinar á los miembros más íntimos y técnicos de la familia que se trataba de un reumatismo á la vista. . . . Por fortuna, esta molestia no podría perjudicar seriamente la fiscalización y el servicio porque, para los efectos de la recepción ó inspección de trabajos, « Usía » hacía entrar en actividad unos anteojos de teatro, de aspecto astrológico por cierto, y con los cuales á su gusto se había deleitado miroteando en otro tiempo á la Pantanelli :

— No ha sido mía la culpa de no pedir á usted desde el primer momento su dictamen, — dijo por fin, después de un silencio que los psicólogos más sutiles no habrían sabido decir á punto fijo si era *silencio de ideas* ó silencio de enternecimiento.

Á causa tal vez de alguna reciente refriega doméstica, parecía mas viejo que todos los días.

— Pero ¡por Dios! — dijo de repente, como echando fuera lo que pensaba en secreto — ¡qué de cosas se vienen encima con las tales propuestas!...

— ¿Se refiere usted á las que van á pedirse?

— ¡Y á cuales había de ser!

Nuevo silencio.

— ¡Esto, señor Rield, ya no es como en mis tiempos!

Se sentó al lado de León.

Sobó la hoja de un cigarrillo y en seguida, echando la barba en el entabacado hueco de la mano, se quedó pensando.

— No me explico lo que pasa...

Y como si esa conclusión le removiera dentro de la cabeza el papel sellado en que debía solicitar su jubilación, es evidente que en sus ojos quiso aparecer una lágrima de mala gana, oportunamente atacada y disuelta por medio de un gran pañuelo. — Le perseguía la idea de que los tiempos ya no eran los mismos.

— Figúrese usted — continuó, — que de tal modo han cambiado las cosas en esto de las propuestas, que no basta decir cual es la mejor, sino que hay que averiguar primero qué proponente cuenta con más, con más... — repetía deteniéndose con timideces de insecto que ve espinas en la rama en que va á detenerse.

— ¿Con más qué?

— Con más votos — terminó. — Nada sé yo de esto, ni siquiera de las influencias que corren por debajo... ¡Usted no se imagina! Se ha querido apresurar la solución de algo tan grave y cuando yo decía que se pidiera el informe de usted, el ministro contestaba que no era el momento... No digo que el Gobierno no sea honrado... no... Lo que sí digo es que el Gobierno debe gobernar. — ¡Lo notaba á pesar de su creciente reumatismo á los ojos y á pesar de la alarmante debilidad óptica del catalejo de que solía servirse para la recepción de obras públicas!

¡Qué interesantes memorias habría podido pergeñar « Usía »! Á haberlas escrito, habrían sido algo así como la pintura de un régimen mirado de abajo para arriba, es decir, desde el punto en que pueden observarse mejor los efectos que ese régimen produce.

Pero, desgraciadamente « Usía » no se había

preocupado de legar á la historia tal documentación, limitándose á llevar día á día la cuenta de los años que le faltaban para jubilarse á todo sueldo.

Mas, en esta ocasión, asustado ante el número de millones que iba á pasar por la coladera fiscal, se permitió por primera vez estar de acuerdo con algunos « papeles » y pedir, por consiguiente, el informe del señor Rield.

— ¿El informe del señor ese, — le habían preguntado, — que echa á puntapiés á los contratistas á fin de pedir los artículos á quien le convenga?

Días después, el Ministro fué interrogado en la Cámara sobre el estado de las propuestas trasandinas.

— Esas son cosas del Gobierno — había contestado secamente su señoría, el Ministro.

Pero « Usía » estaba equivocado : esas cosas ya no eran solo del Gobierno... sino también de Champán, que solía hacer de ellas simples « incidentes antes de la orden del día » Y tan no eran del Gobierno, que Ministro y Ministerio no tardaron en caer de alto á abajo.

— Y entre tanto — continuó el Director, — ¡ cómo trajinaba cada cual para que no se pidiera informe á « ese señor » como lo llaman á usted !
¿No sabía nada de esto?

— Lo sospechaba por cuanto lo que me cuenta

es tan lógico dentro del sistema en que vivimos.

— Sobre todo uno...

Se olvidaba del nombre.

— Este — prosiguió, — este orador tan connotado, Champán, eso, Champán, decía no hace mucho...

— El día en que yo lo vi llegar desde la puerta de mi oficina...

— Seguro... Decía que estaba dispuesto á seguir una á una las *incidencias* de la propuesta. Y todo lo preguntaba y todo lo anotaba para hacer una serie de preguntas que al pronto no se les veía bien el alcance.

¡ Ah !, ¡ sí ! ¡ Champán es ya una especialidad en materia de preguntas antes de la orden del día ! Pero vamos al grano. ¿ Y á qué se ha arribado ?

— Venía á comunicárselo, mi joven amigo.

Tomó resuello para continuar y después de un nuevo « mi joven amigo » prosiguió :

— Como usted sabe, « los papeles » se metieron en el asunto, exigieron que las propuestas fueran informadas por usted, y anoche, por fin, se acordó no sólo que usted informara esas propuestas, una vez presentadas, sino que interviniera en las especificaciones á que deben someterse... He venido, pues, á darme yo mismo el placer de comunicarle esta determinación tan honrosa — terminó con tono de jaculatoria.

— Gracias — contestó León, que, después de un instante de silencio, preguntó en *bloc* y sin ambages á « Usía » qué propuestas, ya que éstas eran de antemano conocidas, le parecían mejor.

— ¡ Ah !, ¡ las que sean más convenientes ! — contestó con una seguridad en que habría sido injusto no descubrir un diplomático de oficina.

Por lo demás, el pobre viejo poseía una dosis abundantísima de esa honradez extática é inactiva y que es la menos eficaz de todas : la que, contentándose con serlo, deja hacer.

León se encogió de hombros con fastidio.

— Pues bien, aquí tiene usted mi resolución verbal, que luego entregaré por escrito : dejo este puesto.

— ¿ Nos abandona usted ? — preguntó el Director, sorprendido. — ¿ Y por qué ?

— Necesito más aire que el que puede proporcionarme esta pieza.

— ¿ Y se olvida usted que he dado una batalla á fin de conseguir que le pidieran su informe ?

— Celebro que empiece usted á dar batallas... Mi informe y luego, viaje á Europa ¿ no es eso ?... Sepa que no sólo conozco las propuestas que van á presentarse, sino que ayudaré una de esas propuestas, la más honrada por cierto.

— ¿ Pero entonces es un hecho que usted se va ?

— Sí. Y diciendo esto, le pasó como á un portero las llaves de su oficina :

— Basta.

— Se va usted cansado y ¿cómo estaré yo — dijo á su vez el pobre viejo, — cómo estaré yo, que tengo que conocer todo lo que pasa? ¡ Si hablara, si me dejara reportear y me abriera ! ¡ Usted se va dándose sólo á medias cuenta de las cosas !

Señalaba las oficinas, la concurrencia, el conjunto del edificio :

— Todo saltaría si yo hablara.

— Pues hable.

— No tengo carácter, no puedo... Ha venido una cosa detrás de otra, formando cadena. Además, me falta tan poco para jubilarme y, por otra parte, guárdeme el secreto : llegado el caso, no me dejarían irme porque encarno... ¡ qué he de encarnar !... Este régimen. Dejo obrar, Rey Viga, dejo obrar, y siendo honrado como soy, ni puedo oponerme á nada ni tener opinión sobre nada. ¡ Soy un verdadero Director !...

— Una franqueza trae otra.

— Diga usted.

Esta vez, fué la mano de León la que apretó con fuerza policial la del Director, que más parecía un niño :

— Una franqueza trae otra, y como ya puedo

juzgarme fuera de esta oficina, me atrevo á exigirle una declaración. Ya usted lo sabe : soy reservado, así es que no tema indiscreciones. Pues bien, quiero saber qué hace en todo esto el señor... Usted lo conoce bien... Champán.

— ¿Qué hace? ¡Qué no hace, dirá usted ! Lo sabe todo el mundo : cuando no interpela á modo de incidente y antes de la orden del día, formula preguntas sueltas al Ministro ó al Ministerio... Y no crea usted que es desde las galerías desde donde puede descubrirse el alcance de esas preguntas

— Es lo que hace sesión á sesión, « preguntas antes de la orden del día », pero yo quiero saber cómo se porta en este caso determinado.

— Por el momento, merodea, sigue el buque, como los tiburones, seguro de que ha de caer algo gordo...

— Pero ¿qué propuesta combate?

— Todavía ninguna.

— ¿Y cuál combatirá?

— La que no dé ni primas ni gestiones !

Golpeaba el suelo con un movimiento que le era característico :

— ¡ Primas, gestiones !... ¿Y cómo llaman á eso?

— Pues así : primas ó gestiones...

— Sé ya que propuestas no las darán porque no tienen con qué ni por qué darlas. Al lado de ellas,

estaré yo... Las conozco : las presenta un conocido de mi padre, que fué el único que no lo trató de loco...

El Director sintió un recuerdo lejano ¿un día él, él mismo, ¿no le había hecho cerrar la puerta á un señor Rield?

— Y sepa usted — prosiguió León, — que para que sea mayor el estupor general, serán esas propuestas tan humildes, que no saben lo que significa eso de gestiones, las que tendrán que ser aceptadas... No lo olvide porque tal vez tenga que sacarlo de su impasibilidad, obligándolo á ejercer la honradez de una manera franca y efectiva.

— ¿Y á qué viene esto? — se preguntaba el Director que recién empezaba á caer en la cuenta de que ese diálogo, tan inusitado y fuera de lugar con el ingeniero á quien menos conocía, lo llevaba más lejos de donde hubiera querido ir.

¡Cosas de los años ! ¿Por qué, al fin de cuentas, se dejaba conducir á ese terreno? ¡Santo Dios ! ¿Sería cierto que llegaba para él la hora de la artero-esclerosis y de cierta relativa inconsciencia?

— Usted — dijo de nuevo León — no está bien aquí, no es este su puesto y excuse mi rudeza...

Ante la rudeza cruel de ese consejo, á través de la cara tumefacta del funcionario, surgió íntegra toda la imbecilidad de « Usía » :

— ¿Pretenderá mi puesto este atrevido?

Salía sin agregar una palabra.

— Si quiere usted tener la bondad de esperarme un minuto, tendré el agrado de entregarle yo mismo mi renuncia.

La redactó en el acto, corta, seca, dura y buscó en seguida la puerta más ancha y alta para salir entre el bufido de la canalla que de nuevo fumaba y escupía dieterios y porquerías, recalentada por la resolana del patio. Y como empezaba el momento de la acción, no trepidó un instante en irse en busca del que hacía la propuesta que había resuelto apoyar. De nuevo se encontraba satisfecho de su empeño de encontrar un campo en que combatir á favor del esfuerzo sin desmayos, representado por esa propuesta que no era posible que se hundiera en silencio y sin batallar. Y como es la espèranza la que trae frecuentemente la alegría, de nuevo se encontraba también contento y dueño de sí mismo.

No tardó mucho en dar con el viejo « Anteo », como llamaba al dueño de esa propuesta, siempre renovada y que una vez más iba á presentarse sola é indefensa ante el fariseísmo de aquel entonces.

¡ El pobre Anteo !

Trabajaba tranquilamente cuando entró el ingeniero.

Y en prueba de que las exacerbaciones de la

lucha no llegan á apagar la espiritualidad de una gran idea, en vez de un Anteo esquivo, encartado ó furibundo, lo que encontró fué un viejecito sonriente, en cuya voz monótona — voz de hogar que nadie habría creído capaz de entrar en debate con las olas de una mar gruesa — se descubría, sin embargo, la persistencia siempre igual de aquellos que van siendo mas inmateralizados cada vez por la idea fija que los martiriza sin abandonar. Parecía saber que no hay pueblo, tribu, jauría ó simple pandilla que no haya perseguido á los que se adelantan ó marchan solos. Los husmeadores, los clásicos usufructuarios del buen sentido, van atrasito, aprovechando al avanzar, hasta los huesos de los que caen batiéndose en la vanguardia.

¡Era el otro Anteo, el mitológico, el estropeado por la perrera de los dioses y que sólo caía para levantarse con nuevos ímpetus, el que reencarnaba en la tenacidad de un viejo en cuyo rostro aún sobrenadaba la sonrisa, buscando hasta encontrarlos, unos ojos abismados que aguardando la esperanza, todavía tenían la audacia de mirar hacia el porvenir! Anteo... Estaba bien encontrado el sobrenombre.

¡Con qué trazas de cosa de museo reaparecía, blanco de canas, ante el *champañismo* en plena fiesta de engorda camachuna! ¿Quién triunfaría?

Desde luego, era un buen síntoma el que dos personajes hechos con madera de carabelas colombinas, fueran á juntar sus impulsos para dar una tonificante arremetida de fuerza y puños á ese *champanismo* que se creía definitivamente vencedor.

Á través de años muy largos, de distancias inmensas y depesadumbres abrumadoras, la Suerte, que nunca deja de marcar con su disco volante el camino de la voluntad que no desmaya, iba á emparejar por fin al viejo y al joven, reuniendo en una sola confluencia de fuerza, un pasado y un futuro, valerosamente honrados.

Por primera vez en su larga vida de alcahueterías y manoseos forasteros, sonó, pues, con ecos de Rábida la antipática puertecilla de hotel de la pieza ocupada por Anteo.

— ¿Quién es? — preguntó una voz de mujer que debía de ser joven, muy joven, y bonita, muy bonita.

Se abrió naturalmente con la rapidez con que se abren todas las puertas tras las cuales no hay ni temor ni secreto; apareció, en efecto, una mujer, casi chiquilla, y frente á una mesa llena de planos uno de esos hombres que, aunque viejos, parecen jóvenes, tal vez porque es el espíritu lo que mejor salva de las decrepitudes del tiempo, que pasa escurriéndose como culpable entre las hojas del calendario y las arrugas de la cara.

Sucedió entonces algo raro, pero que, como en la vida también suelen verse cosas muy raras, en efecto aconteció en este caso : extendió Anteo ambas manos y como si dos edades diversas fueran á juntarse por fin, los dos personajes se estrecharon como viajeros que, por diversos caminos, llegan á un mismo punto.

— Me parece que le conozco á usted — dijo el viejo, desplegando más y más las arrugas de su cara baqueteada fuerte y feo por la vida ; mostró una de esas cicatrices que no son por cierto contramarcas de ciudad — la ciudad solo hiere con copas de hotel ó filos de naípe, — sino rodaduras monte abajo ó vuelos de cima á sima.

— María, un momento, — dijo el viejo.

Y la chicuela salió como siempre salen los chicos, con curiosidad y disgusto que no alcanza á contrariarlos.

— ¿Es su hija?

Y como habla la franqueza cuando realmente es franqueza, agregó :

— Linda niña, pero vamos á lo que aquí me trae. . . Estaremos de acuerdo ¿no es verdad? en que hay ocasiones en que, dándole un pescozón la fórmula social de la presentación, lo mejor, como en este caso, es juntarse sin necesidad de *ciceroni*. . . Conocía de antemano á usted porque conocía su proyecto.

— Creía que todos lo habían olvidado.

— Menos yo.

— Conque aquí me tienen de nuevo con lo de siempre : el trasandino aquél.

Apoyó las manos sobre el papel amarillento de los planos.

Ahí estaban en efecto, confiadamente extendidos sobre una mesa de hotel, mientras allá en la famosa Dirección crecían los trajines y las tretas para aplastarlos para siempre. Un golpe más de la elocuencia subterránea que en esos mismos instantes empezaban á desarrollar « Champán y Compañía » y quedarían desbaratados *in sæcula sæculorum*. Sin embargo, eran esos que tenían ahí á la vista los únicos planos marcados por una tenacidad heroica, extraña á la avidez de pescar el porcentaje de alguna succulenta garantía ferroviaria. Esa era, en efecto, la propuesta, siempre condenada y siempre rediviva.

— En cambio usted tal vez no me conoce : soy León II Rield y llamado á informar sobre las propuestas que van á presentarse, renuncié mi puesto porque quería quedar en completa libertad.

— Ya... Usted es el constructor de la escuela modelo... Sabía que lo llamarían á informar.

Se quedó un momento en silencio.

— Gracias — continuó; — los sobrevivientes de una generación salen esta vez á pedirle su ayuda á los que empiezan... Recuerdo haber conocido al padre de usted.

— No tuve igual suerte.

— ¡Cómo, no...!

— No, señor, y de él sólo tengo una que otra noticia contradictoria, tanto, que me han dicho unos que era loco y otros que no lo era.

— ¿Loco? ¿Y por qué? Hace bastante tiempo fuí yo á mi vez el designado para informar uno de sus proyectos de colonización. Mi dictamen fué favorable, pero nada pudo hacerse porque otros informaron en contra y todo fué á dar á uno de esos archivos en cuya puerta podría ponerse el letrero aquel que Dante vió á la entrada del infierno.

— ¿Y qué proyecto era ese?

Anteo divagaba :

— Los años vuelven cuerdo lo que poco antes parecía una locura... Á mí mismo se me juzgará ya menos enajenado que ayer... Estoy seguro. — Se sacudía su barba blanca de Noel. — Fué lo que pasó al padre de usted. Era « soñador », como suele llamarse á todos los que no triunfan, entendiéndose por triunfo el que se lleguen á amontonar bastantes acciones con premio. Un poeta... Habla-

ba de colonizar á su manera el suelo araucano. Conocí á Rield. Quería hacer algo así como un Transvaal, al cual no vió desaparecer con su Biblia ensangrentada entre las manos chamuscadas de pólvora.

Escuchaba León con un silencio de respeto profundo hacia el padre anónimo.

Ateo continuó :

— Poco faltó para que intentáramos juntos la empresa de aquella colonia... Rield... Lo recuerdo. Sostenía que el cosmopolitismo no es el progreso... ¿Entonces, si conocí al padre, cómo extrañarme de que el hijo venga á sostener un proyecto que tal vez no tardará mucho en hundirse para siempre?

Esa relación incoherente, pero hecha con una honradez tan completa y una delicadeza tan grande, había llenado de alegría á León.

— Nos hemos distraído un poco, — prosiguió el viejo — como si para reanudar en otra forma los proyectos « del loco », no hubiera que poner en práctica inmediata aquello de « pensar bastante y obrar en seguida ». Conque, vamos, pues, adelante y á triunfar.

— Ese « adelante » era el nombre de la primera locomotora que corrió en la América del Sur, hace más de cincuenta años... Así llamaremos también

á la que primero atraviase de parte á parte la gran cordillera.

Parecía ese voto, un juramento hecho sin fórmulas de temor ni de amenaza.

Se estrecharon la mano, como los dos más viejos y mejores amigos y se acercaron á la ventana que dejaba divisar la montaña solemne en que el hijo de Arauco quería hundir sus brazos monstruosamente atléticos.

— Hay que triunfar — dijeron ambos, inspirándose la confianza mutua de los que al juntarse se completan.

Y como si ya estuvieran formalmente asociados, el viejo entregó al joven sus cálculos y especificaciones.

Extendieron de nuevo los planos y se destacaron como grandes espacios en blanco adheridos á la pared opacada ya por la sombra del crepúsculo que se acercaba. En seguida, se asomaron de nuevo al balcón y, sin parar mientes en el gentío, que llenaba la calle á esa hora indecisa, ni noche ni día, que en todas las ciudades modernas convierte en fiebre las pasiones, se les fué el alma á la cordillera de base negra y cumbres blancas.

— No sé nada de pintura, — dijo el viejo — ni de pintura ni de encargos estéticos, pero me parece que como cuadro, ninguno más espléndido que el

de esa cordillera que es una incitación á lo grande...

— ¿Qué cree usted — interrumpió León, — ¿qué cree más varonil : un decímetro de convulsiones retóricas ó un kilómetro de túnel monte adentro?...

Ambos eran poetas, pero no de los que juxtaponen palabras, sino de los que salvan abismos.

— Nunca me he imaginado nada más hermoso que la cabellera de un Lesseps sacudida por el *simoun* cercano.

— Entonces, que seamos nosotros los que primero pasemos al través de la montaña.

León guardaba silencio.

— Soy un producto un poco raro — dijo luego.

— No hay en mí más que la combatividad de lo que, inadaptado al medio, sigue fríamente, sin amor á nada ni á nadie.

Esa frase pareció llenar de frío la habitación, pero un nuevo personaje entró en ese instante : « la señorita María ».

León rompió otra vez el silencio :

— Al proyecto, pues, y como conozco un poco la pandilla que olfatea alrededor de todo negocio, no se extrañe usted — contemporáneo de Catón — de lo que voy á pedirle : necesito armas... de las que se usan ahora.

— No entiendo.

— No he concluído. Necesito un libro de cheques... *inofensivos*. Quiero hacer con ellos lo propio que el que muestra un revolver descargado... Conozco el paraje por donde voy á pasar y ya se verá á su debido tiempo con quién tengo que usar semejante armamento.

— ¿Trata usted de comprar á alguien? — preguntó riéndose el viejo. — Por mi parte, no sé esas cosas. Preferiría retirarme.

— Lo digo desde luego, á riesgo de disminuir el interés posterior de la comedia : se trata sólo de poder arrojar un cheque en blanco á cierto personaje que seguramente no podrá llenarlo porque esto equivaldría á que se cotizara él mismo... Lo que necesito, pues, no es esa arma vulgarísima que se llama dinero, sino un simple papel con que maniatar á cierto personaje al cual no sería decoroso ponerle esposas.

— ¿Melodrama?

— Melodrama que podría tener un nombre raro y casi incomprensible : *progreso á la moderna*, por ejemplo...

— Sea como sea, aquí tiene usted mi libro de cheques... Llévelo en ofrenda á los tiempos *que corren* y, sobre todo, en nombre de lo imprevisto.

— Qué, según algunos, es lo lógico...

V

Empleó León varios días en verse con un sinnúmero de personas á las cuales quería explicar el significado moral y material de la « propuesta Anteo ». Daba datos, sacaba cuentas y mostraba planos y garantías. « Cumplía con el deber de imponer prácticamente de un asunto de gran interés público ».

Le costaba á veces dar con algunos de esos señores que andaban atareadísimos moviendo sabe Dios qué cosas y uno de los cuales se negó á oírlo, mandando decir con el mozo que no necesitaba instructores ni nada parecido.

Siguió en su labor sin enredarse en el castigo de injurias, calculadamente hechas para desviarlo de su camino. Continuó, pues, poniendo á cada cual en situación de apreciar debidamente las propuestas, que por fin ya habían sido presentadas.

Creyó al principio que la propuesta naufragaría, hundida en medio de tanto interés contrapuesto y de tanta ignorancia acumulada.

Cada cual tenía su proyecto y el que no lo tenía ya sabía por qué pensaba en nuevas propuestas.

Uno sobre todo, Champán, cada vez más escuchado y cada vez más cercano á un sillón ministerial, no hacía ningún misterio de que « no le merecían fe » — eran sus palabras — las propuestas presentadas.

León tuvo, pues, muy luego, ocasión de recordar lo que le había dicho el Director : que por el momento, Champán merodeaba, conservando una neutralidad aparente y dando por consiguiente tregua momentánea á sus « preguntas antes de la orden del día ».

El misionero, es decir, León, no había hablado aún con él, lo que no quería decir que desconfiara de hacer llegar hasta la mala semilla el riego benéfico de sus prédicas. Siguiendo el plan trazado de antemano, llegó también á la prensa en la cual irrumpió abriéndose irresistiblemente paso, á través de un verdadero mosaico de artículos de toda especie y color.

Se hizo con él el intento de reportearlo, y, casi sin quererlo, coordinó al responder una serie tal de rasgos y datos sobre muchos de esos mismos señores á los cuales acababa de conocer, que el tal reportaje, publicado en varios números, iba resultando una verdadera galería de actualidad. Pero

como empezaba á ser demasiado claro en sus retratos, se le advirtió que eso no cuadraba con la índole de la publicación « que le daba cabida en sus columnas ». — Así se lo comunicó, á nombre de la Dirección, una especie de picotón, sumamente ceremonioso y que junto con permitirse una familiaridad que nadie le concedía, mentaba á cada instante, viniera ó no al caso, nombres y más nombres de ministros y senadores.

— ¿Y á mí qué? — le preguntó León con su rudeza habitual. — No deseo conocer la lista de sus relaciones.

Así se acabó momentáneamente para él una información, que no aceptaba sino condicionalmente.

Prosiguió en cambio lanzando á diario y sin servirse de intermediarios, artículos breves y comprobados, que se estampaban, como queriendo romper el papel en que estaban impresos. — Creía que de todos los instrumentos de la libertad, ninguno más eficaz para el bien que un diario, escrito y manejado por individuos dotados de la preparación y rectitud de jueces. Tal vez era eso, una máquina cualquiera en que imprimir ideas que no tuvieran que hacer antesala en ningún criterio ajeno, lo que más le faltaba para ajustar como á una empuñadura su temperamento de luchador.

La campaña seguía cada vez más ardua y difícil,

así es que á veces titubeaba y dudaba; pero la aparición de la cordillera cercana, no tardaba en afianzar sus ideas, haciendo que de nuevo lo moviera con fuerza imperturbable su voluntad de hierro. Proseguía, pues, sin descanso en su actitud combatiente que de todos llamaba la atención.

— ¿Pero no es un escándalo — acababa de decir uno de los diarios con cuyo concurso creía contar — pero no es un escándalo que un ingeniero deje su puesto para lanzarse á pelear piedra en mano á favor de una propuesta dada? — ¿Por qué — respondió — por qué puede ser deshonesto el que haciendo uso del más legítimo de los derechos, busque cada cual el campo que más cuadre á su acción?

Y agregaba, tomando el arma por la punta para dejarla caer con más fuerza :

— Acción libre, batalla á todo fuego contra el « champañismo » en boga.

Sus frases vibrantes, lanzadas : in embadurnamientos retóricos, sonaban como golpes de lucha proseguida cada vez con mayor vigor.

Estaba satisfecho sin jactancia de la actividad que había gastado y cuando le hablaban de sus trabajos, se limitaba á contestar que cumplía con su deber.

La campaña se acercaba á su fin y, atacadas las

trincheras visibles, creyó llegado el momento de marchar de frente sobre las invisibles y acercarse á Champán, que empezaba á salir de su actitud de miroteo, formulando de nuevo sus típicas « preguntas antes de la orden del día ».

Afortunadamente, á través de tanta resistencia injusta, de tantas sonrisas, disimulos, furias, simonías y fariseísmos, se acercaba, en efecto, el fin de la campaña.

Acababa de celebrar una larga entrevista con « el redactor », al cual, según era público y notorio, le temblaban los ministros. — ¡ Era una especie de Clémenceau, con muchos desafíos menos que ese francés tan diablo, pero que, en cambio, disfrutaba siempre de un apetito de mantel largo !

Se hizo que no recordaba bien á León, quien á su turno no creyó que tenía para qué recordárselo. Gran fumador, mientras oía á su interlocutor, aspiraba el perfume por la punta encendida, insuflando al chupar, una gran cantidad de aire á sus pulmones dantonianos.

Escuchó, escuchó bastante, con silenciosa benevolencia de grande hombre.

Entretanto, un reloj de bronce en que aparecía un león de reluciente melena, dió las tres, — hora clásica en que, haya ó no sesión, siempre hay onces, charla, novedades y *cognac* con Apollinaris.

— Bien — dijo por fin « el redactor », acercando las narices, que ya casi no se conocía que en otro tiempo habían sido violentamente atacadas, á la ceniza de miércoles santo de su cigarro. — Bien... ¿Y conoce usted ya la opinión de...?

— Es que no trato, señor, de conocer opiniones, sino de formarlas...

« El redactor », no pestañeó. Sacudió los restos del cigarro, insufló una nueva cantidad de aire á sus pulmones y se sopló las vueltas de la levita. En seguida, echó una mirada soñolienta á su interlocutor y le dijo :

— Pero termine su frase : decía usted que trataba de formar opiniones... Termine la frase, tenga la bondad...

— Sí, — agregó León. — Opiniones de acuerdo con el bien del país y con el propio.

El egregio « redactor », se echó á reír con risotadas de persona honesta que se escandaliza :

— ¡ Pero, señor, eso es el utilitarismo !

— Servido por la moral.

Iba á aparecer el orador. Colocó ambas manos en los brazos de su sillón pretencioso, y, echándose hacia adelante, como meditando con desaliento de evangelizador desoído, dijo :

— Si, el utilitarismo más craso, ajeno al altruismo y á la virtud desinteresada.

— La virtud, señor, convertida en cosa sobrehumana, tal vez sería imposible en la tierra, y suelen ser los que menos la practican los que más pura la piden...

— Continuará usted otro día dándome lecciones de teología utilitaria — dijo « el redactor » parándose — porque tengo que irme á la sesión donde sin interés ninguno trato de servir al país.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y salió. — La fiera de melena áurea del reloj, daba la media en ese instante. — Lo dicho : hora de sesión y *cognac* con Apollinaris.

León dió los últimos pasos de aquella via-crucis de preguntas, respuestas y modalidades que chocaban á más no poder con la rudeza de su carácter, irresistiblemente inclinado á darle á las cosas su verdadero nombre.

Avanzaba entre una polvareda de chismes y porquerías, comentarios y cuentos de club y de *restaurant*.

Algunos diarios daban por cierto el triunfo de la « propuesta Anteo », y como no podía ser más pública la forma araucanesca en que León había empujado esa propuesta, dábanle los reporters nuevas envestidas pidiéndole datos de la obra que « sin duda alguna » dirigiría en jefe.

Se extendía, creciendo con rapidez de cosa de

moda, la fama de que era « un inadaptado », — como decía cierto cronista que á la sazón pico-teaba á más y mejor en los diarios extranjeros.

Los repórtteres llegaban, pues, unos detrás de otros á golpearle la puerta, ansiosos de hacer « una entrevista » á lo *Figaro* de París, es decir, con retrato del entrevistado que se destaque sobre un fondo de tapices y *bibeloteries*...

— ¡Curioso tipo! — decía un diario. — Vive como un puma, en un caserón aislado en que no hay más que planos y, en vez de telas de Oriente, tejidos de Arauco. Por lo demás, agregaba el periódico, habla de perforar la cordillera en cuatro y tal vez en tres años.

« ¡Curioso tipo », sí, muy raro en aquellos tiempos de baraturas humanas! No estaba siempre franca la ancha puerta — puerta con perro — del caserón solariego — muerta Doña Encarnación, arrendaba con intenciones de comprarla el día que pudiera, la casa de ésta — en que vivía. No siempre, ni mucho menos, estaba abierto ese portón, de tal manera que al entrarse por él, como Pedro por su casa, el redactor de cierta publicación cuya labor no era simpática á León, le dijo éste que no podía recibir á un escritor de *El Siglo XXX*. Y, en efecto, no le era posible, porque creía que nadie representaba mejor que ese diario *el champañismo* y el

merodeo que á todo se amoldaba y que con delectación hacía cotidianamente la croniquilla picante, salpicada de anécdotas del burdeleo político de entonces.

— ¡ Ah ! — le dijo aquel majadero, gazuzo de ganas de pescar algo bien tamboreado para su diario — ¡ ah ! señor Rield, es que lo que á nosotros nos interesa, no le interesa á usted y lo que á usted le interesa, á nosotros, ni esto . . .

El Siglo XXX era inspirado, inspiradísimo, por Champán. Mas esa manera de recibir á su representante, estaba en los cálculos de León, que cuanto antes deseaba ser blanco de los ataques del periódico *champañesco*.

Al acercarse, pues, á su fin, arreciaba la batalla, y *El Siglo XXX* daba grandes alaridos hablando de enormes escándalos en perspectiva. Champán, á su vez, ya muy próximo á abandonar su papel de observador y á fin de intimidar á León, acababa de rogar al Ministro del ramo que tuviera la bondad de enviar cuanto antes á la Cámara una reseña completa del movimiento de empleados habido últimamente en la Dirección. Era á eso á lo que él llamaba tiro indirecto.

Mas, León, á su turno, é indicándole el lugar donde podía enviar la contestación, le mandó á la Cámara una tarjeta en la cual le pedía una breve entrevista.

— ¿Y qué dirían, — pensó Champán al recibirla, — si yo lograra « esclarecer las dudas » del animal este?

Usaba de la palabra en ese instante y tan seguro estaba de su pericia oratoria, que, dando chupaditas de vampiro á su cigarro mientras miraba y remiraba la tarjeta de León, guardó uno de esos silencios impertinentemente prolongados y que sólo los grandes oradores pueden permitirse.

— El honorable diputado tiene la palabra, — dijo el Presidente y el orador continuó charlando su tema, alejándose á cada instante del asunto, como si volviera á revolotear sobre su cabeza el cálculo en crudo de lo que podría sacar si llegaba á obtener que León abandonara la propuesta que agitaba.

— Decía, señor Presidente... Decía...

Y mientras « decía », en efecto, una cantidad de cosas, escribió y mandó en el acto un mensajero. — Para qué perder tiempo : citaba á León para las nueve de la noche en su casa y, á fin de meditar más tranquilamente la próxima entrevista, dejó la palabra.

¿Para qué, al fin de cuentas, podía solicitarlo el personaje en cuestión, cuando había sido tan poco cariñosa la última entrevista? Por A ó B, el hecho es que tenía que andarse topando con el ingenierote

que, seguramente, persistía en dárselas de puritano.

— Saca bien sus cuentas, — pensaba Champán; — pero á mí no me pasa por la argolla : tarde que temprano esos puritanismos se liquidan en oro ; pero sea como sea, no es agradable una entrevista con semejante tipo . . . ¿Y si viniera á que yo le *desvaneciera sus dudas*? ¡ Por lo demás, sé bien á cómo se paga actualmente en plaza el puritanismo ! Pero se pasaría de lesa si liquidara luego, cuando todavía puede encontrar tontos que pescar. Conque, al fin de cuentas, imposible saber para qué me quiere ese insigne majadero.

Y después de cortar á uña los tiernísimos palitos de las violetas del ojal, empezó á tirarse hacia el hombro la cadenilla de sus anteojos que balanceaba una pinceladita de luz en uno de sus extremos.

— Terminará con este — pensaba León en esos mismos instantes — la larga revista de gente en que me he visto metido.

Revista muy fatigosa, sí, pero que le había servido para orientarse y convencerse de que existía un grueso contingente de honradez y de intenciones sanas. Creía ahora que tenía el país, desgraciadamente dispersa y sin unidad, más gente de bien de la que él mismo se imaginaba. Y además, cuántas voces aisladas y aun no oídas, pero cuyos clamores y protestas indicaban á las claras que se aproxima-

ba más y más el momento de la *reconstrucción*, de que hablaba el célebre profesor universitario á quien acompañó una tarde de frío y desaliento. Pero también, ¡cuánto tipo *fregoliano* y cuánto *champañismo* ! ¡ Cuánta cosa menuda, de arrastre, que momentáneamente lograba imponerse y flotar... como flota el corcho ! Llegaba á la conclusión de que lo serio formaba sin duda el mayor número, pero entonces, — se preguntaba — ¿por qué esa mayoría de gente honorable deja llegar á todas partes á ese deplorable *champañismo* en boga?

Tras, pues, la exploración experimental que acababa de hacer en parlamento, administración y prensa, llegaba á las mismas conclusiones de su amigo y maestro, el profesor universitario :

— Avanzada ó hecha la *reconstrucción* educacional, « el grupito » — suprema aspiración de Champán — se disolvería aventado por medio de pulverizadores desinfectantes. Antes, no. Y como sabía muy bien la disposición que debe darse á los diversos materiales de una obra, cierto estaba de que una vez preparado el terreno, bastaría aplicar los principios comunes á toda construcción sólida, bien amoldada al suelo, al clima y á las cualidades del país. Insistía : no hay suficientes ciudadanos preparados para apreciar la calidad de las personas

que solicitan el voto popular. ¡Entonces!... Entonces Champán es una consecuencia inevitable que no cesará mientras no cese también el estado social de que se deriva.

Champán constituía para León un caso de *patología política*, sumamente interesante. Explicable era, por consiguiente, que le aconteciera en vísperas de visitarlo, lo que siempre acontece cuando va á verse á alguien á quien se ha conocido en un tiempo lejano : se recuerdan rasgos y anécdotas, se comparan distancias y situaciones y diste ó se asemeje mucho el pasado y el presente de la persona á la cual de nuevo va á encontrarse, acaso un poco trasformada en medio del camino tan desigual de la vida, es el hecho que crece la curiosidad á medida que la hora de la entrevista se acerca. Hasta suele suceder que ambos personajes se esperen con una impaciencia que llegue hasta la fantasía ó lo absurdo.

Eso era, en efecto, lo que pasaba á los que en esta ocasión, de nuevo iban á encontrarse cara á cara : esperaba León la hora fijada y el otro, á su vez, sintiendo esos presentimientos que la realidad confirma después, comió poco y de mal humor, esperando desde las ocho en su escritorio, materialmente forrado de colgaduras rojas, que su distinguida consorte rociaba con *Houbigant* las noches de « *soirée dansante* ».

— ¿Y se podría saber para qué me querrá este? — pensaba Champán mirando el reloj, tan parecido por cierto al que nunca falta en toda comedia vivida ó representada.

¿Y con qué me saldrá? — decía á su vez León y tras un último paseo por la acera en sombra, se dirigió á casa de Champán, ante el cual no tardó en encontrarse.

Mientras subía lentamente la escalera, poco alumbrada, como para dar á entender que imperaba en esa casa un régimen de la más discreta economía, pensaba, al sentirse un poco nervioso, si sería cierto que la diplomacia poseía los medios de que se entrevistaran amablemente dos tendencias en tan violento antagonismo como las que por fin acababan de encontrarse.

Por ahí, entre las palmeras y los infaltables biombos del vestíbulo, pasó deslizándose una sombra chinesca, furtivamente atraída por la curiosidad que siempre despiertan las visitas que, antes de llegar, preocupan ó ponen en silencio al dueño de casa : era « la señora », la activa distribuidora de *Houbigant* los días de fiesta camachuna, seguida de « *soirée dansante* ».

— Todavía es hora de audiencia, — preguntó el visitante.

— Para ti, siempre — contestó el aludido, zam-

pándose las dos manos en los bigotes que, tal vez por capricho ó sueño, no estaban ese día ó más bien dicho esa noche, muy erectos que digamos. — Eso es lo que se llama meter un « tú » de avanzada — pensó Champán, — coligiendo, tardíamente, que á semejante personaje debía haberlo recibido « en Secretaría ».

Era, en efecto, muy diestra su señoría, para lanzar un « tú » al más pintado.

El reloj dió en ese instante nueve campanaditas silencionas, discretas, que revelaban cansancio ó curiosidad. El chico, el mayor, Adolfo — ¡ qué lindura! — más popular en la casa y aun en el barrio con el nombre de « el basilisco » — Champán era ya papá — se adelantó á explorar al recién llegado, y colocándose frente á él, lo miró pellizcándose la boca como si, imitando á su ilustre progenitor, se retorciera gravemente los bigotes.

León lo miró sin decir nada y comprendiendo el chiquillo con perspicacia bien propia de los niños, que no podría cumplir la misión de hacer reír que se le había encomendado oportuna y encarecidamente — según consta en los recuerdos de aquella cancillería doméstica, — fué á parapetarse de nuevo y siempre en acecho bajo el gran escritorio.

— Gracias, — contestó tardíamente el visitante á aquel « tú » que quedaba así perdido y distan-

ciado en la conversación que empezaba. Y como quisiera — continuó — quitar el menor tiempo posible, ya que el señor diputado tendrá tanto útil que hacer...

— Veo, mi amigo León, que usted continúa tan ceremonioso, tan *poseur* como antes... Reclamo, pues, otro tono más adecuado entre dos personas que, cuando eran inspectores, hacían los mismos turnos. Yo no me he olvidado de ese tiempo y no hace mucho aplaudí la idea de mandar á Europa profesionales como el antiguo colega del « patio grande ».

— ¡ Ah ! ¡ gracias ! — Yo también recuerdo esos tiempos... Son un poco de poesía en medio de la vida.

— Cierto...

— Pero como ahora vengo á tratar, no con un amigo sino con un diputado, cuestiones que, seguramente, tienen mucho interés, sólo querría ser claro y preciso, postergando, si fuera posible, la ternura de aquellos recuerdos sobre nuestros días de colegio.

Erraba, pues, lamentablemente, la segunda tentativa para dar á la entrevista tonito de camaradería.

El reloj dió la media y Champán, más molesto cada vez, dijo con voz de quien quiere escaparse :

— ¡ Diablos ! ¿ Sabe usted ? No me acordaba... Tengo sesión esta noche.

— Y tal vez « su señoría » — agregó León con una voz amable que no le era fácil manejar, — tal vez ha quedado con la palabra... Pues por lo mismo, seré muy breve.

— Entonces, al grano.

— Sí... En efecto, aquí tiene usted los planos de la propuesta que creo más ventajosa y honorable. Desearía que el señor diputado los examinara un poco.

Champán se puso los anteojos para mirar :

— Muy interesantes. ¿Son dibujados por usted mismo?

— No, señor. Sin embargo, si, como debe ser, son estas las propuestas aceptadas, seré yo el jefe de la obra.

Y sin saber por qué y sin que nadie la llamara, llegó en ese instante á asomarse á la imaginación de León la cabeza llena de amapolas de la « señorita María ».

Prosiguió explicando detalle á detalle el costo, garantías y practicabilidad de la obra.

— ¡ Además — decía, — tienen estos planos una significación muy hermosa ! Son un esfuerzo que renace, señor diputado, y que si naufraga ó es desoído esta vez, morirá para siempre.

— ¡ Muy interesante ! — repetía Champán, haciendo estribillo. — ¡ Muy interesante ! Pero ¿qué

le parece? ... Yo acostumbro estudiar detenidamente estas cosas... Le agradezco, pues, infinito las explicaciones que se ha servido darme; pero necesito estudiar muy detenidamente.

— Esta es la nacionalización de un gran proyecto y ¿quiere usted saber más? ¿quiere usted dar fe á mis palabras? Créalo usted : sintetiza esta propuesta algo así como el vigor mismo de la raza.

Y como es tan frecuente en la vida, siempre que ante el doblez y la hipocresía llegan la franqueza y la honradez, aquellas terminan por sentirse mal.

— Sin duda — decía Champán. — Es muy interesante lo que usted me dice; pero creo, desde luego, que no es una cosa clara en este caso la solvencia del proponente, al cual, puesto yo en el lugar del Gobierno, exigiría mayores garantías. Por otra parte, no ignora usted que es el Ministerio el que estudia actualmente las propuestas y que nosotros somos meros espectadores que no debemos en ningún instante olvidar los intereses fiscales. Nada más.

León comprendía que iba á empezar por fin la discusión tanto tiempo aplazada con aquel miserable.

— ¿Á qué Gobierno se refiere usted — preguntó, — á qué Gobierno, si quienes administran son ustedes? Pues bien, señor, ruego á usted que tenga la

bondad de decirme qué le falta para formarse un criterio completo en este asunto. Dígamelo. Soy yo quien recuerda ahora aquellos años en que hacía usted el turno de la tarde y yo el de la mañana. Dígame, pues, con franqueza, qué datos necesita usted.

El reloj dió las diez.

— Entre otras cosas, me falta un estudio comparativo de todas las propuestas.

— Pero, señor, ¿no acaba de decir usted que es el Gobierno quien debe estudiar y resolver?

— Sí, pero nadie ignora que el Gobierno debe ser eficazmente fiscalizado porque ¿adónde iríamos á parar, ó á no parar, si las cosas fueran de otra manera !

— Desgraciadamente, aun no puedo conseguir que el señor me diga qué datos concretos le faltan.

— Cómo librarme — meditaba Champán — de semejante majadero. Pero no era fácil que el interpelado encontrara un arbitrio á mano para dejar plantado á ese importuno, cuya tranquila frialdad llegaba hasta paralizar los recursos del eminente político. — *Voilà* — pensaba — un tipo desconcertante... Debí recibirlo en « Secretaría »... La culpa es mía y no tengo de qué quejarme.

— Usted y yo estamos de acuerdo en una cosa — dijo León, estrechando más el sitio. — En la urgen-

cia de que terminemos porque me hago cargo de que no es posible que deje á usted sin tomar la palabra en la interpelación pendiente ó por iniciarse.

— No hay apuro.

— Sí lo hay, y grande, y consiste en la necesidad de que no me separe de usted sin saber si desea imponerse ó no al Gobierno la aceptación de una propuesta dada... ¿Se quiere que acepte la que resulta mas ventajosa en el papel y que una vez en el terreno obtendría una modificación mensual de su contrato y una recepción final hecha con catalejo?... He acertado, ¿no es cierto? No le extrañe, porque he construído una obra y conozco en cada una de sus consecuencias prácticas el régimen de la fiscalización á que usted aludía hace un momento. Y usted, que representa la prerrogativa de fiscalizar, á fin de que la ejerza con más conciencia, sepa que he prometido no salir de aquí sin saber qué propuesta es la que se amolda más á la noción que del servicio público tiene « su señoría ». Hablemos claro, ya que, según parece, « su señoría » no alcanzará á tomar parte en la interpelación de esta noche.

— Apostaría — pensaba Champán — que este viene dispuesto á armar un escándalo, que debo evitar. — Y sonriéndose, abrió la caja de puros; se

tiró sobre el hombro la cadenilla de los anteojos; despertó « al basilisco » para que se fuera á acostar. Despuntó su cigarro :

— Tan poco ha cambiado usted, querido amigo, que me interroga como un juez y olvida el sitio en que hace el interrogatorio y olvida también la inviolabilidad de mi fuero... Pero no importa : no es fácil que usted cambie de carácter...

— No, no es fácil.

— Y lo excuso con agrado, porque me complazco en reconocerle cualidades que admiro... Pero, desgraciadamente, ve fantasmas donde no los hay; desconfía hasta de sí mismo; descubre en cada persona un conspirador; las manchas y raspaduras de un Panamá en cada propuesta, y en cada diputado un Pilatos ó un *Monsieur Wilson*, ¿no es eso?

— Creo en la honradez del país y de la mayoría de los que en sus negocios intervienen, pero también creo que hay una minoría de gente inescrupulosa que se impone, aprovechando el cansancio y la inactividad de los más.

— La intención es buena, patriotas somos todos. Si hay algo malo, se remediará, de ello esté seguro, y crea, además, que el mundo ha sido siempre así y que no es posible esperar que sea mejor para vivir en él... No dé crédito ni á la mitad de lo que oye y estará en lo justo, ni á la mitad, porque el consejo

aquel de decir sólo una parte de lo que se piensa, más que consejo, parece conseja, créida por muy poquitos. . .

Calculadamente, parecía divagar, hablando con el escepticismo propio de quien mucho conoce el mundo y los hombres :

— No creo en el ego-altruísmo de nadie, pero tampoco creo que es un Falcato todo el que pasa á mi lado. . . Hay algo que se llama eclecticismo ó término medio y en él me coloco. Ni más ni menos y á la honradez y á la amistad, sólo pido lo que buenamente puede pedírsele. Lo demás, es no conocer los tiempos y la vida de hoy. . .

Creía desarmar así, por medio de una franqueza aparente — y que en realidad dejaba ver un fondo tan turbio, — á ese majadero que no sólo le frustraba su sesión, sino que iba estrechándolo más y más.

— Pues bien, — dijo León, — hábleme usted con claridad, sin. . . ego-altruismos. ¡ Convenido ! Sigamos adelante, sirviéndonos, para entendernos mejor, de un lenguaje de acuerdo con los tiempos y la vida de hoy.

Y tropezando, desconcertado, momentáneamente perdida su admirable locuacidad, Champán soltó el chorro :

No se imaginan ustedes el tiempo que deman-

da la tarea de estudiar é imponerse de propuestas y detalles de toda especie...

— Ciertó y como el tiempo es oro, — interrumpió León, — abreviemos : ¿qué necesita usted para formarse un criterio completo sobre las propuestas presentadas?

Champán no titubeó esta vez y contestó en el acto, comprendiendo el tiro :

— Desde luego, hacer un viaje á imponerme yo mismo de la región en que va á hacerse la nueva obra.

Imposible, pues, hacerlo confesar del todo. Llegaba por consiguiente el instante, aguardado desde que Champán dijo riéndose que ya no era el esfuerzo lo que más valía. En efecto, llegaba el momento de que el Caupolicán de la estatua saliera de su actitud iracunda para aplastar de una vez esa yerba, perseverantemente cundidora, que intentaba crecer con vigores de buena vegetación. Se apoderó entonces de la última frasecilla de Champán y haciéndola zumbiar como un látigo, repitió avanzando :

— ¡ Ah, sí ! Comprendo... Y como ese viaje de exploración experimental le costará á usted algo, permítame, como es muy justo, que le deje cualquier cosa para la expedición...

Y diciendo esto, firmó un cheque, agregando :

— Me limito á firmarlo para que usted mismo se

sirva poner la suma á que monten sus viáticos.

Y arrojó el cheque, húmedo aún, sobre el magnífico escritorio, entre cuyos papeles pareció sumergirse ávidamente.

— ¡ Pero qué hace usted !

León se acercó para contestarle :

— Lo que debo.

— Señor — agregaba el condenado, — usted me ofende con su presencia. . . ¡ Salga !

— Fallo en conciencia — continuó el juez, — porque si esperara la prueba plena, estoy cierto que no la lograría, quedando usted impune. He traducido sus reticencias, poniendo en seguida en práctica un procedimiento bien de acuerdo con el concepto que usted tiene de la honradez y la vida. Póngase, pues, usted mismo el precio en el cheque que he dejado sobre su escritorio : me interesa conocer á cómo se cotiza hoy en plaza cierto producto en boga : el *champañismo*.

— Usted abusa de mí : estoy enfermo. . .

Se dejó caer en un sillón.

— Tal vez, pero era tiempo de que siquiera este castigo anónimo recibiera usted de aquel que hacía sus turnos por la mañana y que hoy ha venido á buscarlo en medio de su opulencia desvergonzada y corruptora.

Lo clavó con la mirada y en seguida le gritó con

una voz que llenó la casa, estremeciendo con temblores de derrumbe todo ese lujo cursi y provocante :

— ¡ Miserable !

He ahí, por fin, el grito de la justicia que llega, voz robusta, insulto hecho himno, intérprete santo de todo lo honrado y sano de la raza. Y el que en este caso no era sino un juez, descargó de nuevo el azote de su voz quemante y abrumadora :

— ¡ Miserable !

— Me siento mal... No puedo repeler este ataque...

— Esta advertencia.

— Este ataque calculado para coartar mi libertad... .Nos encontraremos en otro terreno.

— No, no nos volveremos á encontrar en parte alguna.

Y al decir esto, el acusador tomó sus papeles y salió tranquilo, dueño del campo, seguro de dejar tras de sí un aplastado por la fuerza de su honradez.

— ¡ El mismo animal que por juego remecía en el colegio los pilares del patio ! — pensaba entretanto Champán, empujando con una fuerza de que no se creía capaz el botón del timbre eléctrico.

Pidió *champagne* para pasar el mal trago y se quedó en profundo silencio, como si por primera vez empezara á vislumbrar que su carrera, hecha en

tren expreso, era... *champañeo*. Miraba la copa sin burbujas ni espuma :

— ¡ Si será falsificada ! — pensó mirando el abdomen medallado, como casaca diplomática, de la botella. . .

Días después de aquella escena, sucedió algo inesperado, inaudito, por nadie previsto, signo cierto al parecer de que la reacción y el inevitable contra golpe empezaban : la « propuesta Anteo » acababa de ser aceptada.

VI

Aceptada la propuesta, la prensa casi en masa se entregó al héroe inesperado en el cual no faltó quien empezara á personificar las austeridades de otro tiempo. — Sólo *El Siglo XXX* guardaba el más completo silencio.

Bien á las claras indicaba esa creciente ovación, la avidez con que buscábase á alguien que encarnara las necesidades de aquel momento nacional.

Una vez más, la celebridad y sus artículos pintarrajeados y repicados, adulaba á quien, siempre esquivo y huraño, ni la quería ni la halagaba. La

información con su ambicionada indiscreción fotográfica, tipográfica y zincográfica se había apoderado, pues, de León, más asediado cada vez por una serie de atenciones que iban saliéndole amable é inesperadamente al paso. Pero ¡ qué clase de tipo tan ajeno á cierta *faz social del progreso* sería, que se sentía realmente molesto con esa indigestión de celebridad repentina ! Sitiábanlo de nuevo los repórteres y, aunque continuaba dando respuestonas, no por eso cesaba el intento de tirarle la lengua. Quería un poquito de paz para echarse á sus anchas sobre los planos de la obra, pero dicho se estaba que desde la aceptación de la propuesta, su tranquilidad quedaría convertida en artículo de exportación, muy solicitado para satisfacer la curiosidad novelera de tanto lector que no así no más larga su « cinco de los diarios ». ¡ Qué paz iba á tener, si no pasaba día sin que lo llamaran Su Excelencia, el Ministro y el Consejo ! Lo invitaba éste y el de más allá ; lo solicitaban diarios y revistas y, quieras que no, tenía que concurrir donde « el Excelentísimo Señor », el Consejo y el ministril para escuchar, más ó menos, las mismas preguntas :

— ¿Y cuándo empieza la obra? Y... ¿cuando cree usted que estará terminada?

Anotaba *in mente*; es difícil contestar bien, pero no es menos, preguntar igualmente bien. Por cada

pregunta que sale, cuántas que se quedan dentro !...

El Director aquel del catalejo, por ejemplo ¿no se atoraba ansioso de curiosidad casera, al querer saber si León se había encarado con Champán antes de la inesperada aceptación de la propuesta? ¡ Pero cómo sacarle nada, si lo más frecuente era que no contestara ó contestara cosas que apenas se rozaban con lo que se deseaba saber?

Entretanto, continuaba creciendo el amontonamiento de cartulinas y tarjetas de invitación y León, hecho un saco de protestas, continuaba á su vez encerrado en su Tebaida, haciendo la vida de retiro y de labor que le encantaba.

— Más que todas esas invitaciones — pensaba, — me agradan los biceps de Roosevelt y la gorra de Oyama. — Y afirmado en esos mismos planos, soñaba con una extraña legislación en que del progreso sólo aceptaba lo que necesita la verdadera existencia moderna, empezada con la escuela obligatoria, como preparación para una amplia entrada á la vida práctica, moral y cívica.

En el trazado de esta legislación imaginaria estaba cuando el aldabón colonial de su puerta empezaba á repicar á más y mejor, anunciando la llegada de alguna nueva cartulina japonesa. Grande equivocación la de los que hacíanle tales invitaciones : había empezado « su batalla », no para amontonar

tarjetas y *menús*, sino para avanzar imponiendo las ideas crecidas en la fría soledad de su espíritu. ¡Era tan cierto que más que las cositas de *boulevard* llegadas hasta estos mundos, admiraba los biceps roosveleanos, las gorras japonesas y los apacibles tejados suizos, cuya flecha nevada evoca la hazaña sugestiva de Guillermo Tell!

Camino de la gran victoria, ganada á la montaña misma, sentía ya la indomable dictadura de sus propias ideas y más por cierto que esa semejanza tan á la moda con los héroes de las novelas francesas — eterna y deplorablemente repetidas, — le gustaba sentir, renovada y creciente, la satisfacción varonil, experimentada no ha mucho al entrar á la Dirección abriéndose paso sin pechar por entre una turba muda que ya no aclamaba á Champán con el alcantarillesco rumor de sus sonrisas y sus saludos, sino que se abría en silencio como agua mansa ante una proa acorazada.

Trayéndole más y más tarjetas, repicaba, pues, con insistencia inútil y lacayesca el aporreado aldabón de cobre de la antigua casa de Doña Encarnación.

Á pesar de encontrarse involuntariamente convertido en personaje á la moda, presentado á todos los clubs habidos y por haber, continuaba saliendo á regaña-dientes del caserón de patio enyerbajado

en que, camino de la realidad, movía sus ejércitos de líneas y números. Ese aislamiento le dejaba sentirse bien dueño de sí y de sus gustos, mas, como fondo de mar que surge de nuevo á favor de la quietud y la bonanza, tras la recia agitación de la campaña reciente, llegaba la calma y con la calma el recuerdo de su pasado, tan frío como el solar de esa casa vieja que se cubría con la seda descolorida del musgo quemado por el sol del verano.

Meditaba en que la vida no puede ser sólo lucha; que las ideas no lo llenan todo, que no basta aplastar un Champán, construir pórticos dóricos y hacer marchar, unos tras otros, ejércitos de signos alineados sobre el papel y sin uno solo de los cuales se descompone todo el resultado perseguido con esos regimientos de números lanzados al asalto de la Fortuna... Pero ¿por qué, al fin de cuentas, empezaba á meterse la filosofía pesimista al caserón en que, siendo niño, había hecho en el huerto de las azucenas caminitos de violetas blancas y azules!

Cansado, ya extenuada la luz del día como en los años en que se paseaba con el libro entre las manos, concluía por hacer el mismo reconocimiento vulgar de quien intentara juntar las hojas que caen á los días que se van : tan ligero pasa el tiempo, que se diría que él mismo se empeña en irse más luego. — ¡Qué tanto hacía, en efecto, que sentado en un ban-

co, escuchaba la murmuración infantil en que se entretenía la fuente del « patio grande »! Le parecía que sólo ayer al levantar la cabeza de la Álgebra en que la apoyaba, había visto extendiéndose la x tan negra de una ecuación que no podía resolver. Á través de los años, esa x seguía creciendo en vez de desaparecer y cierto estaba ya de que la lucha eslabónase sin terminar; de que ningún combate es el último y de que sólo se llega para recomenzar, unas veces « cuesta arriba », siempre arriba y otras cuesta abajo, siempre abajo... ¿Resultaba al fin que no era toda la vida aplastar Champanes, construir pórticos dóricos, y hacer marchar, *vestidos* de negro ó rojo, ejércitos, avanzadas, vanguardias y reservas de números chiquitines, militarmente alineados? ¿Faltaba algo? La verdad, sin fantasías, es que al dejar ahora los cálculos, como en otro tiempo al dejar el Álgebra, lo asaltaba una especie de insomnio que mezclaba, apenas diseñadas de blanco, ideas que sólo vagamente había sentido. ¡Pero no era él árbol en que pudieran anidar ruiseñores! Ciertamente es, con todo, que por asuntos relacionados con la propuesta y las ligeras modificaciones que en el trazado habían tenido que efectuarse, de improviso empezó á visitar con más frecuencia al viejo y á ver aparecer á cada momento entre sus números una curiosa figurita de mujer.

¡ Sería una majadería sin consecuencias ! Lo mismo le había acontecido cuando con la Álgebra entre las manos, se quedaba dormido. Por consiguiente, no iría más allá y cesaría junto con cesar la casualidad de que casi todos los días salía á abrirle la chica del amigo « Anteo » cuando, sin hablar palabra, llegaba á su trabajo, que, por lo demás, terminaría muy luego. Pero la chicuela siguió abriendo la puerta y siguió, además, apareciéndose como en algo propio entre los planos y los números. Por otra parte, no era tan poca cosa el trabajo que faltaba y aun cuando es cierto que al verla se limitaba á decirle como á la niña de la casa « ¿como vamos, señorita María? », cierto también, y cierto sin rectificaciones, era que, mientras él hacía cálculos, ella, convertida en encarnación de la familia casera y hacendosa, cortaba, teniendo un hilo entre los labios, el molde tentador de su primer vestido largo. Se acercaba en seguida á curiosear en los planos en que León y su padre trabajaban de cabeza, preguntando al estirar el dedo, que para más señas parecía de muchacho de escuela :

- ¿Y qué es eso?
- Eso es un puente.
- ¿Y aquello?
- Un túnel.
- ¡ Aaah ! — decía entonces tirando de un extre-

mo á otro el hilo, más de muñeca que de vestido largo, que pendía de sus labios.

¡ Idilio ! pensaba León sonriéndose, sin mirar la hebra de coser que en ese instante viajaba placenteramente entre los labios de la chicuela que iba convirtiéndose en mujer.

Pero como estaba convencido de que no se enamoraría nunca ¿qué peligro podía haber en que, mientras trabajaba, metiera ella en los planos su dedo de muchacho travieso, preguntando á cada instante « ¿qué es eso? »... Cierto es también que, como dicen, por menos se ha tentado un santo... Y como era incapaz de enamorarse é incapaz de conocer que ya lo estaba, seguía creyéndose árbol poco á propósito para anidar ruiseñores. Sea como quiera, el hecho es que entre sus números y sus tiralíneas, se aparecía cada vez con más frecuencia la figurita de chiquilla que diseñaba á la sazón el vasto plan de su primer vestido largo. ¿Pero la que llegaba á dispersar sus cálculos con el hilito aquél que parecía sacado de la última muñeca, era la misma que le había salido á abrir el día en que, sin conocerlo aún, llegó á ver al antiguo amigo de su padre? ¡ Sin duda ! ¿Pero cómo había podido convertirse casi de improviso en mujer, siendo que hasta el día antes no era más que una chicuela que andaba con la cabeza llena de amapolas? Afortuna-

damente, no podían ir las cosas más allá; así es que solo le hacían sonreír aquellas preguntas tan sin son ni ton de la « señorita María ». Al fin de cuentas, todas esas niñerías pasarían como pasan las golondrinas de invierno y los veranitos de San Juan. ¡Era demasiado tarde para que pudiera alcanzarlo la primavera! No creía, por lo demás, que fuera de él la culpa de haber llegado sin afectos hasta ese momento de su vida. Pero ¡vuelta á las mismas! : de los pórticos dóricos y los números amontonados sobre el papel, salía de nuevo una figura de mujer así como en otro tiempo habían salido zumbidos de abejas mieleras de los azahares mezclados con mutiflores y madreselvas del « patio grande ». Sólo que ahora la x de su Álgebra se entrelazaba á veces con el hilito blanco que pendía de los labios de la chica tan afanada á la sazón en confeccionar su primera falda larga...

¿De tal manera que « el inadaptado » — según la frase del diario aquel — que había empezado enfrentando á la ciudad, invadida á trechos por las madamerías de París, un Caupolicán de bronce, concluía por enamorarse como un colegial de una chiquilla ante la cual se sentía turbado?

¡Qué! Sería un hombre un poco diverso á los demás, pero no daría entrada en su vida á « sentimentalismos » que reñían dura batalla con la dureza

de su carácter. Su resolución estaba tomada en este sentido y, sin embargo... días, horas después, volvía á aparecer entre sus números la cabecita de las amapolas...

La señorita María concluía ya la pollera larga, y su pelo rubio, que hasta entonces había vivido libremente, era cosa clara que se prestaba de mala gana á tomar parte en la comedia pretenciosa del primer moño.

La muñeca acabó, pues, de quedar convertida en señorita grande, con lo cual el dedo hurguete de la chiquilla desapareció para siempre de los planos sobre los cuales, en cambio, se quedó una vez un botón de rosa que ella tuvo el inaudito atrevimiento de decir que ahí lo había olvidado.

— ¿Sí?...

Quería continuar, pero no encontraba cómo. ¡Qué! Era positivamente cosa más sencilla construir pórticos, dibujar planos y aplastar Champanes. Por otra parte, nada más temible para cualquier hombre, máxime para un novato, que encontrarse frente á una mujer que se acaba de alargar el vestido, dejando de una vez los arreos de chiquilla.

— Consérvelo usted, « señorita María » — dijo por fin. — Yo no uso flores.

Días después, la indiscreción de una puerta repentinamente entreabierta, como todas las puertas tras

las cuales hay una mujer, le permitió ver que la rosa aquella, vivía aún en un vasito de cristal... Entonces, por primera vez, él se preguntó alarmado : ¿y si yo me casara?

Y al hacerse esa pregunta, comprendía ya que todo estaba resuelto y que la x de su Álgebra de estudiante empezaba á desaparecer.

La pregunta aparecía á cada instante : « ¿casarme? »... ¿Y cómo no repetírsela al mirar ese moño diminuto que acababa de encaramarse sobre la chiquilla hecha mujer? Además, le parecía que representaban bien padre é hija el vivir sencillo, ya tan alejado, de otros tiempos.

Días después, cuando la « señorita María » se acercó en silencio á mirar los planos ya terminados, él, el hombrón, le dijo con timidez de niño :

— Se van á encender...

Contestó con el silencio de una sonrisa apenas dibujada. Alzó los ojos, miró como en ciertos momentos miran, cual más, cual menos, todas las mujeres, y volvió á bajarlos, velando la acumulación de vida que había en ellos.

De lleno ocupaba en ella la juventud el lugar de la hermosura, que tenía algo de inconcluso al par que una gracia que no siempre aparece en la belleza. Su carita era exageradamente redonda y sus ojos tan bonitos parecían entretenidos en soñar con no se sabe qué.

Al mirar, agregó en esta ocasión un último ademán de chiquilla : tomó entre las manos el extremo de una cinta y dijo algo que no era ni pregunta ni afirmación ó ambas cosas á la vez :

— Ustedes se van...

Y ante esa timidez y antes que se extinguiera del todo la vocecita débil, como dispuesta á huir, que acababa de hablar, en una frase tan vulgar á fuerza de repetida, surgió impetuosamente la personalidad de León :

— Yo no, si usted no lo quiere...

En seguida, después de un largo silencio, inclinandose sobre los planos, agregó :

— Mi vida es un poco triste...

Y se puso á dar, á riesgo de echarlos á perder, uno que otro toque á los planos ya terminados, y luego, como en todos los amores falsos ó verdaderos, contó su vida, pero no como es de uso y costumbre en estos casos, es decir, *aumentada, corregida y calculada*, sino, en efecto, como esa vida había empezado cuando, siendo niño, lo tomó de la mano al bajar del tren, la viejaña aquella, la Doña Encarnación del cuento y de la existencia real; y se echó á andar con él hasta que subieron á un tranvía, más ó menos « urbano », y en el cual el huerfanito llenó el primer hueco á que caía.

— ¡ Y ahora — terminó levantando la cabeza, — y ahora, á la obra ! Conque, adiós. . .

Se acercó á ella, le estiró la mano, que retuvo, y ambos se quedaron en silencio cerca de una ventana entre la luz que se desvanecía.

« La señorita María » no contestó nada, pero en cambio, sus ojos se llenaron de lágrimas, campestremente sinceras, tan sinceras como el relato de León, tanto que, haciendo uso de uno de los calificativos más de moda por aquel entonces, bien pudieron ser calificadas de cursis esas lágrimas. . .

De mujer grande, no tenía la chicuela más que el moño, que tal vez en ese instante se sentía arrepentido de haberse prestado á disfrazar de niña los diez y siete años no cumplidos. — Chiquilla y moño, en efecto, acaso comprendiendo que su travesura los ponía al frente de las cosas más serias de la vida, estaban asustadísimos y en silencio. . .

Salió León y al entrar después el viejo y comprender lo que acababa de pasar, abrazó « á la novia » y le dijo simplemente una de esas tonterías con que queda hecho y aceptado para siempre lo que mucho antes ya ha sido estudiado y resuelto :

— Enhorabuena, porque serás la mujer de un verdadero hombre.

Y siguió otra escena que la literatura y ciertas costumbres también habrían calificado de muy

cursi, tan rara iba siendo : soltó el llanto la muñeca y el viejo de nuevo la abrazó sonriéndose :

— Vas á ser feliz . . .

Después, sólo días después, siguió otra escena de porte anticuado, escena opaca y patriarcal : el matrimonio de parroquia, sin aparato y sin asomo de « complicaciones sentimentales ».

Sobraron ofrecimientos cuando se hizo pública la noticia del casamiento ; pero, decididamente, era cierto y bien cierto que él quería llevar á la práctica de su misma vida sus anhelos por lo que hubiera deseado conservar como reliquia de otra época : la austeridad de antaño, corrida por los brochazos modernistas de ogaño. Renunciaba, pues, á ser objeto de curiosidad pública y á cubrir de joyas « arte nuevo » ó de modisterías de pacotilla á su « señorita María », como seguía diciéndole. Así fué, en efecto, y una tarde á la oración, allá en una parroquia de barrio relativamente apartado, campanario no muy alto y campanas no muy nuevas, San Isidro se cubrió de luces y flores, luces de cera virgen y flores de caserón. Se arrodillaron los novios y tras ellos Anteo, los testigos y un pariente de la novia que, efectivamente, parecía exhumado del museo colonial. León no había tenido más que un amigo, Carlos, gran médico á la sazón, que invitar.

Ante el altar y la desposada, cubierta con aza-

hares de huerto casero, en el templo casi en silencio, invadió á León una dulce espiritualidad. Inclínó la cabeza que ocultó entre las manos. Las apariencias, que engañan lo hacían parecerse en ese instante, ni más ni menos, á un hipócrita cualquiera.

Sin saber por qué, acaso porque siempre cerca de la felicidad andan ocultándose las lágrimas, sus ojos se humedecieron.

El órgano tocaba.

Apareció uno de esos personajes que surgen de improviso de cuadros ó escenas que ya parecían borradas por el pasar de la vida : actuaba en la ceremonia — no podía ser otro — aquel mismo venerable presbítero, Don Salomón Carillo, que ostentaba ahora una capa florida como Pascua de Navidad, unas manos más gordas que nunca, unos párpados como siempre gruesos y pesados y una cara cada vez más llena y anti-dispéctica.

La verdad es que faltaban sólo unos cuantos casacones bordados para que la escena pareciera la Colonia, rediviva al llegar la hora de queda, en que, en efecto, terminó la ceremonia.

Cuando, concluída ésta, llegó un monaguillo apresurado á soplar las luces, en el sitio que había ocupado la desposada, encontró el apagavelas algo que empezó á recoger y juntar entre sus manos pegoteadas. Eran azahares frescos, sustraídos á las

abejas que con ellos hacen miel, para adornar el vestidito blanco de la novia.

VII

Los trabajos llevaban ya tres años.

Monte y valle se estremecían asaltados por el impulso formidable que, al fin, llegaba á soplar con viento de cumbre la fragua hecha ascuas en que á combo y brazo desnudo se batía el acero que convertido en ligaduras salva vacíos y quebradas.

Bandeada en el corazón la enorme serranía, protestaba la tormenta contra la audacia de esa obra que iba sumergiendo en el monte sus recios tentáculos.

Cada golpe en la roca desgajaba gimiendo la piedra del túnel que, en medio de la impenetrable perspectiva, estiraba poco á poco sus estrías de sombra.

La peonada, verdadero ejército de trabajadores á jornal, acampaba en las quebradas y lomeaduras del terreno cercano y renovaba de luz á luz la batalla peleada en la entraña del formidable farellón.

Había tenido esa obra, labrada en un campo de grandiosidad tan única, el raro privilegio de atraer obreros de todas las zonas del país, juntadas así en un mismo músculo destinado á traspasar y vencer la gran barrera.

Era en efecto esa peonada, un excelente contingente de fuerzas jóvenes que se abrían paso pulgada á pulgada en medio del ruido tenaz de las horadoras.

La montaña entera parecía vencida, huérfana de águilas, espantadas por el discordante rebullir de la vida obrera que turbaba el reposo de las alturas con el vocerío soez de los braceros. El rumor febril derrumbado de alto á bajo y devuelto, inflado, agrandado y dispersado por el viento que vuela de cumbre en cumbre, llenaba con ecos de combo y fragua todos los senderos y vericuetos que afluían á ese boquerón, verdadera herida abierta en el torso mismo de la montaña.

Vendaba á veces la entrada al túnel la seda flotante de alguna nube que al pasar ante él, se partía abriéndose en alas.

Hombres y vagonetes se atascaban á la entrada y luego, entre gritos y tropeles, reanudábase á empeñones la marcha y la batalla paleada monte adentro.

Entraba y salía sin cesar el material, mientras el rumor humano perdíase como eco de gnomos ó pig-

meos que en busca de luz y diamantes rasguñaran afanosamente la roca.

Tan intenso era á veces el ruido de esa faena, que parecía que la montaña entera iba á desmoronarse rodando hecha riscar hasta los valles en que la estación próxima á concluir, desteñía más y más los colores del cuadro agrícola.

Todo se utilizaba en ese mina ó taller, así es que hasta en las cumbres suspendían los alambres las esferas radiantes de los focos eléctricos.

Chillaban sin descanso los locomóviles y las carrileras, pugnaban los elevadores y golpeaba sin cesar el puñetazo formidable de los martinets. Resoplaban con vigor animal los motores, y los taladros se hundían bufando vapor en la roca que no cedía ni ante el recio estrellón del combo. Estiraban las grúas el áspero cordaje de sus nervios de acero y luego vomitaba el boquerón fragmentos extraídos por medio de los infatigables Decauvilles.

Un trabajo sin descanso, ataque sin tregua á la montaña indomable que de repecho en repecho había venido desafiando con dificultades cada vez mayores, llenaba una vasta porción de cordillera.

Despeñábase monte abajo el río, que al saltar, hecho músculo enfurecido, semejaba serpiente que se escurría silbando entre las piedras que querían aplastarla.

Entre el pedregal, perfilando bien el camino trazado con ondulaciones de cinta blanca, deslizábase la nueva vía, á uno y á otro lado de la cual los reductos de material acumulado, dejaban comprender que el asedio continuaba cada vez con mayor ímpetu.

Dos, tres pasos y se desaparecía en la sombra, en cuyo centro brillaba con intermitencias de combate el lampazo de los estallidos en su tarea de masticar la roca.

Iban y venían los Decauvilles, sumiéndose una y otra vez en esa cavidad, que más parecía la huella de algún rayo que hubiese intentado herir la estructura misma de la montaña.

Afuera, cantos, vida, luz, gritos, nieve y viento que retumbaba modulando el abecedario con que se expresa la tempestad. Además, vegetación que barbaba á trechos los peñascales condenados á mantener suspendidos sobre el abismo sus cuerpos monstruosamente deformes. Adentro, el socavón prolongando su cuerpo de serpiente inasible que buscaba la sombra para esconderse y morir.

Llegaba la obra á la parte más ruda de la empresa que con atrevimiento nunca visto avanzaba á través de la montaña cuya cumbre — feudal de las alturas — ignoraba, cegada por las nubes, que para destronarla estaban día y noche empeñadas en horadar

su base. Por razones de elevación, no veía ó no podía ver la cima que el más espeso de sus flancos iba siendo traspasado de parte á parte, coronando así el intento que por fin haría flamear sobre el más soberbio de los pedestales de la audacia triunfante, una simple bandera inaugural, pero hija ó descendiente de las que en son de guerra y libertad trasmontaron hace un siglo los Andes.

De las ciudades y los valles, sembrados de viñedos y trigales, arribaban trenes y más trenes que, como en paisajes suizos, llegaban hasta punta de rieles, haciendo rechinar los dientes de la cremallera. Seguían en carruaje los pasajeros, que camino del país cercano, tenían que salvar la cumbre, y la faena, interrumpida un instante, reanudaba con entusiasmo su tarea.

Sólo al alba dejaban ver las nubes una que otra facción del coloso medio perforado, y en la noche, en la inquietud de su sueño turbado por el trabajo que desgarraba sus entrañas, parpadeaba, mostrando á través de sus respiraciones de cráter, la grandeza abrumante de sus líneas.

Á esa misma hora, al despertar el ejército obrero, acampado cerca del pique frontal del túnel, solía descubrir el monte altísimo sus contornos estupendos, que ninguna arquitectura podrá copiar, porque resultan demasiado grotescos cuando se les intenta reducir.

Perdíase cada vez más en los pedregales y rodados, la voz, vagabunda en la inmensidad agreste, del melancólico cencerro, próximo á desaparecer para siempre, y que durante siglos ha recorrido en recua esos parajes.

Cierta seguramente la cumbre de que ya no podía impedir la resonante invasión de arreos de vida moderna que la cercaban, envolvíase á la hora crepuscular en toga roja, para dejar á los hombres, incapaces de herirla en la frente, entregados á la misión rastrera de apuñalear sus flancos.

Se acercaba entretanto el invierno, pero no por eso cesaba la actividad de la gran faena y, al contrario, por la pedregosa ribera del río, deslizaban los trenes, unos tras otros, sus vértebras potentísimas cargadas de fuerza y material.

Los sudarios de nieve que caían de alto á bajo, prendidos á la montaña, y los saltos de agua inmovilizados, hechos mármol, congelados de improviso por el horror del frío, indicaban que el silencio celebraría muy pronto en aquellas regiones y sin más aparato que el pavor de su reposo, los funerales de la vida.

Ese mismo hocico de fiera jadeante que daba entrada al túnel, también podría atascarse de improviso, amordazado cualquier día por un golpe de nieve.

Sin embargo, como si en esa obra imperase una voluntad capaz de encararse con la misma naturaleza, continuaba cada vez más tenaz la horadación de la montaña. Se había redoblado la actividad con una ligerísima movilización de todos los materiales que por medio de disposiciones tan rápidas como adecuadas, quedaban convertidos en amplias casamatas, destinadas á proteger por las noches á los trabajadores. Reforzáronse con rieles, clavados á martinete, las alcantarillas y los puentes que el río atacaría muy luego con furia, una vez que de lleno entrara el invierno. Era necesario aprovechar muy bien el tiempo y, concluído el atrincheramiento general de estribos y terraplenes, se reanudó el ataque á la montaña, vencida á medias. Todo el tren de asalto, bombas y vagonetes, elevadores y locomóviles, grúas y motores, compresores, taladros y furgones, todo avanzaba hecho aluvión con rumores y voceríos de ejército que marcha en avance, arrastrando consigo todos sus bagajes. Nunca había presentado la obra un aspecto más rudamente grande, y cuando, entre la luz indecisa de la mañana, avanzaba el ingeniero hacia el túnel entre las herramientas presentadas como se presentan las armas al general que de nuevo marcha hecho sombra hacia los últimos reductos, era aquello un cuadro realmente hermoso y significativo. Nada

más imponente que la aparición de ese hombro que destacaba entre los tintes lívidos del amanecer cordillerano su corpulenta silueta de boer. La luz, que parece avanzar tan lentamente en la frialdad de ciertos parajes, agrandaba esa silueta abrupta, dibujándola con precisión sobre el agrio paisaje circundante. Se había dejado crecer la barba. Llevaba botas de monte, *guarapón* de paño gris y poncho terciado sobre el pecho.

¡Qué lejos de la ciudad en hervor de *champañismos* y politiquerías al menudeo se cumplía la severa ley moral que el héroe venía siguiendo !

¡ Y cómo quería á su general ese ejército tan áspero y cerril de los trabajadores ! Para ellos, no era el patrón sino el jefe que también sabe ser maestro y hasta hermano. Todo lo cuida y todo lo ve, desde el alimento hasta los vestidos. Lleva al día un boletín del trabajo, obliga á la instrucción, persigue el licor que arriba á la faena y de tiempo en tiempo, lo mismo que cuando edificaba su primera escuela, da conferencias á sus obreros.

Á medida, pues, que se acercaba el momento de que la montaña vencida dejara penetrar la luz, el ingeniero iba sacando poco á poco de las tinieblas á su gente. Podía afirmar por consiguiente que hasta el corazón de la montaña lo había convertido en escuela, realizando así un pleno ejer-

cicio de los orgullos de una alta superioridad.

Cansado de su labor abrumadora, soñaba á veces, buscando los caprichos y similitudes de aquella naturaleza. ¿Tendría algo de poeta sin saberlo? ¿Poeta? . . . ¿Y si no lo era, cómo es que podía con tanta facilidad transformar en símbolos los detalles del cuadro en que vivía?

¿Sería simplemente el cansancio físico el que le hacía ver las más extrañas fantasías? Á veces, por ejemplo, en una nube cualquiera, le parecía ver águilas legionarias que se erguían persiguiendo con sus garras los primeros destellos de luz. Y cuántas cosas más, no siempre claras y lógicas, descubría en esas nubes que el viento arrancaba del ocaso conflagrado para arrastrarlas hechas girones por el cielo pardo del anochecer! — ¡Gran cuadro sin duda, aunque no de salón ni de vestíbulo, ese de « la oración » cordillerana!

Á lo lejos — con lejanías de siglos — el crepúsculo de fuego y sangre parecía copiar el bosque araucano, incendiado por la conquista. Más acá, en la plena, en la suma paz del cielo, le parecía ver rondas de alas blancas que vagaban perdidas, acaso sin hallar nada de la tierra que subir al cielo ni nada del cielo que bajar á la tierra.

¡ Poeta, gran poeta en que la fantasía y siempre la

fantasía, solía diseñar más de una grandiosa Anunciación cívica !

— Es necesario soñar — pensaba, volviendo á la casucha construída con piedra de la montaña y á la cual había traído á su mujercita, que no habría consentido en separarse de su lado.

El frío, que empezaba á arreciar, quemó primero y aplastó en seguida el sembrado que rodeaba la casita, y las flores de estación se venían al suelo, porque « la señora », obligada como estaba á la inmovilidad, ya no podía cuidarlas ella misma.

El se había empecinado en esperar á su hijo ahí en medio de su obra, á tanta altura y tan lejos de la ciudad congestionada de modas y drogas. Le entusiasmaba el proyecto de que esa vida próxima á empezar, fuera arrullada desde el primer instante por el ruido del taladro, perforador del monte.

¡ Un hijo de la montaña ! — ¡ Proyectos á que habría que cortar las alas para meterlos en el equipaje de bajada !

Decididamente, quería intentar la idea de que la mocosuela convertida en futura madre, tuviera ahí al lado de la faena á su hijo, pero un día recibió de Anteo, que agitaba en la capital todo lo relacionado con el trasandino, un largo telegrama en el cual le decía que marchara inmediatamente á Santiago, donde empezaban los trajines electorales y había

logrado abrir camino á su candidatura legislativa. En carta que siguió al telegrama, le explicaba todo, allanando las dificultades y asegurando que él y sus esfuerzos bastarían para hacer triunfar la candidatura del que, á su vez, hizo triunfar, contra viento y marea, la « propuesta Anteo ». El viejo se volvía joven.

— ¡Yo en la Cámara! ¿Y para qué? ¿Para encontrarme de nuevo frente á Champán?... ¡Imposible! — agregaba en alta voz, acariciando á la madre en miniatura. — Imposible, más que todo porque la obra no puede suspenderse, como que á fines de primavera, tiene el túnel que llegar á luz.

« La señorita María » que dormitaba, levantó la cabeza :

— ¿Hablabas?

— Sí... Voy á ser diputado. ¿No lo sabías?... Pero ¿cómo suspender los trabajos!

Se acercó á una ventana á mirar el crepúsculo cuyas nubes formaban enorme friso despedazado á que la luz muriente daba tonos de fuego que se apaga. — Se acercaba la oscuridad, desgarrada á trechos por la nieve, empeñada en marmorizar la gran montaña.

— Es imposible detener los trabajos, — insistía el ingeniero.

Pero como la nieve seguía cayendo, cerrada y sin

interrupciones, hubo de ordenarse la suspensión temporal de las faenas.

VIII

Marchó con rapidez á la capital y, al llegar á ella, pasó de nuevo, en brusca transición, del barrio pobrete ó pobre del todo, al centro, invadido ya por los artículos de invierno.

El sol se permitía á la sazón la cursilería de trasegar entre nubes que más parecían trapos de tienda.

Algo quería ver ese sol, escapado de los primeros días lluviosos : los cartelones que, empapelando media ciudad, anunciaban con grandes letras rojas la constelación de estrellas, terminadas en *ini*, que pronto empezaría en el Municipal la temporada á que año á año hacen eco los *cantaritos* de las primeras lluvias.

Pieles raras, muy raras, y hasta pellejos disfrazados, daban á las vidrieras un aspecto exageradamente polar... ¡ Comienzos de invierno al fin y al cabo !

Gentuza de paso se detenía á mirar los retratos, un poco desteñidos por el traqueteo, en que divas y sopranos, más ó menos absolutas, abrían pindáricamente la boca, estiraban los brazos, casi siempre tan gordos; y levantaban los ojos, en que, á fin de que la realidad fuera más completa, no faltaba sino la pequeña fantasía de una lágrima, iluminada á pincel... Tan salvajizado estaba el ingeniero, que al divisar todo esto desde el coche en que con su mujercita se encaminaba al hotel, se sentía así como acoquinado y temeroso. — Positivamente, pues, le gustaba más que la decoración que en invierno cae sobre el centro, la casucha, hecha con piedra extraída del túnel, en que vivía en la cordillera.

Á riesgo de cometer una temeridad, asomó la cabeza por la portezuela del « postuno » que brincaba hecho una *cueca* de Nochebuena sobre el áspero *divortia acuarum* del pavimento.

— ¡Qué curioso!

Señalaba un poste color picota ó cosa de patíbulo en que, disputándose el espacio, anunciaban dos carteles dos temporadas, lírica la una — la del Municipal — y parlamentaria la otra, — la de Champán. Como siempre, la lírica anunciaba su estreno con « la celeste Aida »... Champán, en cambio, anunciaba algo nuevo : una mezcla de

alianzas y coaliciones en nombre de lo cual presentaba su candidatura por Santiago.

— ¡Siempre de moda! — pensó León. — Y lo que es ahora, su candidatura aparece *hombro con hombro* con los carteles de las bailarinas.

Por lo demás, era magnífico el retrato que anunciaba su nueva reaparición electoral. — ¡Qué aviso de bebida higiénica ni qué nada! Al lado, cartel á cartel, la bailarina-jefe lucía sus formas con inocencias de *pizzicato*. Mas, á pesar de la vecindad, ¡qué bien estaba Champán en ese retrato: un poquito calvo, eso sí; más blanca la perilla y, en cambio, más peluda la nutria del abrigo.

— ¡En todas partes he de encontrarme con este señor!

Y al enfrentar bien el poste en que había juntado la casualidad — nombre que para hacer colegialadas escoge el Destino — á la bailarina de los inocentes *pizzicatos* y al gran Champán, para ambos al parecer hizo saltar el coche unos cuantos globulitos ó perlas negras de barro líquido... ¡Primer ramillete de la temporada!

— La campaña está muy avanzada — dijo Anteo á su yerno; — lo que no importa, siempre que andemos de prisa, como que tenemos que empezar hoy mismo. Algo se ha hecho, pero falta mucho más.

Miró el reloj.

— Hay que ponerse en campaña esta misma noche y hablar cuanto antes con una cantidad de gente que seguramente, querrá apoyarnos. Conque, un poquito de actividad, — agregaba el viejo, rejuvenecido desde el triunfo de su propuesta.

Continuó exponiendo lo hecho y lo que había que hacer : desde luego la candidatura estaba indeclinablemente presentada.

— ¿Y en nombre de quién?

— Del trabajo. Así dicen las proclamas

Mostró una :

« *Candidatura independiente, lanzada en nombre del trabajo y la honradez.* »

En grandes letras, como clavado á martillazos, destacábase impreso con tinta negra que traspasaba el papel, todo el nombre de León. Seguía una biografía muy corta :

« *Constructor de escuelas y trasandinos.* »

Así entendía el viejo la propaganda electoral.

No era lo menos interesante de la situación en que ambos personajes se encontraban el hecho de que ninguno de los dos supiera mucho de las intrigas políticas de aquellos días. ¿Entonces? ¿Qué agrupación conocida presentaba la nueva candidatura?

¿Representaría sin saberlo alguna tendencia nueva que por primera vez empezaba á manifestarse?

Partido alguno había querido ampararla.

Estaban en el mismo saloncito de hotel á que años antes llegara uno de los personajes reunidos en ese instante á ofrecer su concurso á aquella propuesta, aplastada por tantos años de estolidez.

— Aunque la vida es corta — pensaba León, — da plazos para que dentro de ella nos alcance el premio ó el castigo.

Encendieron las luces y en la proclama, extendida sobre las rodillas de la futura madre, resaltó con austeridad patricia esa frase sin giros bailarinescos ni adjetivos empolvados :

« Constructor de escuelas y trasandinos. »

El viejo continuaba imponiendo á su yerno del estado de los trabajos : habían llegado muchas adhesiones y en los diversos barrios de la ciudad iban á formarse centros que trabajarían sin botellas ni discursos.

Pero ¿servirían de algo esa clase de concursos, cuando los caciques y *gamonales* de aquel entonces no tardarían en combatir la naciente candidatura? *El Siglo XXX* había lanzado ya su santa palabra á propósito de « cierta candidatura espúrea »: — « Es conveniente, decía, no equivocar la política con la albañilería ».

León se encontraba, pues, con que la lucha había empezado y no esperaba vencer, comprendiendo de antemano que combatiríanlo unos francamente, al

paso que se abstendrían otros. La cosa era clara : no querrían por nada de este mundo los que lo resistirían, la fiscalización de un puritano y los segundos, los indiferentes, no era fácil que simpatizaran con su orgullosa terquedad.

No serían pues, pocos los que prefirieran un orador fácil como Champán, que ya paseaba por todas las comunas urbanas y rurales, céntricas y excéntricas, su simpática candidatura...

Medio olvidado ya de aquel « miserable » que en su misma casa le lanzara León, analizaba con benevolencias de hombre superior la personalidad de su contendor :

— Es porfiado para el trabajo, pero ni tiene nada de político ni conoce la vida... La vida — agregaba con tono de experiencia ya cercana á las decepciones, — que al fin y al cabo, enseña más que los mismos libros.

Y en rápida ojeada, recordaba el muy pícaro, haciendo con sus votos ya impresos abaniquitos de naipe mal barajado, toda su carrera, tan pública... Divagaba :

— Lo que me extraña es que « el señor Riel », sin necesidad de perforadora, no echara á puñetazo limpio la cordillera abajo, porque, eso sí, tiene unas fuerzas de bestia... Y pasándose de nuevo de una cosa á otra, empezaba á recordar los tiempos, cada

vez más borroneados, en que diseñaba en el techo de su cuartico de inspector, un programa muy propio de quien se preciaba ya de ser gran conocedor de la vida, que, por lo demás, parece cierto que es muy profunda. — Debe ser una broma — proseguía pensando — eso de la « candidatura independiente del señor Rield »; una broma ó un recurso de ocasión para suspender, ya se sabe con qué objeto, los trabajos del trasandino.

Y hasta se le pasó por la cabeza la idea de hacer sobre esto unas cuantas « preguntas antes de la orden del día ». ¡ Desgraciadísimamente, las sesiones estaban cerradas !

— ¡ Pero no hay cuidado ! — decía á sus admiradores de club de propaganda, golpeando las manos para que trajeran de una vez algo que beber.

Un observador atento, habría podido notar qu una gota de licor azucarado campeaba disimuladamente en la levita; que la cadenilla de los anteojos no brillaba tanto y que aumentaban la calvicie y las arrugas. Intacta estaba en cambio su asombrosa facilidad para enredar ministerios, dando de repente el carácter de interpelación á lo que al principio parecía simplemente una « pregunta antes de la orden del día »...

El tiempo amenazaba lluvia y acababa de escon-

derse hipócritamente la luna, sabe Dios con qué incógnitas intenciones de alegre trasnochada.

Un momento después, empezó á esparcirse por todas partes el denso bostezo de una niebla en medio de la cual brillaban tan de mala gana bombas y bombillos eléctricos, que llegaban á parecer joyas de vidriera mal alumbrada para disimular la falsedad de la mercancía.

En ese instante, casualmente, Champán tanteaba la noche, asomándose á un balcón del club, empapelado de carteles y banderas al parecer de baratura, que pendían con rigideces de ahorcado goteando el agua sucia de los trapos que antes de la función ya empiezan á desteñirse.

— Es el club del otro candidato.

Habían salido á dar una vuelta por la ciudad é iban de incógnitos á echar un ojeo por los barrios en que empezaba á arder la agitación electoral.

— ¿El club de Champán? — preguntó León.

— El mismo.

Estaba metido entre dos grandes edificios y en cada uno de sus balcones se balanceaba protestando del mal tiempo un farolito chino.

La animación, que á las siete de aquella noche parecía estar embarrada y entumecida, renacía á las ocho, mientras con repentino buen tiempo se iba de jarana la luna por un cielo encintado de nubes blancas.

No tardaron León y Anteo en llegar á una de las comunas de la ciudad en que era más grande el jolgorio electoral. Avanzaban deteniéndose, descorazonados ante la extraña germinación que invadía el barrio entero, inundado de cartelones y proclamas. Había paredes materialmente cubiertas de grandes retratos en los cuales Champán, con la cabeza en escorzo, suspendía en alto su perilla de Napoleón de arrabal, complacido en medio de la luz indecisa de un alumbrado deficiente y de la atmósfera de desperdicio que llenaba la comuna.

Multiplicábanse casi puerta de por medio las cantinas y, para mayor comodidad de aquel público, desinteresado y entusiasta, una contraseña, visada por el secretario de los trabajos *champañescos*, daba derecho á cierta clase de consumos en los chiribitiles subvencionados por el candidato.

La campana de San Francisco dió las nueve con su acostumbrado sonsonete. Se acercaba, pues, á su *máximum*, el entusiasmo de los futuros electores, y, en efecto, bastaba detenerse en la puerta de cualquiera de las tantas « secretarías », para escuchar voceríos, discursos y ruidos de copas, todo revuelto y confundido en el claro-oscuro político que se revolvía pataleando entre humo y licor barato.

¡ Cuándo se había visto animación más grande en

ese barrio en que el candidato había cuádruplicado las « secretarías » y las cantinas !

Eran las nueve y pico y cochadas y más cochadas de oradores y ciudadanos desbordábanse sin cesar hacia el interior de los clubs.

Un mismo viva en coro lanzado por centenares de voces, se extendía hinchando como vela de barco en marcha, las tiras de tocuyo que iban de un lado á otro de la calle.

— ¡ Viva el Champán ! — coreaba una collera de sufragantes, mozos diablos al parecer, que, hechos ronda, se habían constituido en alegre jira de inspección por todos los *restaurantes* del barrio.

— ¿ Y el otro candidato ?

— Lo eligen los abstinentes.

— ¿ Y cómo se llama ese animal ?

— Gracias, — pensó León, deteniéndose con su acompañante para dejar pasar la comparsa de borrachines que acababa de aludirlo.

Mas allá, en un teatrúcho convertido en club, se anunciaba cena con asistencia del candidato, después del *meeting*.

Siguieron internándose en el arrabal. Escaseaba más y más la luz y empezaban á divisarse mura-lones reblandecidos por la lluvia que á trechos dejaban ver grandes espacios de negro despoblado.

Soplaba de nuevo la ventolera, barriendo hacia

las afueras de la ciudad, respiraciones, ecos, olores y hasta pedazos de discursos, desprendidos de la feria electoral.

Volvían ya, cuando los sorprendió el estrépito de un tropel que se acercaba trayendo hachones, banderolas y avisos iluminados á través de la tela. Era Champán, que llegaba acompañado de sus correligionarios de otros barrios á visitar esa comuna, « el más fuerte baluarte », de sus trabajos. Marchaba erguido, sonriente, como en los mejores días de su vida política, y tenía para cada elector un gesto amable. Renacía feliz y complacido en medio de esa ola de entusiasmo, que lo llevaba irresistiblemente comuna adentro. Toda la mugre de la ciudad, embanderada, endomingada y rellena con la gran panzada electoral, refluía á ese barrio, siguiendo á Champán.

León se sintió desalentado :

— ¿Ve usted mi derrota? La siento por una cosa : porque se elegirá al que mejor sintetiza esta *libertad* que, copa en mano, perora en las cantinas.

El viejo se sonreía, entristecido también :

— Pero no hay que desalentarse. ¡ Ánimo !

Volvieron al hotel y al día siguiente, muy de mañana, León vació sus libros, y junto con ellos cayeron, entreabriendo sus páginas, aquellos apuntes bautizados en otro tiempo, cuando frecuentaba

la clase del maestro, con el nombre de su « Biblia ».

Llegaba, pues, el momento de que dijera á sus electores qué noción tenía del bien público que tanto anhelaba. ¡Y de qué manera empezar! ¿Exponiendo todo lo que según él necesitaba el país en ese momento de su desarrollo?

— Pero ¿cómo? La franqueza que tendría que emplear en la exposición de ese programa, me llevaría á la derrota... Será mejor buscar una síntesis que encierre la resolución de tanto problema y que me aleje así de los sectarismos como de los importadores de reformas inadaptables.

Y como no le bastaba prometer, se resistía á meter sus ideas tan honradas bajo banderas que pudieran parecerse á aquellas en que el *champañismo* envolvía sus botellas y sus comestibles electorales.

¿Resultaría al fin de cuentas que no era capaz de entrar á la lucha, aceptada con la precipitación de quien no medita lo bastante en la tarea que va á emprender? Sus libros ¿de qué le servían en definitiva, llegado el caso?... Sería cierta la frase de Champán de que sirve de poco estudiar mucho?

Llegaba la noche y con ella renacía con rumores de muchedumbre que se arrastra, el hervor que tan de cerca le había tocado observar la noche antes.

Se quedó escuchando ese ruido que crecía, avan-

zando hacia el centro : era una gran manifestación que iba á visitar á sus correligionarios de allende el río. Á la cabeza, entre antorchas y banderas, hecho trofeo, digno de adornar algún arco triunfal elevado á las glorias del *champanismo*, mordiéndose el labio inferior para alzar su perilla de veterano político, destacábase Champán, que aún conservaba la costumbre elegante de tirarse á cada instante sobre el hombro la cadenilla de los anteojos. Por lo demás, ocultas ó no por las sombras hipócritas de aquella noche de tamboreo electoral, el hecho es que las violetas parecían no querer buscar ya la seda de su solapa para agruparse en pomposo *bouquet*.

Al enfrentar el balcón de León, la columna entera se detuvo pateando y gritando desaforadamente.

Champán hizo un movimiento de jefe al frente de sus tropas, y, acto continuo, la charanga de volatín rompió con los acordes de la « marcha Boulanger »... Un pilluelo, complacidísimo, se echó de cabeza y empezó á andar con los pies en alto, apoyado en las manos.

Siguió la columna y el caporal, iluminado de soslayo por los hachones que lo envolvían en humo de apoteosis, siguió también haciendo con la cabeza movimientos casi imperceptibles con los cuales llevaba el compás de la música.

León observó, naturalmente, todo el desfile, y

ante esa turba hampesca que pasaba á empellones y risotadas, dejando tras de sí un reguero de mal olor, sus dudas sobre el programa á que debía aco-gerse se aclararon por completo : he ahí, en ese pueblo ineducado y que á pesar de tamaña deficiencia disfrutaba á su antojo de la libertad que mayor preparación exige, he ahí, en efecto, la más honda de las deficiencias nacionales.

La turba, mancha de negrura que se extendía de un barrio á otro de la ciudad, continuaba alejándose, con voceríos de borrachera que se tambalea lanzando injurias y haciendo molinetes con los infectos hachones de petróleo.

Encontrada ya la idea central, faltaba sólo levantarla hecha trinchera que poner frente á frente del *champañismo* que había venido creciendo de comuna en comuna, de barrio en barrio, de provincia en provincia.

De nuevo se asomó León á su balcón, después de ordenar sus libros que parecían haberle negado un concurso puramente teórico, mientras no basara en algo práctico el material de ideas y principios que encerraban. Sumió la cabeza en la sombra, rastreando la fetidez que había dejado el paso de la hampa.

Ecos lejanos, arrastrados hasta el centro de la ciudad, dejaban percibir aún, luchando con la dis-

tancia, los gritos de « ¡ Viva el candidato ! » que venían á chocar con las ideas poderosamente modernas que llenaban de brío la cabeza tenaz de héroe.

Volvió á la sala para abrazar á su mujercita que estaba sumida en uno de esos ensueños — alegría ó presentimiento — tan frecuentes en toda mujer que siente el próximo espigar de la vida hecha vida.

Y después de besarla y quedarse ambos en silencio, volvió á resollar sofocadamente á la distancia, pugnando de nuevo por meterse al centro de la ciudad, la voz de la turba que había pasado insultándolo y que otra vez le recordaba que para llegar al verdadero progreso, hay que emprender primero sin exclusiones la tarea educacional.

Puesto á la obra, apuntaba, borraba ó reducía, deseoso de hacer una exposición sobria y clara : la reconstrucción — la antigua idea de « su maestro » — por medio de una educación nueva.

He ahí el punto-base ¿pero, cuál debía ser esa educación, que no sólo quería que llevara luz á todos los cerebros, sino que de una vez trasformara la bachillería en vida práctica, desarrollada mediante el concurso simultáneo de factores económicos y políticos?

Insistía : primero la escuela — es el surco, — después...

Y temeroso de pedir reformas inadaptables, se detenía un instante para proseguir, honradamente, cierto de que no se equivocaba :

— Después, una instrucción que esté de acuerdo con la naturaleza física de una nación en que todo está indicando con claridad, la cercanía de un vasto porvenir industrial. Pidamos, decía, una instrucción que junto con inculcar siquiera las bases del desarrollo total del individuo, convierta el esfuerzo en una idiosincracia nacional. Pero ante todo, exijamos que esa instrucción se ponga alguna vez de acuerdo con la índole de este país de carbón, hierro y caídas de agua.

Esas eran, en efecto, sus ideas, así es que siguió exponiéndoles con abundancia de relieve y de luz :

— Que se nos transforme en herramientas bien preparadas para el trabajo, librándonos de la *sabiduría* olor á erudición, que muy luego será cosa de museo bibliográfico, porque es lo contrario de la verdadera ciencia, que no muere junto con el que la ha acumulado, sino que, reuniendo los estudios y observaciones de muchos, asocia esfuerzos que no tardan en entrar á formar parte de la vida misma de una nación.

No tardó en terminar escribiendo con letra muy clara :

— Hagamos votos porque empiece á prepararse-

nos para la época, ante todo económica, á que ya se ha entrado... Época de lucha y de asociación y que, llegado el caso, debe ser de guerra con bandera negra á los que, por medio de la coerción, quisieran abrir válvulas de escape al ahoga ó al estallido que va congestionando á ciertos países lejanos, más viejos que grandes ó más grandes que nobles.

Días después, en medio de un asombro que parecía indicar la cercanía ó la llegada de una nueva era, el sufragio de los buenos ciudadanos daba á León II Rield una gran mayoría de votos sobre su contendor.

IX

Con la vuelta del ingeniero, habían reempezado los trabajos, ya muy próximos á la terminación, según se creía.

Arribaba la primavera y en laderas, abras y quebradas, empezaban á derretirse las nieves septembrinas.

Como de costumbre, los trabajos comenzaban al alba, junto con aparecer el ingeniero que se inter-

naba en el túnel saludado por el clamoroso vocerío de la enorme peonada.

Una ola de frío y negrura empezaba sin embargo á crecer en arremetida capaz de arrollar todas las audacias : principiaba á temerse que la vía, traicionando todos los cálculos, se hubiera desviado, alejándose del punto en que debía salir al otro lado de la montaña. — El viento mismo de aquellos parajes parecía zumbiar con modulaciones de terror y desolación. Y no faltaba razón para ello : viniendo de la capital implacable, la más amortajante de las palabras azotaba ya con chasquidos de látigo : « fracaso » . . . ¡ Como si pudiera desaparecer la más noble y tenaz de las audacias ! ¿Ó podría, en algún caso, quedar ciega y vencida la vía excelsa destinada á fecundar con aire y luz la esterilidad taimada é impotente de la montaña?

¿Engañada por la masa ofuscadora de la roca, se habría extraviado la ruta, siguiendo sin rumbo á través del monte abrumador, que se vengaba así de los audaces, perdidos en lo más inflexible de su mole?

Afuera, de las mismas cimas, desprendíase la nieve con blancuras de velo que cae desnudando formas indecisas, senos ó dorsos, vagamente femeninos, suspendidos sobre el abismo.

Y entretanto la capital estallaría en carcajadas y

silbidos, sin comprender la intensidad del drama de tenacidad y de silencio que se desarrollaba en el monte dominador.

Parecía evidente : habría ocurrido un error irreparable que, para ser más enorme y extraño, sólo podría conocerse exactamente el día en que quedara consumado.

Repetíanse una y otra vez las consultas á los planos y los cálculos, y planos y cálculos parecían juguetes microscópicos incapaces de habérselas con la magnitud vencedora de la naturaleza que, queriendo proseguir la tradición de su mudéz y su soledad, extraviaba á las hormigas tenaces que escaraban con la porfía vanidosa, triunfante á veces, de que suele pavonearse lo infinitamente pequeño.

Una tarde, después de un día de amargura sin un solo claro de esperanza, se celebró en el mismo túnel un nuevo conciliábulo.

Tenía algo de cristianismo primitivo esa reunión celebrada en semejante sitio y á una hora en que no era fácil distinguir el día de la noche. Nada había ahí que fuera composición calculadamente pictórica, así es que no se tardaba en comprender que constituía aquel un gran cuadro inédito de la vida industrial de hoy.

Resonaban las voces con repercusiones de caverna, y las linternas eléctricas, esparcidas sobre los

planos, iluminaban en escorzo caras abruptas que parecían formas que empezaban á desprenderse de la materia.

Las manos de combatientes en que se apoyaban las fisonomías, aplastaban barbas recias y revueltas.

Se habló de que la obra debía paralizarse por lo menos mientras no se practicaran reconocimientos en grande sobre la dirección que llevaba el túnel.

El jefe se limitó á sostener que había que proseguir. Estaba seguro de no equivocarse.

Parar la obra equivaldría á aceptar el rumor lacerante que llegaba hasta ese mismo escondite á flagelar á los que, para parlamentar con el miedo, se habían sumergido en él.

Sólo ante la evidencia cedería.

— Seguiré, — dijo.

Y esa palabra, pronunciada con asperezas de espada que traza en la tierra su camino de avance, pareció estrellarse en las rocas, buscando una salida que le permitiera ir á esparcirse y vibrar en medio del campamento obrero.

Golpeó con sus manazas la roca implacable á que reclamaba el alumbramiento de una vía nueva

— Solo.

Sus compañeros guardaban un silencio de hostilidad, y terminada la reunión, cada cual se encaminó

hacia afuera, produciendo ruidos de miedo y traición al retirarse.

El cielo estaba más que sereno, inerte, y como para que los pensamientos del atormentado que á esa hora salía del túnel pudieran ser más hondos, reinaba un silencio más de muerte que de descanso y alivio.

Muy cerca, la claridad lunar dejaba adivinar, inclinada sobre el abismo y como saliendo de una roca de tormenta, una cruz clavada en el picacho más áspero y trágico.

Surgió una luz, como si sin estallar y rebotando de cumbre en cumbre se estrellara la tempestad, y la roca que simulaba figuras de crucifixión, se animó con la vida fugitiva del resplandor que pasa.

El héroe estaba solo y, dejándose caer, buscó con su cara de visionario extraviado, el frío de monstruo muerto de la montaña.

Al llegar después á su casucha de piedra, encontró un montón de telegramas en que el Gobierno repetía que se deseaba saber « impostergablemente » lo que hubiera sobre la terminación del túnel.

« El Gobierno enviará ingenieros de la capital que lo informen con exactitud. »

Nada más atroz que esa altanería oficinesca, condimentada con reglamentos, decretos y circulares.

Empezaba, pues, á estrechársele como se estre-

cha á los invulnerables que dan al fin por donde ser tomados.

Meditaba. — El ala de su gran sombrero le mutilaba la cara con un brochazo rembranesco.

¿Estaría extraviado, en efecto?

— En todo caso, no quiero que haya mas caído que yo...

Se tumbaría como lo que siempre ha estado alto, reciamente, en relación con la altura á que había subido, para no levantarse más. Deseaba caer sin benevolencia, que es mendrugo de portería; virtud que hecha rastro de beneficencia se tira á las aves de jaula ó de corral.

¡Fracasar! Pero cómo si era de los condenados á no detenerse; de los que sólo triunfando pueden vivir, á pesar de que el tiempo no troquela en lo duradero sino los metales, duros y tenaces, que en vez de mancharse brillan más.

Con todo, necesitaba vencer ruidosamente ó desaparecer tragado por el mismo túnel extraviado en la montaña.

Comprendía que hay batallas que el vencido no puede reempezar y repetía que debía quedar de bruces, en suprema investida contra la roca que no podía vencer. Desgajaría él mismo el peñasco destinado á hundirlo en la tierra.

— ¡Aplastarse con lo mismo que no se ha podido

vencer! Pero antes, veamos la derrota ineludible...

Y esa palabra, pensada, repetida y barajada con insistencia aplastante, concluía por dominarlo, no dejándole duda de que todos sus esfuerzos habían sido inútiles.

De una probabilidad, hacía un hecho irremediable, acaso porque nunca es más grande el poder de la fantasía que cuando agiganta las alucinaciones del dolor.

Sa asomó á una ventana.

El viento, dueño de la soledad, agrandaba á través del silencio, la hipérbole de su voz de mar, y sobre el cielo agobiado de estrellas, trazaba una nube el esbozo fugaz de símbolos santos. El sitio era, pues, igualmente magnífico para ser vencido ó vencedor.

Al día siguiente, las perforadoras atacaron con furor desesperado. El mismo ingeniero sacudía la roca, echándose sobre ella como león que va á saltar.

Pocas veces, tal vez, se vió una lucha que paten-tizara mejor la tenacidad combativa del héroe — teoría animada, que servía de exponente á los anhelos de una evolución íntegramente moderna.

Cuando el lampazo de los motores rompía la sombra, una luz sangrienta agrandaba hasta lo trágico la figura bronceína del luchador.

Todo el mundo, grandes y chicos, conocía en la obra lo angustioso del momento. — Algunos ingenieros, prediciendo el fracaso, habían abandonado la faena, marchando á la capital en calidad de embajadores del desastre « tan previsto y anunciado por ellos ».

En cambio, el pueblo tenía fe cristiana en aquel hombre rudo y duro como la montaña que estaba deteniéndolo.

Tal era el drama, tan genuinamente nuevo por su escenario y personajes.

El ingeniero repitió con voz serena y benévola en la cual se descubría, sin embargo, algo inexorable :

— Hay que seguir.

Y, en efecto, la faena continuaba con valerosa porfía.

Un día, pareció más claro y resonante el sonido de la roca, y el ingeniero escuchó con sed de desierto. Estaba pálido, fijas las pupilas y visiblemente agitado su pecho de trinchera.

El sonido alucinante tornó á hacerse áspero y enigmático.

La desertión de los empleados superiores continuaba; pero él cumpliría su palabra de no paralizar esa obra que tipificaba su vida de indomable. Antes, se haría aplastar, marcando así el punto mximo de su esfuerzo.

El Gobierno guardaba un silencio de alevosía ó de temor, porque bien podía ser que aun no se atreviera á perturbar definitivamente al empecinado. — En cambio, los últimos diarios de la capital le traían la noticia, que le había producido el efecto de herida hecha en el momento en que con más porfía peleaba hacia adelante, de que Champán, á pesar de estar fuera de la Cámara, entraría á formar parte del nuevo ministerio.

La voz de la roca volvió á hacerse tan halagadora y clara, que de nuevo parecía dilatarse con sonoridades metálicas : se atravesaba, seguramente, una veta de metal desconocido que sonaba, no con ruido de banco ó mostrador, sino con vibraciones de lucha arcaica, trabada cuerpo á cuerpo. — ¿Eran las espadas de la Epopeya, sepultadas ahí en el camino del futuro y no en la tierra que se pudre germinando yerbajos y batracios?

Elevadamente simbólico habría sido, en efecto, eso de que los arreos del trabajo vencedor tropezaran con los espadones de la Conquista.

El héroe volvía á ser poeta y, acercándose á la roca recién partida, la estampó con el sudor redentor de su cara de medalla humedecida. — Pensó en los Conquistadores, ebrios de coraje y de avidez.

Era el triunfo, no podía ser otra cosa, esa voz de

Anunciación que con evocaciones de oda griega, frisaba la montaña.

— ¡ Repican ! — gritaban los obreros envueltos en ese rumor de templo en que vibran las contorsiones del *excelsior*.

Y era cierto : la montaña vencida estaba tocando á gloria.

Ese mismo día estalló el grito hecho clamor de la peonada : una luz avasalladoramente creciente dejó en claro-oscuro la figura del héroe, inmóvil ante esa luz tan desesperadamente ansiada. Avanzó. Su cara estaba llena de polvo, de sudor y de gloria.

— En el nombre de Dios Todopoderoso, — dijo inclinándose, como los Conquistadores castellanos.

Brazos desnudos batían banderas improvisadas cuyos colores, simulando el arco-iris, circundaban el boquerón negro en que al trasponer el túnel se había detenido el vencedor.

Los filos y angulosidades de la roca desgarrada le formaban una amplia coronación de alas desplegadas, mientras la montaña atravesada, perdida su terquedad secular, respiraba luz por la vía que acababa de partir su seno.

Avanzó el héroe aclamado por su ejército obrero y, descubriéndose de nuevo, desplegó una bandera cuya estrella blanca, marcando la entrada de la nueva ruta, quedó prendida entre las rocas trituradas.

Soberbio mediodía. — Zumbaba el viento, y sobre la cumbre describía un cóndor la majestuosa espiral de su orgullo y su soledad.

El cielo pintaba á lo lejos una decoración en circuito, especie de coliseo de nubes en cuyo centro habría podido aparecer la más magnífica Anunciación cívica.

Cuando, con no pocas dificultades, logró izarse en la misma boca del túnel la bandera de esa inauguración sin discursos, farsas ni comilonas, el áspero vocerío de los obreros pareció un himno que se metía á la montaña empujando el pabellón que hecho nube ó guirnalda, se agitaba á la entrada.

Tuvo una idea repentina y, sin pensar más, se encaminó á su casita.

— ¡ Por fin ! — dijo al entrar, abriendo sus brazos de atleta en los cuales cayó la madre con su hijo.

Llegaba, pues, hasta el hogar, la alegría del gran día.

Tomó el padre á la criatura, salió luego y entró con ella á la montaña para que fuera el viento, que con turbulencias de tempestad soplaba á través del túnel, el primero que bautizara con sus caricias los bucles que empezaban á espigar en la cabeza del niño.

Caía un torrente de luz y la bandera, hecha tea, pugnaba por internarse hacia el interior del monte.

Al volver el héroe y su hijo, los obreros presentaban hechas trofeo sus herramientas.

Algún tiempo después, llegaba el día de la fiesta oficial, del *champagne* y los discursos.

León quiso entonces marcharse á la capital, dejando á otros la tarea de solemnizar con grandes tiradas oratorias la inauguración de una obra cuyo fracaso habría causado el regocijo de un buen número de esos mismos señores que se preparaban para celebrar dignamente el « fausto suceso ». Pero resolvió quedarse, sin embargo, porque, al fin de cuentas, la entrega todavía no efectuada hacía hasta cierto punto necesaria su presencia. Se quedó, pues, tranquilo en su casuchón de piedra y zinc cercano al túnel, en cuya entrada, como único adorno inaugural, continuaba la bandera adueñada de aquel paraje.

Días antes, autorizado por el ministerio, seguido de numerosa comitiva y con abundante tren de comestibles y útiles para adornar la cordillera, llegó un personaje al cual León en alguna parte había visto. ¿Pero dónde? ¿En algún entierro tal vez? . . . Eso, más ó menos : habíalo visto la noche de la autopsia del candidato. Ahora se ocupaba de tareas bien diversas á aquellas tan fúnebres en que lo había conocido : estaba plenamente autorizado por el Gobierno para preparar el gran banquete

y hacer todos los adornos que el caso requiriera. Al explicar al ingeniero tan honrosas instrucciones, las afirmaba y rellenaba con frases de portería ministerial :

— S. E. el señor Ministro ha tenido á bien autorizarme...

Y poniéndose acto continuo á la cabeza de un pequeño ejército de ordenanzas y mensajeros, arrancados en son de conquista de las intendencias y gobernaciones circunvecinas, empezó á desencanjonar *menues* y guirnaldas de arrayán, discursos y manteles, cigarros y *pâté de foies*, botellas y sifones tortas, jamones y plumas de dientes... ¡Qué afán organizar un banquete en la cordillera ! Para eso, al fin y al cabo, se había tomado la oportunísima medida de agregarlo, temporalmente, al ceremonial.

Y con la boca llena de saliva y pedazos de chocolate, daba grititos nasales de ama de llaves alcanzada de tiempo :

— ¡Qué trabajo !...

La cordillera entera empezaba á oler á cocina y arrayán. Y como si muy á tiempo descubriera que querían llenarla de faroles, banderitas, pavos trufados, botellas y salsas oratorias, copas y cigarros anillados como dedo gordo de señora cursi, había embozado sus cumbres con nubes muy densas y espesas.

Entre servilletas y tortas, en lo más alto de las cuales titilaban muertos de frío los angelitos de azúcar, aparecieron los escudos, pintados *ad hoc*.

— ¡ Á colocarlos en el acto ! — dijo muy alborozado el agregado al ceremonial.

Se trataba de unas rodela de palo de álamo en una de cuyas caras habían escrito con cal viva frases alusivas á la obra.

¡ Qué bien iban á quedar !

Habían empezado á colocarlos cuando, impuesto León de la operación, intervino en ella diciendo que ahí no deseaba ver más que la bandera que él mismo había puesto.

— Así es — agregó con una brusquedad de que ya parecía tener noticias bastante fidedignas el activo funcionario encargado de transformar la cordillera en *restaurant*, — que ojalá quiera usted tener la bondad de dar otra colocación á sus escudos. Y á propósito : ¿ sabe usted si vendrá á la inauguración el señor Champán ?

— Sí, señor, viene, como que está en la lista de los oradores.

Quedó, pues, desnuda de letreros la entrada al túnel, y los preparativos, proseguídos, justo es reconocerlo, con una actividad digna de todo encomio, quedaban muy avanzados al anoecer de ese día.

Llegaban unos tras otros los telegramas pidiendo nuevos asientos :

— « Se necesita otro cubierto para el señor... »

Un momento después :

— « Tres más para los señores... »

Afortunadamente, el espíritu previsor del encargado de preparar la fiesta había cuidado de traer consigo un repuesto considerable de cuanto útil se necesita cada vez que de celebrar alguna gran obra de progreso se trata.

Amaneció, pues, el día de la inauguración y, perdida en parte su grandiosidad, ostentábase un buen retazo de cordillera todo enflorado y encintado.

Se había paralizado el correr de los vagones, cargados de piedra y material; el diente implacable de las perforadoras no mordía ya la roca; lonas sucias manchadas de aceite, amortajaban los motores, y en la altura, en el magnífico *plafond* del cielo, no se divisaba ya la arisca majestad de las águilas, que se habían ahuyentado, no queriendo seguramente figurar entre los asistentes á la fiesta inaugural... Sensible resolución que habría de privarlas del placer de expiar desde la altura los guisos oficiales.

Empezaban á llegar unos tras otros los trenes encopetados de concurrencia.

Dudas mortales asaltaban en ese instante al encargado del ceremonial. Y tenía razón : estaban llegando más bocas de las anunciadas. No bastarían por consiguiente los pavos, y, lo que es peor, notaba esta insuficiencia tan trascendental, cuando ya no quedaba tiempo de salir del apuro cazando un águila que trufar en seguidita...

— ¡Qué percance ! — exclamaba atingido el celoso funcionario.

Y entretanto, los trenes, cargados de gente con mucho apetito, continuaban vaciando ministros, senadores, diputados y señores siempre de turno cuando se trata de hacer funcionar activamente las mandíbulas, que empezaban á bostezar, haciéndose mutuamente preguntitas humorísticas de estómagos vacíos :

— Y... ¿á qué hora tocan á refectorio?

Lo primero era lo primero : comer. En seguida, ya habría tiempo para inspeccionar más detenidamente la obra, no tan grande en ningún caso como el hambre que empezaba á hacer aparecer movimientos de olfateo en no pocas fisonomías.

El encargado del ceremonial y del apetito, recorría todos los grupos ofreciendo aperitivos :

— Señores, para preparar el paladar...

Un gordiflón, provisto de un pescuezo que equivalía á una apoplejía en puerta, en el colmo del

buen humor, empezó á llamar « salvador de la patria » al encargado de los comestibles.

En ese instante — ¡ era mucho esperar ! — la concurrencia se estrechó formando barullo palaciego :

— ¡ S. E ! . . .

— Al fin ! . . . ¡ Bravo, bravo ! — gritaba el gordo, levantando complacido sus manos de obispo muerto.

Las banderolas se sacudían con bamboleos de jarana, mientras bufidos de cocina, venidos del recinto en que esperaban las cacerolas y los pavos rellenos, salían á recibir al tren presidencial.

No tardó en verse á Champán que al parecer ostentaba la nariz un poco más caída que de costumbre. — Venía — lo que era muy justo — á tomar parte en la gran fiesta. Pero, á decir verdad, él y sus compinches ya no representaban en ese instante más que un régimen que moría, que se iba, sin dejar otra cosa que esqueletos de pavo arrojados sobre crisis y discursetes.

En realidad, llegaba, pues, sólo á turbar con su presencia, incolora y trasnochada, la apoteosis á que alcanzaba ese día la voluntad indomable del héroe.

Mas Champán quería asistir seguramente á los magníficos funerales que suelen reservar el bien y el adelanto á los que más han combatido.

Seguido de los otros ingenieros, se acercó León á saludar al Presidente en cuya mano le pareció encontrar una bondad incapaz de aplastar el *champanismo* que había empiojado su quinquenio.

Á León, le pareció ver chispazos de severidad contenida en esos ojos en que aparecían á veces lentitudes é inmovilidades delatorias de una honda tristeza. Siguieron ambos, irresistiblemente empujados por la corriente que marcaba el paso dirigiéndose á la sala del succulento banquete.

La sencillez del local había dado la pauta de cierta franqueza que seguía creciendo en forma de alarmante derrame oratorio.

Azuzados seguramente por alguien, algunos comensales pedían, golpeando las mesas, que hablara el ingeniero.

— Gracias, señores — contestó; — pero el ingeniero no sabe hacer discursos porque no es orador y porque sólo podría decir que el término de una gran obra no debe ser sino el principio de otra más grande.

En seguida, como para hacer resaltar la oratoria de uno y de otro, la concurrencia pidió á su vez que tomara la palabra Champán, que se puso en pie con su acostumbrada serenidad y que habló *in extenso* de la utilidad manifiesta de los trasandinos

en general. Dando un tono ligeramente elegíaco á sus palabras, terminó diciendo que el día, acaso no muy distante, en que se retirara á la vida privada, recordaría como la página más honrosa de su actuación pública, la cooperación constante que había prestado á la idea del ferrocarril que acababa de quedar inaugurado. — Y, al decir esto, miraba tranquilamente á León.

Ruidos sordos, cortados, sin continuidad — ¡ últimos aplausos ! — coreaban las palabras del insigne político.

Champán salía en ese instante, no sin advertir antes á sus vecinos de mesa que volvería en el acto, á pesar de que no estaba del todo bien : empezaba á traicionarlo villanamente el estómago, ya tan cansado, y á causa del cual solía estrellarse, viendo negro lo blanco y blanco lo negro :

— Como que los médicos llaman á esto... ¡ Qué memoria !... ¡ Ah !... daltonismo... La vista un poco turbada... Es lo que siempre me pasa cuando prolongo la mesa... Afortunadamente, tengo tiempo de volver, porque supongo que no nos levantaremos sino á tomar el tren de regreso.

Y salió sin ver bien, tropezando con los durmientes amontonados cerca de la vía.

Parpadeaba ya el día — ¡ se había alargado tanto el banquete !

La pequeña locomotora, bautizada con el mismo nombre de la primera que corrió en el país, ejecutó en ese instante, sin que nadie alcanzara á detenerla, el más inesperado de los castigos : cayó sobre Champán arrojándolo de bruces como algo indigno de ponerse en el camino de la máquina que venía de traspasar de un lado á otro la gran montaña. — Castigo inútil, por lo demás, porque ya no era necesario que ese hombre cayera hecho un montón de escorias para comprender que el *champañismo* se aproximaba inevitablemente á su fin...

— ¡ Un muerto ! — gritaban los fogoneros y cambiadores.

— No — dijo León, que había sido el primero en llegar, — no se trata de muertes.

De la cabeza, llena de magulladuras y rastrillazos del caído, brotaba sangre.

El olor á *chartreuse* y cigarros puros — ¡ final de fiesta ! — pareció reanimar á la víctima. Le dió León un poco de agua con *cognac* y los bordes del vaso y el líquido se tiñeron de rojo.

Respiraba con fuerza, medio aturdido... Había desaparecido por fin la cadenilla tradicional de sus anteojos de oro que, seguramente, no habría hermanado bien con el barro negro y duro que apelmazaba su perilla gris de tribuno político...

Una densa humareda de estación envolvía el

cuadro ya tan vulgar y cotidiano de los accidentes ferrocarrileros.

Champán echó hacia atrás la cabeza, y como todos creyeron entonces que se moría, entre la concurrencia, iluminada por las linternas de los camineros, empezaron á circular esas frases de entierro, que siempre siguen tras del ataúd de los que ya no podrán llenar más hueco :

— ¡Qué talento tenía !

Sonaban pitazos, timbres y carreras como si el tren fuera á partir. En la sala desierta de la reciente francachela, mezclábase el olor á carbón de piedra con los tufos escapados del departamento ocupado por la gente de reserva que siempre espera el final de toda gente comilona. — Era, pues, realmente imposible dar apariencias de catástrofe á la desgracia tragicómica que acababa de ocurrir. . .

Champán se llevó las manos á un costado.

— ¡Se muere ! — decían los que lo rodeaban, haciendo bailar entre los dedos las copitas de *cognac*, traídas del comedor cercano.

Una voz de médico rural, intimidado por lo selecto del concurso, dijo ceremoniosamente :

— Por hoy por lo menos, sería conveniente no moverlo.

El herido abrió los ojos, lo tomó entre los brazos uno de sus amigos más fieles y, á la luz sanguino-

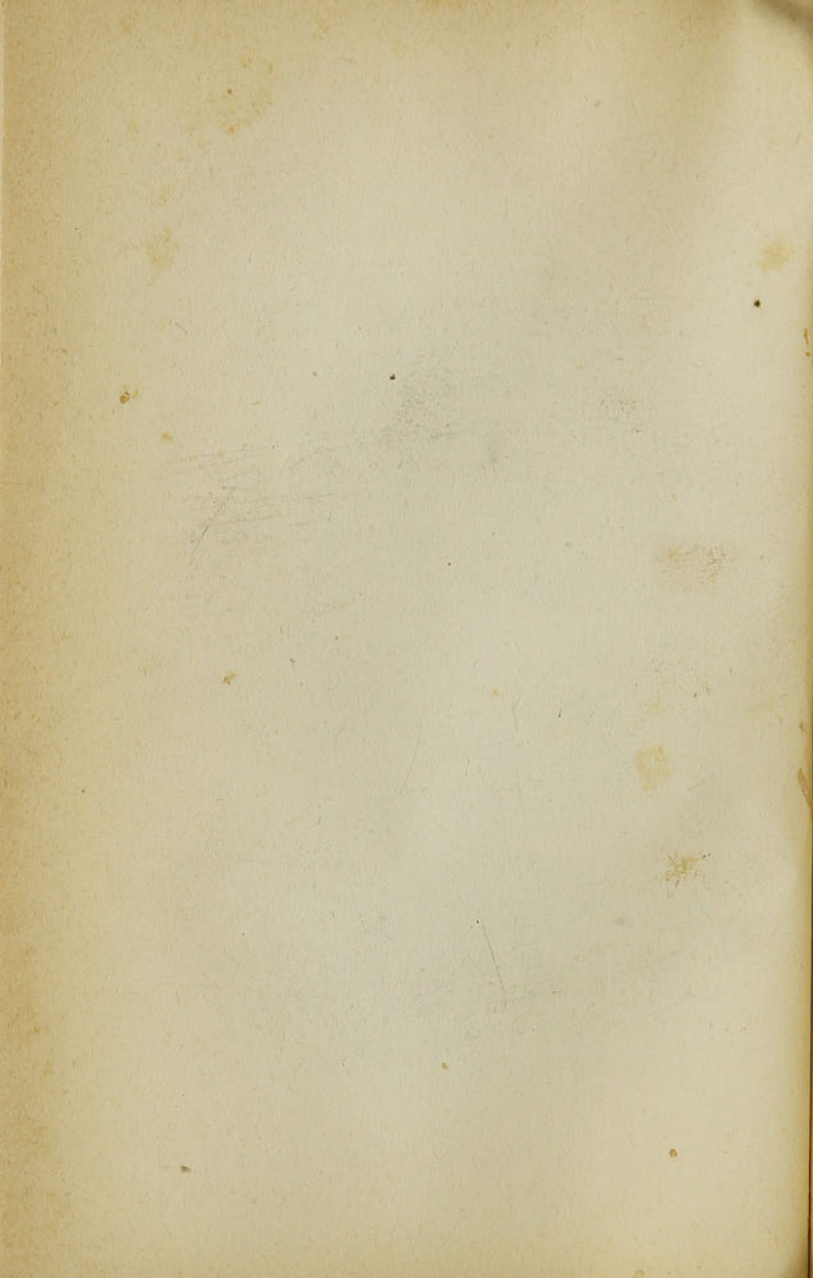
lenta de una linterna del camino, aparecieron sus ojos velados por una tristeza desgarradoramente sincera :

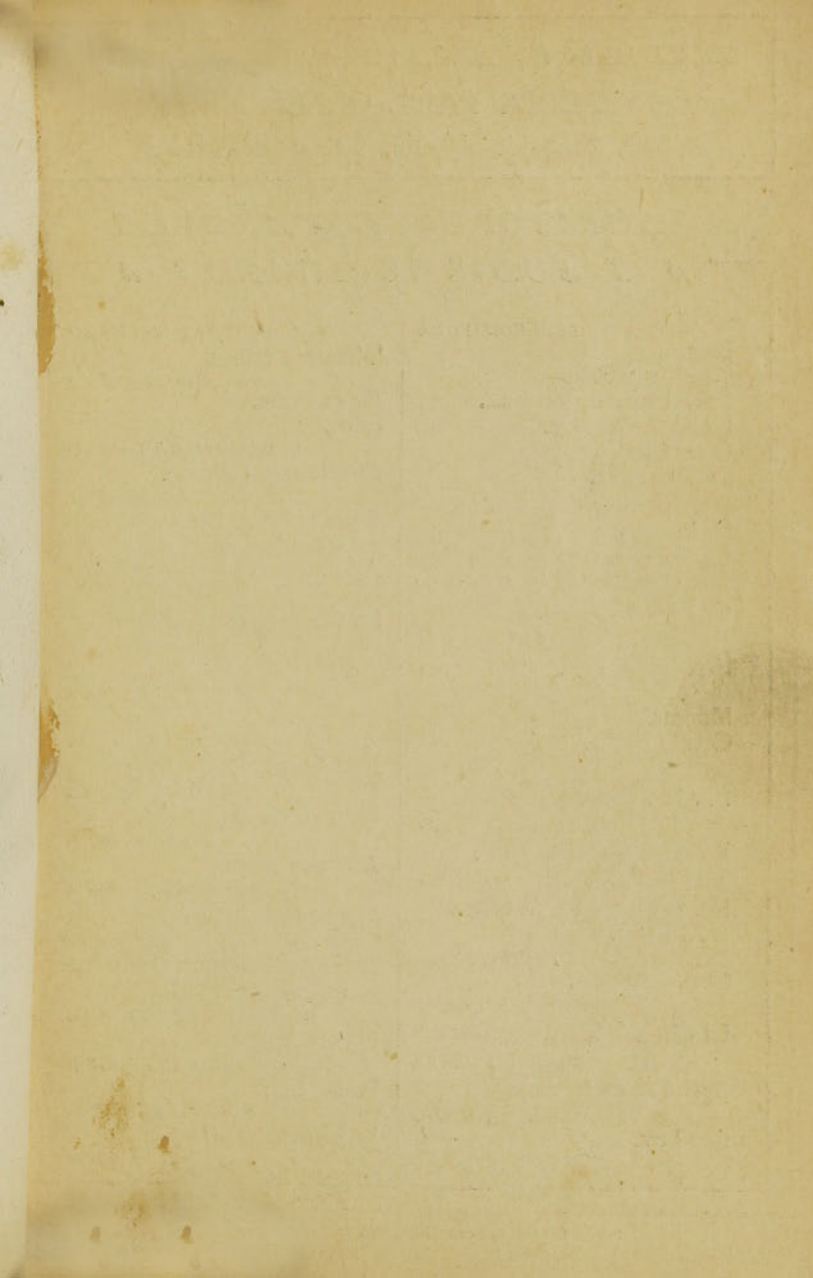
— ¡ Me muero ! — tartamudeó.

Lloraba y no tardó en agregar con una voz en que había mucho dolor y aún barro de la caída :

— Viva la candidatura. . .

Deliraba.





ESCRITORES ESPAÑOLES
Y SUD-AMERICANOS

LUIS BONAFOUX

Bilis.
Bombos y Palos.
Por el mundo arriba....
Gotas de Sangre.
Clericanallas.
Casi Críticas.

PEDRO CÉSAR DOMINICI

De Lutecia.
Libro Apolíneo.

RAMIRO BLANCO

Cuentos Plácidos.

TARRIDA DEL MARMOL

Problemas Trascendentales.

EMILIO BOBADILLA

Muecas.
Con la Capucha Vuelta.

MIGUEL DE TORO GOMEZ

Por la Cultura y por la Raza.

P. MOLINA y E. FINOT

Poetas Bolivianos.

R. BLANCO FOMBONA

Letras y Letrados de Hispano-
América.

F. CONTRERAS

Los Modernos.

MUÑOZ ESCAMEZ

La Ciudad de los Suicidas.

MANUEL UGARTE

Burbujas de la Vida.

JOSÉ S. CHOCANO

Fiat Lux.

M. ARAMBURO y MACHADO

Literatura crítica.

AMADO NERVO

En voz baja.
Ellos.

CRISTOBAL DE CASTRO

Cancionero Galante.

M. DE TORO GISBERT

Enmiendas al Diccionario de
la Academia.

Apuntaciones lexicográficas.

ARMANDO CHIRVECHES

La Candidatura de Rojas.

E. GOMEZ DE BAQUERO

Aspectos.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

Simplezas.

F. GARCIA CALDERON

Profesores de Idealismo.

M. DIAZ RODRIGUEZ

Camino de Perfección.

AMERICO LUGO

A Punto largo.

P. HENRIQUEZ UREÑA

Horas de Estudio.

V. CALDERON

Del Romanticismo al Moder-
nismo en el Perú.

E. RODRIGUEZ MENDOZA

Cuesta Arriba.

LORENZO MARROQUIN

Pax.

L. RODRIGUEZ EMBIL

La Insurrección